



Una Boda Por Error

Pia Brooks

UNA BODA POR ERROR

PÍA BROOKS

Copyright © 2021 Pía Brooks
Todos los derechos reservados.

ISBN:

CONTENIDO

Capítulo 1	N.º pág. 1
Capítulo 2	N.º pág. 23
Capítulo 3	N.º pág. 49
Capítulo 4	N.º pág. 78
Capítulo 5	N.º pág. 107
Capítulo 6	N.º pág. 129
Capítulo 7	N.º pág. 151
Capítulo 8	N.º pág. 177
Capítulo 9	N.º pág. 202
Capítulo 10	N.º pág. 224

Capítulo 11	N.º pág. 249
Capítulo 12	N.º pág. 275
Capítulo 13	N.º pág. 298
Capítulo 14	N.º pág. 319
Capítulo 15	N.º pág. 340

Capítulo 16	N.º pág. 366
Capítulo 17	N.º pág. 390
Capítulo 18	N.º pág. 411

CAPÍTULO 1

IAN

El día no había empezado precisamente bien. Algún genio había aparcado delante de la puerta de mi garaje pese a que había un cartel gigante que ponía que no estaba permitido; ¿Y para qué pagaba yo a personas de seguridad que vigilasen mi parcela sino hacían nada cuando alguien aparcaba donde no debía? Me lo estaba cuestionando mientras esperaba el coche de alquiler que había pedido por teléfono.

–Buenos días señor Parker, aquí tiene. –dijo un chico entregándome las llaves del mercedes donde había llegado.

No me paré a hablar con él pero extendí la mano con un billete como propina. Conduje ya con poca paciencia hasta la oficina, no me gustaba llegar tarde aunque eso siguiera significando llegar media hora antes que casi todos los empleados. El semáforo más cercano se puso en ámbar y tuve que apretar un poco el acelerador para no quedarme allí esperando. Un coche amarillo salió de la izquierda rápido y frenó pitándome a unos milímetros de mi vehículo. Solo tuve tiempo de ver a la chica de dentro hacer aspavientos como para dirigir a la opera de Viena enfadada antes de poner mi coche en marcha de nuevo sin plantearme en ningún momento cederle el paso; Dudaba de que sus quehaceres fueran más importantes que los míos que tenía que dirigir una multinacional.

Llegué a la oficina bajándome para cederle las llaves al portero de la entrada. Sarah, mi secretaria, se acercó sin dejarme entrar sereno como a mí me gustaba.

–Buenos días jefe, tienes el café en el despacho y un listado de cosas pendientes de firma que recogeré en un rato. –soltó sin tregua Sarah.

–Sabes que aprecio el silencio. –contesté resoplando por primera vez en la mañana; Serían muchas más veces seguro.

–Jefe. –Volvió a llamarme. Al parecer era demasiado difícil comprender que quería subir hasta la planta de mi despacho sin hablar con nadie. –Tu madre ha estado enviando correos pidiendo hablar contigo. –informó con cara de circunstancias.

–Contéstale preguntando por la familia y eso. –ordené sin darle más importancia.

No veía mucho a mi familia, mis padres y mis tíos se habían mudado a un país con playa para su jubilación mientras que mis primos estaban repartidos por universidades del mundo. Lo cierto era que me costaba relacionarme con ellos porque se empeñaban en hablar de lo mal que se veía entre su círculo de amistades que siguiera soltero.

¿Tan malo era tener veintinueve años y no estar casado con niños correteando por el jardín de una casa llena de juguetes incómodos? Por lo visto sí.

–El caso, jefe, es que les puse en el último correo lo que me dijiste. –tartamudeó tan nerviosa siguiéndome centímetro a centímetro que me paré para mirarla antes de entrar en el ascensor.

– ¿Qué pasa? No me acuerdo de lo que te dije que pusieras; ¿Qué importancia tiene?–pregunté suspirando con fuerza.

– ¿No me dijiste que pusiera que tenías una novia formal? ¡Pues eso puse! –chilló histérica. Elevé una ceja sin entender su nerviosismo. –Tu madre ha contestado, ya decía yo que tardaba mucho en hacerlo, y... Ay, madre, que vienen todos a conocerla. –concluyó soltando la bomba.

– ¿Qué? No. Diles que no puedo, que estoy muy ocupado y además no es mentira; Tengo reuniones, muchas cosas que firmar, tú misma lo has dicho. –contesté subiéndome al ascensor

para huir de las malas noticias.

–Jefe. –Hizo una pausa ante mi ausencia de contestación. –Jefe. –Volvió a probar. – ¡Ian! –dijo contundentemente para que la mirase. –Que llegan hoy, no hay nada que pueda hacer yo para que no vengan. –admitió derrotista.

Anduve hasta la oficina resoplando casi como un caballo. El día empeoraba por momentos.

–Diré que se ha ido de viaje esa supuesta novia formal... ¿Te inventaste un nombre para ella? – pregunté sin poder ocultar mi nerviosismo.

Era un hombre duro para los negocios y podía enfrentarme a cualquier situación pero no quería ver desfilar a mi familia por allí en busca de potenciar que sentase la cabeza. ¡Ni que yo fuera por la vida haciendo cosas de mala reputación! Solo no tenía tiempo para involucrarme en algo de más de una noche con alguien.

–No especificué aunque ya tenía un perfil bastante claro de a quién iba a describir. –dijo vivaracha.

–Perfecto, tú te harás pasar por mi novia el tiempo que mi familia esté por aquí; ¿Te han dicho cuánto se quedarán por aquí? ¿Conocer a “mi novia formal” les llevará más de dos días? No lo creo. –Mi determinación fue firme.

–Yo no puedo hacerme pasar por tu novia. –contestó Sarah dejándose caer en el sofá lateral de la oficina.

– ¿Por qué no? Puedo pagarte. –aseguré pasándome las manos por el pelo. –Tú dime una cifra por día que estén y lo aceptaré sin rechistar. –añadí deseando que pusiera cualquier precio a nuestra farsa.

–Que no es cuestión de dinero, es que a mí tus padres me han visto muchas veces durante los dos años que trabajo aquí. –replicó entonces.

–No han podido verte muchas veces porque ni siquiera yo los he visto en tantas ocasiones los últimos dos años. –afirmé tocándome el puente de la nariz tenso con cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

–Los ves una vez cada dos meses, en los cumpleaños de todos ellos que son un montón y en las fiestas. Al menos me han visto una veintena de veces siendo tu secretaria, jefe, así que no soy una buena opción. –explicó poniendo los ojos en blanco.

– ¿No hay historias donde los jefes y las asistentes acaban por ser pareja? ¡Digamos que ha pasado exactamente eso! –sugerí deseando terminar esa conversación para centrarme en el trabajo que era lo que importaba.

–Ian, quieren que tengas una mujer porque no quieren que hablen de ti. Si decimos que estamos saliendo será el pistoletazo de salida al murmullo constante; No mantendrás precisamente en buen lugar la reputación que tanto te preocupa. –argumentó con toda la razón.

La reputación lo era todo en el mundo empresarial; Aunque no debería tener nada que ver, ningún magnate quería hacer negocios con alguien cuya vida personal se pudiese revolver en cualquier momento; Luego venían los divorcios y las particiones de empresa que arruinaban los acuerdos.

– ¿Y en quién te inspiraste para escribir el email de mi novia inventada? –cuestioné con una idea cruzando mi mente.

–En mi hermana Amber. –contestó encogiéndose de hombros.

– ¿Ella se haría pasar por mi novia? Le puedo pagar por día lo que considere. –volví a la carga.

Necesitaba una novia formal a la que poder dar instrucciones en el menor tiempo posible, porque ya estaba temiendo la llamada de confirmación del aterrizaje de la tropa; Mis padres y mis tíos llegarían todos juntos en la primera clase de un avión exclusivo.

–Pues... Esto... No lo sé. –contestó abriendo mucho los ojos por la sorpresa de mi petición.

– ¿En cuánto tiempo lo puedes averiguar? Te doy una hora para que la traigas a mi despacho porque no sé si tenemos más tiempo. –dije sabiendo que mi posición de superioridad en aquel caso no era justa.

–Eso no va a ser posible. –aseguró pegándose cual ventosa a la ventana.

– ¿Hoy tienes una respuesta negativa para todo? Sigo siendo tu jefe aunque tenga un día complicado. –repliqué harto.

–Porque en cierta medida te aprecio como jefe, vamos a salir corriendo. Tus padres y tus tíos están entrando en el edificio. –chilló empezando a salir por la puerta.

– ¿Cómo voy a huir de mi propia empresa? –pregunté atónito.

Había trabajado con Sarah dos años y aunque era muy buena en su trabajo, nunca la había conocido más allá de eso. No tenía tiempo para entablar relaciones personales y además era mi asistente por lo que más allá de saber que estaba felizmente casada, no creía que fuese mi obligación saber de su vida; Ese era su trabajo.

–Saldremos por la puerta lateral, la que usan los asistentes de la limpieza. Es cuestión de que bajemos por la escalera, la gente de apellido como tú o tu familia no las usan, esperan a que los empleados nos bajemos cagando leches del ascensor para evitar nuestro despido. –dijo sin tapujos.

¿Cuándo había yo autorizado ese trato tan personal hacia mí? Bueno, no era cuestión de ponerme tiquismiquis ya que le estaba obligando prácticamente a que consiguiese que su hermana se hiciese pasar por mi novia formal ante mi familia.

– ¿Y ahora qué? –cuestioné una vez en la calle.

–Iremos en mi coche, no se fijarán en nosotros. –aseguró riéndose.

Desde luego que no, ese clio al era del año de la pera. Me senté incómodo de copiloto y al tener que bajar la ventanilla al estilo manivela casi me bajo abandonando el plan.

– ¿Queda muy lejos? –interrogué a los cinco minutos.

–Por suerte para ti, vivo extremadamente cerca. –afirmó riéndose. –Ahora bien, mi hermana no es precisamente alguien predecible así que no sé qué va a decir. –añadió.

Llegamos a una casa pintoresca pintada de amarillo con unas vallas blancas y rosales en la puerta donde un niño correteaba en un tacataca.

– ¿Vives aquí? –pregunté alejándome del niño que llegó corriendo hasta donde estaba su madre.

–Sí, pero es temporal. Es la casa de mi hermana Amber, la nuestra está todavía en construcción; La hemos comprado en barrio de nueva obra. –explicó mi secretaria.

Metió en la llave en la cerradura no sin antes de tocar cuatro veces el timbre; ¿Para qué? Eran las diez de la mañana, no podía comprender cómo íbamos a pillar a alguien decente durmiendo.

– ¿Amber? –gritó Sarah como nunca antes había hecho delante de mí.

¿Qué forma de comunicarse tan abrupta era esa?

–Creo que no está. –aventuré mirando la decoración interior; Habría demasiadas cosas dispares entre sí. Quizá se podía plantear la tal Amber hacer una limpieza hasta dejar un hogar más formal.

Sarah comenzó un peregrinaje por la casa para seguir buscando. Si con esos gritos no había salido era que no estaba: Lógica pura. Subimos las escaleras, porque no pensé quedarme atrás con el niño del tacataca observándome, para descubrir una nueva planta. Abrió una puerta sin miramientos y entró. Dudé si mirar dentro pero me pudo la curiosidad de ver a quien se iba a hacer pasar por mi novia así que eché una ojeada.

Amber, porque esa debía ser ella, se levantó conforme Sarah abrió la persiana con fuerza

haciendo un ruido espantoso, por eso me gustaba tener en casa domótica suficiente para que todo fluyese sin sobresaltar mi preciada paz.

– ¿Se puede saber por qué me despiertas? –gruñó Amber frotándose los ojos y colocándose la gran cabellera anaranjada rizada que parecía un manojito de hilos revueltos.

–Son las diez de la mañana y necesito un favor. –dijo Sarah sentándose sobre un mueblecillo para zapatos donde no conseguía ver desde mi posición ni un solo par completo.

–Los parados no hacemos favores. –aseguró Amber.

Carraspeé consiguiendo que mi única opción se percatara de que estaba ahí.

–Es Ian. –La presentación de Sarah fue demasiado escueta para mi gusto.

– ¿Por fin ha venido el del seguro? Ya le dije yo por teléfono a la compañía que lo del cuadro eléctrico tenían que cubrirlo. –soltó con desidia.

–No soy el del seguro. –repliqué cabreado.

¿Llevaban los del seguro trajes de Armani? Lo dudaba.

– ¿Y entonces quién cojones eres? –preguntó de mala forma.

La bella durmiente no se despertaba precisamente de buen humor.

–Nadie, ya me voy. –dije negándome a intentar algo que, a primera vista, iba a salir mal.

–Amber, éste es mi jefe, Ian Parker. –puntualizó Sarah con voz de querer matar a su hermana.

–Ah, esto... Hola, encantada. –dijo forzosamente Amber para después dirigirse solamente a su hermana. – ¿Y qué hace tu jefe en mi casa?

–Ha venido a proponerte algo... Un... Trabajo de unos días. –explicó nerviosa.

– ¿No necesitabas un favor? –cuestionó de vuelta su hermana.

–Como has dicho que los parados no hacéis favores, iré al grano que se me acaba el tiempo: Te pagaré mil euros por día que trabajes para mí. –afirmé contundente.

– ¿Me has metido a chica de compañía, Sarah? Solo llevo un mes en el paro. –gritó molesta.

–Nunca he necesitado ese tipo de servicios. –intervine molesto.

– ¿Y yo cómo voy a saberlo si no te conozco? –preguntó con retintín.

–Pues vamos a sentarnos a hablar antes de que mi madre me llame histérica para organizar una comida de reconocimiento. –afirmé con prisa.

– ¿Qué dice este de su madre? Voy a ducharme, prepara café porque no me da la cabeza para nada. –soltó Amber desapareciendo tras una puerta que debía ser el baño.

–Tu hermana tiene un carácter... Difícil. –murmuré mirando a mi secretaria.

–Así es. Yo ya te he traído hasta aquí, la negociación ya es cosa vuestra. –contestó encogiéndose de hombros.

CAPÍTULO 2

AMBER

¿Quién demonios era ese hombre que había en mi casa con cara de tener metido un palo por el culo?

Cerré la puerta del pestillo del baño, por muy jefe que fuese de mi bendita hermana no me sentía segura de estar desnuda con un tío desconocido; ¡Quién sabía si era un loco!

El agua fría recién despierta me sentó como un tiro en el pie. Había olvidado por un momento que la caldera estaba rota; ¡Por algo pensaba yo que Ian era el del seguro!

Me miré en el espejo intentando serenarme al salir. Lo cierto era que si venía a darme trabajo, fuese lo que fuese, me venía bien; ¿Qué necesitaría para pagar mil euros al día? Refunfuñé lavándome los dientes y procurando hacer algo con mi pelo enredado, parecía que me había estado peleando toda la noche con alguien.

Asomarme por la puerta del baño para comprobar si todavía había gente en mi habitación fue un poco paranoico pero así era yo. Me coloqué unos vaqueros con una camiseta de manga corta y unas zapatillas blancas antes de bajar las escaleras de dos en dos. Trey, mi sobrino, me dio en la altura de la rodilla con el tacataca provocando que soltase un alarido llamando la atención de mi hermana y el estirado de su jefe.

–Nena, tu café. –dijo Sarah ofreciéndome una taza.

Vaya, en algo debía interesarle a mi hermana mayor lo que su jefe fuese a ofrecerme porque no me había hecho el desayuno hacía años, y eso que dejaba que viviese en mi casa.

Sarah y su marido, Fred, habían tenido la brillante idea de comprarse una casa aún en construcción con la fecha de entrega justísima a la que debían abandonar su piso en alquiler;

Claro, como no podía ser de otro modo, había llegado el día de irse antes de que le diesen las llaves. ¡Y desde entonces en mi casa!

Oye, que les quería mucho, pero mi intimidad era algo casi tan valioso como el bote de helado de chocolate con virutas y avellanas.

–Suéltalo ya. –dije mirando al trajeado presente en mi cocina.

– ¿Nos dejas a solas, Sarah? –cuestionó a modo de orden; Ese tonito de superioridad no fue del todo de mi agrado pero resoplé forzando una sonrisa hasta que mi hermana desapareció. – ¿En qué trabajabas antes de quedarte en paro? –interrogó carraspeando.

– ¿No te lo ha dicho mi hermana? –bufé poniendo los ojos en blanco. –Era administrativa de cuentas en un banco. –dije tomando un sorbo de la taza.

– ¿Y te echaron por algo reprobable? –preguntó ofendiéndome.

– ¡No me echaron! –grité enfurecida. –Bueno sí, pero porque no quise ser partícipe de un chanchullo. –expliqué cruzándome de brazos. –A ver, dejemos las preguntas hasta que vea si serás mi jefe o no, porque a lo mejor te estoy dando explicaciones para nada. –aventuré nerviosa con la pierna para arriba y para abajo.

–No quiero que seas mi empleada sino mi novia. –dijo de pronto.

Escupí lo que acababa de beber de café pringando toda la mesa por lo que cogí un puñado de servilletas que puse torpemente.

– ¡Ya había dicho yo que mi hermana me había metido a chica de compañía! –exclamé levantándome de golpe.

–No, no es eso, creía que lo había dejado claro. –afirmó levantándose también. –Mira, casi que mejor que lo dejemos aquí porque veo que no eres como tu hermana. –añadió como un puñal en la espalda.

– ¿Qué has querido decir con esto? –insté sacada de mis casillas.

¿Había algo peor que te dijese que eras peor que tu hermana en algo? No, incluso cuando tenías buena relación como era mi caso con Sarah.

–Comedida, respetuosa y sofisticada en su trabajo. –contestó sin tener que pensarlo.

–Tú no me conoces. –Señalé con el dedo índice su pecho. –Yo también soy así cuando trato con mi jefe, cuando lo tengo claro, lo que pasa que para mí tú eres simplemente un desconocido que ha interrumpido mi descanso que debía durar hasta las doce de la mañana para empezar a ser persona. –Mi argumentación era impecable.

–Mira, acabemos con esto, te lo explico rápido. Mi familia viene de muy lejos a conocer a mi novia formal con la que esperan que me case, tenga hijos, jardín, dos perros y unas vacaciones preciosas en la playa. –dijo sin sentido para mí.

–Pues... ¿Felicidades? –Mi intención no fue burlarme, pero no sabía qué otra cosa podía decir.

–No, felicidades no porque no tengo esa novia formal. –contestó tocándose el puente de la nariz.

–Vamos al grano: Te pago mil euros por día que te hagas pasar por mi novia formal delante de mi familia. Si te soy sincero, se lo había pedido a tu hermana que me conoce lo suficiente como para saber cómo son ellos y lo que esperan, pero saben que es mi secretaria. –explicó resoplando.

– ¿Mil euros por día? Está bien, pero sin besos innecesarios ni nada raro. –contesté subiendo la cabeza para que tuviese claro que yo era una chica decente.

– ¿Dónde vas ahora? –cuestionó cuando fui a salir de la cocina.

– ¿Quieres que conozca a tus padres así vestida? –repliqué poniendo los ojos en blanco.

–No, pero nada de lo que vayas a ponerte me va a valer. –aseguró refunfuñando.

¡Mal empezábamos con ese carácter!

–Sé vestirme de manera formal. –contesté elevando el tono de nuevo.

Me sacaba de mis casillas ese hombre queriendo saber todo cuando me acababa de conocer.

– ¿Qué son esos gritos? –interrogó Sarah presentándose entre los dos en el descansillo que había entre la cocina y la escalera.

–Aquí tu jefe, que piensa que soy una becerria de pueblo o no sé qué. –contesté molesta.

–Que no es eso, solo he dicho que la ropa que tenga en el armario no va a ser adecuada para conocer a mi familia. –dijo Ian.

–Ay, Amber, ellos tienen mucho dinero; Hasta el punto mismo de decir basta así que esperan que vayas con determinadas marcas y elegidas telas. –contestó mi hermana apaciguándome.

–Bueno, siendo así... –murmuré sin convencimiento.

–Yo me encargo de ir a comprar con ella lo que necesita para tres días, no creo que estén más. También le explico todo lo que debe hacer o decir, quién eres y eso. –sugirió a modo de solución.

¿Tanto misterio tenía hacer de novia? No lo creía, había tenido novios y no era algo demasiado complicado precisamente.

–Está bien... No tengo otra opción tampoco. –accedió Ian Parker con mala cara.

Vaya alegría de novio falso. – ¿Estará lista para cenar? –preguntó rascándose la nuca.

–Dalo por hecho. –dijo Sarah asintiendo antes de despedirle en la puerta.

– ¡Tu jefe es un sobrado y un borde! –solté en cuanto estuvimos solas. Bueno, solas si quitábamos a su marido que andaba de un lado para otro persiguiendo al niño.

–No lo es. Es un poco serio pero es porque tiene mucha responsabilidad; Yo estoy muy contenta con mis condiciones laborales. –aseguró Sarah.

– ¿Y por qué tiene que fingir delante de su familia tener novia? –cuestioné con la seguridad de que eso no era algo normal.

–Son tradicionales, piensan que un buen empresario tiene que tener una familia detrás. –dijo sonriendo con condescendencia.

– ¡Eso es una estupidez! Si es bueno en lo que hace, nada tiene que ver si tiene o no tiene novia. –contesté rodando los ojos.

–Adoro tu vigorosidad alabando las capacidades de la persona más allá de su ámbito familiar, pero si no nos vamos ya, no estarás lista a la hora de la cena. –replicó poniéndose a la defensiva.

– ¿Te despedirá si esto sale mal? –interrogué saliendo detrás de ella para montarnos en mi coche.

Mi skoda fabia rojo no era el coche de mi vida pero me resultaba mucho más atractivo del clio azul, que para mi gusto se caía a pedazos, de mi hermana. Tantos años estudiando para nada; Ella era profesora interina que se pasaba más tiempo en el paro que trabajando, era una pena que las oposiciones fueran tan complicadas. Por suerte Freddick tenía un trabajo fijo como mozo de almacén.

–Pues... Creo que no, o sí. Bueno, solo él sabe lo que piensa. –contestó colocándose una bolsa de plástico en el regazo.

–Eres una exagerada. –exclamé haciendo referencia a ese hecho.

Sarah se empeñaba en decir que yo conducía mal; Coger las rotondas un poco ligera era cuestión de supervivencia vial... ¡Que de otra forma no se salía! Pues ella vomitaba al bajarse del coche de vez en cuando para hacer teatro. Éramos bastante parecidas.

–Te pediría, por favor, que no cuentes nada de mí y a ser posible de tu personalidad tampoco; Yo finjo ser más seria de lo que soy y aún así a veces le parezco una bocazas, imagínate lo que le parecerás tú. –bufó echándose las manos a la cabeza.

–Pues qué tío más aburrido, pero me vale. Mil euros al día merecen cualquier esfuerzo. – respondí chasqueando la lengua.

Llegamos a una boutique de esas a las que al llegar te ofrecen café; Conocían a mi hermana de haber ido a recoger trajes de Ian Parker allí por lo que, cuando entramos, se apresuraron a decir que no había nada pendiente y si íbamos a hacer un encargo.

–Verás, el señor Parker quiere que le ofrezcan lo mejor de lo mejor a su novia, ya que tienen unos compromisos. –dijo señalándome. La mujer de la tienda me miró como si yo fuese una mierda pinchada en un palo para el señor Parker y tuve ganas de revolverle el pelo a lo fregona. –Han tenido un infortunio en casa y su ropa ha quedado catastrófica, le he prestado algo mío para venir hasta aquí. –improvisó Sarah muy ágilmente.

No me gustaba para nada ese ambiente en el que había personas que se creían mejores que otras, pero tenía que pasar por el aro si quería mi súper sueldo. Sarah se apresuró a sacar la tarjeta del jefe abriéndonos muchas puertas, todas las de la tienda en realidad.

Sacaron de todo e hicieron preguntas sobre el tipo de eventos a los que necesitaba asistir y mi rutina habitual.

–Yo solo me dedico a ir eventos, cuando no estoy en mi gran villa con el servicio o en el club de campo. –mentí riéndome por dentro de la vida tan predecible de un rico.

No debí equivocarme mucho en mi improvisación porque las encargadas de la tienda se deshicieron en sonrisas antes de empezar a concretar atuendos. Mi hermana Sarah parecía anotar mentalmente para qué era cada cosa mientras que yo seguía pensando que conocer a la familia de alguien y que te aprobasen como novia no era tan complicado; Yo le había caído bien a todas las suegras que había tenido.

–Estás espectacular. –exclamó Sarah sentada en una butaca tomándose la taza de café nexpresso mientras yo me probaba las elecciones pertinentes.

¿Espectacular? ¡No podía respirar! El vestido era de un color vino muy elegante cerrado por una cremallera dorada a la espalda, llegaba por encima de las rodillas y pegaban con unos tacones del mismo color de la cremallera que eran tan altos que daban vértigo.

– ¿Tu jefe no tiene amigas? Digo, es raro que venga a pedirme esa clase de favor a mí que no me conoce de nada. –aventuré intentando quitarme de nuevo el vestido para colocarlo en la percha.

–Siempre está muy ocupado y aunque mantiene sus... Relaciones personales, no creo que quiera mezclarlas con su familia, que es un poco intensa. –aseguró pensativa.

– ¿Intensa? A ver si me vais a poner a conocer a unos psicópatas o algo por el estilo. –refunfuñé.

–Amber, sólo son ricos con ideas de ricos. No van más allá de eso. –aclaró para mi tranquilidad.

– ¿Por qué le has traído hasta mí? Vale que son mil euros al día pero... A ti estas cosas no te suelen parecer bien, eres muy íntegra. –recalqué evidenciando mi sospecha.

–Ay, Amber, pues la verdad es que fui a negarme en propuso cuando por unas cosas y otras acabé hablándole de ti y me lo sugirió pero... ¿Y si lo haces bien y se queda contento con que su familia deje de molestarle? Tiene muchos activos empresariales, conoce a mucha gente y, al fin y al cabo, tú eres una tía formada. –dijo con determinación.

–Vamos, que esperas que me coloque en algún sitio después de esta farsa. –concluí atónita.

–Chsss. –Su chistido casi me deja sorda. –Sí, pero nadie puede enterarse de que es una farsa, esa información valdría mucho dinero. Te repito que mi jefe es alguien importante dentro de las finanzas, tú debes saberlo. –acalló nerviosa.

No llevaba ni dos horas “trabajando” para Ian Parker junto a mi hermana y ya sentía que había oído trocientas mil veces que era importante; ¡Que no era un noble ni nada por el estilo! Además... Aunque lo fuera, tan bien no le irían las cosas si tenía que hacer teatrillos como el que íbamos a interpretar.

– ¿Y ahora dónde vamos? –pregunté al salir de la boutique donde, por supuesto, la tarjeta de Ian había pasado, pese al gasto elevado, sin ningún tipo de problema.

–A la peluquería. –afirmó cogiéndome del brazo para entrar a un salón de belleza contiguo a la boutique.

–Ah, no, eso no. –repliqué poniendo los brazos en jarras.

–Tienes que hacerte un peinado adecuado. –aseguró resoplando.

– ¡Que yo no dejo que nadie me toque el pelo! Esa gente te dice que te recorta las puntas y te deja el pelo de un caniche ruso. –chillé metiéndome en el coche.

–Vamos, Amber, no seas infantil. –atacó mi hermana.

–No, no y no. –contesté siguiendo en mis treces.

–Pues nada, solo nos queda ir a ver a mamá. –determinó frustrada.

– ¿Vas a meter a mamá en esto? No le parecerá bien. –concedí segura de lo que estaba diciendo.

–No me dejas más remedio, a la peluquería tienes que ir, aunque sea a la de mamá. –accedió insegura.

Mi madre era una mujer de barrio con su peluquería de toda la vida, de esas que pillabas más veces con los rulos puestos para llevar el pelo arreglado más que las que la veías con el resultado completo; ¿Para qué servía entonces? En mi opinión, demasiado esfuerzo.

–Ojos que os ven. –recriminó en cuanto cruzamos la puerta del local.

–Hola mamá. –respondimos al unísono.

– ¿Y Trey? ¿No has traído a mi nieto a verme? –preguntó todo lo ofendida que pudo haciéndose la abuela del año.

–Venimos para otra cosa. –dije cogiendo las riendas antes de que se enzarzaran en la estúpida discusión sobre que mi mare, Marta, no había querido que ella y su marido fueran a su casa mientras terminaban de construir la suya; Mi madre era una mujer muy independiente y con muchas manías. –Necesito que me hagas un peinado como para ser portada de una revista donde las mujeres parecen acabar de comerse un apio pero que todo el mundo dice que tienen un semblante amable y relajado. –Mi especificación no podía ser más acertada; ¿O sí?

– ¿Y para qué? –interrogó colocando los brazos en jarras señalándonos con un pincel de tinter.

– ¿No puedo querer ir así? –pregunté llevándome la mano al pecho fingiendo estar disgustada con su curiosidad.

–No, no es tu estilo. Habla. –ordenó tal y como hacía cuando era pequeña.

–Ha encontrado trabajo. –intervino Sarah llamando su atención.

–Siéntate. –Volvió a mandar poniendo su mano en mi hombro. –Pero vas a tener que explicarme mejor cómo son las cosas porque eso del trabajo me suena a mí muy raro. –añadió haciéndose la sabionda.

CAPÍTULO 3

IAN

Entré en el edificio de mis oficinas centrales algo inquieto, sabía que mi familia ya estaba allí porque había huido mientras ellos entraban. No me hallaba nada convencido sobre la victoria de mi plan; El tiempo era muy limitado para que Sarah le explicase a su hermana quién era mi familia y cómo debía comportarse, pero, además de eso... ¿No estaba loca esa tal Amber? A mí me lo había parecido.

Me aflojé el nudo de la corbata frente a una ventana que me devolvía mi reflejo y también me repeiné hacia atrás el pelo negro denso que debía haberme mojado para estar aún más presentable. Mis ojos azules me devolvieron una mirada insegura con la que no me reconocía: Yo era Ian Parker, jefe de una de las empresas de inversiones más grandes del país y con reconocimiento internacional, me lo debía a mí mismo, no tenía que demostrar nada... ¿Por qué aunque mi discurso era cierto no calmaba mis nervios?

Mi familia era exigente, al menos en cuanto a las apariencias se refería; Mi padre, Elliot, había sido siempre reconocido por su buena gestión en el área inmobiliario y se movía en círculos sociales donde el qué dirán lo era todo. Mi madre, Mara, por su parte, pertenecía a una rica familia burguesa que le había hecho heredar un precioso apellido por el que se había casado con mi padre. Todos mis tíos, por supuesto, eran empresarios bien por tesón, bien por herencia.

–Hijo. –Mi madre fue la primera en saludarme abrazándome como si le fuese la vida en ello.

No criticaba su acción, bueno, sí lo hacía, pero porque solo era fruto del quedar bien delante de cualquiera de la empresa que pudiera estar viéndola.

–Nos has dado una alegría muy grande. –dijo mi padre poniendo su mano en mi hombro de

manera condescendiente.

–Por fin podremos dar la noticia en el club náutico. –intervino mi tía Freya.

– ¿Qué noticia? –cuestioné con una sonrisa forzada.

– ¿Cómo que qué noticia? Tu noviazgo, si es algo formal tal y como me han dicho tus padres, habrá planes de boda; ¿No es así? –interrogó Freya todo lo lista que era para sonsacarme.

–Por supuesto. –accedí con tal de que no tuviese nada que decir en mi contra.

– ¡Maravilloso, maravilloso! –exclamó mi madre.

Hubo miradas entre los presentes con algunas risitas premeditadas que no me gustaron para nada; ¿Qué estarían pensando?

– ¿Cuándo conoceremos a la afortunada? –preguntó Elliot colocando sus manos a la espalda.

–Esta noche, cenaremos fuera, por supuesto. –contesté esperando que Sarah, con todo el lío se acordase de hacer la reserva.

–Estoy muy contenta de que por fin hayas encontrado el amor. –aseguró Frank, otro de mis tíos.

–Claro, era cuestión de tiempo. –afirmé sereno. De tiempo y de mil euros por día. – ¿Cuánto pensáis quedaros? ¿Estáis de paso? –pregunté como parte de mi responsabilidad de proporcionarle información a Amber sobre su “trabajo”.

Odiaba haber tenido que recurrir a esa solución tan extraña y poco acorde con mi personalidad seria y responsable, pero no me habían dejado otra alternativa tras meses y meses preguntando en cada llamada o email lo mismo; Yo ya llevaba una vida encabezada al éxito y precisamente por eso no había tenido tiempo de fijarme en nadie. Además... En los círculos en los que nos movíamos, prueba de ello era mi propia familia, todo se movía por la apariencia; Solo tenía opción de encontrar a una empresaria que quisiera fusionarse o a la hija de un empresario que quisiera lo mismo. Para no mentir, tenía también acceso a todo tipo de mujeres que querían,

para una cosa u otra, mi posición en la sociedad: Normalmente había modelos o gente destacable en algún arte.

–Estaremos sólo una semana, no nos van a reservar el hueco en el mar para nuestro yate eternamente. –dijo para después reírse de su propia ocurrencia Mara.

Claro que les guardarían el hueco, aunque pareciese una broma, hasta eso se podía comprar con suficiente dinero y, de eso, íbamos sobrados en la familia.

–Perfecto, ¿nos vamos? –cuestioné seguros de que querrían ir al club de campo o al de equitación para hacer el primer acto de presencia en sociedad, no sin antes pasarse por el hotel a cambiarse claro.

El día estaba pasando eternamente lento en aquella ocasión, quizá tuvo algo que ver que no pudiera parar de pensar que la idea de utilizar a la hermana de Amber había sido terrible y que todo se iba a ir garete en cuanto empezase. La chica no pegaba ni con cola conmigo, ese pelo revuelto con los ojos verdes bien abiertos junto con sus modales la hacían algo más propia de la película de Brave que de ser mi novia formal; ¿Cómo se suponía que nos habíamos conocido? Sarah había quedado en enseñarle cosas sobre mí, pero... ¿Qué diría yo sobre ella? ¿Se suponía que debía dejarla hablar sin saber qué iba a decir? No, no, no.

–Hijo, te veo pensativo. –dijo mi padre tomando un sorbo de su café italiano.

–Sí, tengo una operación grande entre manos. –afirmé para su satisfacción.

No pensaba especificar que la operación era la gran farsa que iba a marcarme. Bueno, era solo una semana, no podía ser tan perjudicial para mí; Ya diría más adelante que habíamos cortado, exactamente la siguiente vez que quisieran verla.

Mi móvil sonó y lo saqué esperando noticias.

“La llevo a tu casa para que os veáis antes de la cena. Yo voy a la oficina a posponer tus citas en

cuanto me digas cuánto tiempo se quedarán”

Sarah era eficiente en lo que hacía, esperaba que Amber también. Le contesté rápido que pospusiera todo lo que no fuese fundamental en la semana y que estaba bien que llevase a su hermana a mi casa, sí, tendríamos un poco de tiempo para conocernos antes de la endemoniada cena.

– ¿Pasa algo? –interrogó mi madre.

Algo que sí tenían las personas a las que les preocupaba lo que otras personas podían pensar de ellos, era un sexto sentido para las situaciones que no eran limpias.

–Voy a ir a recoger a Amber. Nos vemos en la cena. –dije sonriendo.

Salí del club de equitación con la sensación de llevar un yunque sobre los hombros. Esa situación no era de las que me gustaban: No la tenía bajo control. Llegué a mi casa justo cuando Sarah salía con cara de agotamiento.

–Si tú sales así de estar con la que es tu hermana, no puedo confiar en que esto salga bien. –dije al cruzarme con ella.

–Oh, no, esto... Estoy agobiada con todos los cambios que tengo que hacer. –afirmó saliendo de allí corriendo.

–No, señorita, no puede deambular por la casa. Tiene que esperar a que llegue el señor Parker. –dijo Petra, la ama de llaves.

–Vamos a ver... ¿Tendré que conocer a mi novio? –cuestionó a grito en el cielo Amber.

Entré tras oírlas para ver una de las estampas más caóticas y surrealistas de mi vida. Amber, esa chica desconocida con el pelo anaranjado, rebuscaba en mi vestidor con una alegría impropia de la situación mientras que Petra le iba quitando las cosas de las manos despavorida.

–Buenas tardes. –saludé poniendo fin a la trifulca. –Petra, déjanos solos por favor. –ordené

intentando no sobresaltarme.

– ¿Te pones todos los días un traje de estos al azar o los eliges en base a algo? –cuestionó Amber sin volverse para mirarme.

Me encontré contemplando el cambio en la vestimenta de Amber que llevaba un exquisito vestido de corte formal color vino con unos altísimos tacones a juego. Llevaba el pelo en un recogido elegante que podía gustarle tanto a mi madre como a mi tía. Quizá no había sido del todo una mala elección.

–Todos son de marca, los que están dentro de fundas son los de eventos especiales. –contesté sereno.

Amber se giró dejándome, por un instante, confundido. Estaba realmente guapa con dos tirabuzones cayendo para enmarcar su rostro. La sombra de ojos le daba profundidad al color verde de sus pupilas y los labios se los había pintado de carmesí de una forma tanto atrevida como recomendable.

– ¿Una semana se van a quedar, no? Eso me ha dicho Sarah... ¿Siete mil euros entonces? – cuestionó dejándose caer en el borde de mi cama para sentarse.

–Sí, no te preocupes por eso. Preocúpate porque quede creíble porque de lo contrario no va a servir de nada. –afirmé descontento con su forma de comportarse en mi habitación. – ¿Qué te ha contado Sarah de mí? –pregunté elevando una ceja casi sin pretenderlo.

–Ah, eso... Ya sé que eres muy importante. Lo sabía de antes ya que trabajaba en la banca, Ian Parker, pero me ha puesto al día de los deseos de tu familia porque sientes la cabeza; ¿Diremos que hay planes de boda? –preguntó sorprendiéndome. –Es lo que querrán oír. –añadió muy segura.

–Sí, de hecho ya me lo han preguntado. –afirmé tranquilo.

– ¿Y mi anillo? –cuestionó levantándose feliz saltando un poco para hacer botar sus rizos y tropezarse hacia delante con los tacones. –Uy, perdón. –murmuró cuando se chocó conmigo para mantener el equilibrio.

– ¿Puedes tomarte esto como una persona adulta y responsable? –repliqué indignado con lo alocada que se veía.

– ¿Quién te ha dicho que lo soy? –interrogó ella sonriendo.

– ¿Lo eres? –pregunté en respuesta.

–Lo soy. –afirmó tranquila. –Solo que no veo el problema, Ian. –dijo tuteándome.

Me resultó extraño oír mi nombre de una manera tan informal en sus labios. Casi que yo mismo era capaz de ver familiaridad en su forma de hacerlo.

– ¿No ves el problema? Si alguien se entera de esta farsa caerá en picado mi credibilidad empresarial; He trabajado mucho para tener la reputación que tengo. –aseguré frustrado con los días que veía que me quedaban por delante.

–Por increíble que te parezca, porque por tu actitud veo que piensas que me acabo de escapar de una caverna o algo por el estilo, he tenido novios. Sé perfectamente cómo hacer mi papel. –aseguró indignada.

Encima era cabezota... ¡Lo tenía todo para irritarme!

–Diremos que nos conocimos durante una reunión de trabajo antes de que dejases tu anterior empleo. Lo has dejado para centrarte en nuestra relación ya que no era compatible con los intereses de mi empresa. –improvisé pensando en qué le gustaría oír a mi familia.

– ¿La mujer que esté contigo no puede trabajar? –interrogó alzando las cejas.

–No es eso. Ellos quieren a alguien que sea culta, de buena familia, integrada en la sociedad pero que a la vez vea como una prioridad tener una familia; Ah, y que jamás sea más importante que

yo. –contesté enumerando la larga lista de cosas que mi madre me había repetido hasta la saciedad.

–Eso es imposible. –aseguró ella. –Por cierto, deja de preocuparte. No necesitas saber nada más de mí porque, simplemente, no les va a importar lo que tú digas; La gente ve lo que quiere ver Ian, eso es así tanto en ricos como en personas más normales. –argumentó saliendo por delante de mí.

–Espera. –dije reteniéndola antes de que se fuese al salón a esperar que me cambiase; No era como si pudiese ir con el mismo traje a la cena. – ¿Por qué rebuscabas en mis cajones? – cuestioné con intriga.

–Oh, eso. Lo cierto es que se conoce a alguien más por sus cajones que por otra cosa, ya tengo todo claro de ti, Ian Parker. –aseguró burlonamente antes de desaparecer.

Me encontré solo en la habitación con una media sonrisa puesta en la cara que no era consciente de haber puesto. Era una mujer peculiar, habían bastado un par de horas para que me picase la curiosidad sobre Amber que había resultado ser alguien sin filtro pero con grandes cosas que decir.

Escogí un traje azul marino, elegante pero sin pasarse; Nadie quería que pensasen que había algo que anunciar cuando no lo había. Pensé entonces en mi propia ocurrencia y bajé las escaleras con la camisa a medio abrochar. Amber, que estaba fisgoneando en el salón, se quedó observándome con sus grandes ojos verdes como si no entendiese mi propósito de ir medio desnudo.

–Esto... He tenido una idea. –dije abotonándome rápido la camisa.

–¿Has pensado que se darán cuenta de que hemos “durado” muy poco como pareja seria en cuanto les digas que hemos cortado y eso tampoco te hará una buena reputación? –preguntó dejándome atónito.

Sus palabras habían sido certeras aunque totalmente diferentes al hilo de mis pensamientos. Me

senté en una de las sillas mientras procuraba hacerme un correcto nudo en la corbata.

–No era eso, pero está bien traído al juego. –afirmé dando algunas vueltas a la cabeza sobre el tema. –Decía que voy a regalarte un anillo de compromiso, para que parezca más serio. –añadí esperando que dijese que le parecía buena idea.

–Genial; ¿Podré quedármelo después? –interrogó emocionada de nuevo.

¿Por qué tenía tanta energía y alegría? Era sorprendentemente embaucador mirarla cuando estaba en ese estado.

–Eh... Sí, claro. –dije medio sonriendo.

– ¡Pues vamos a elegirlo! –exclamó corriendo como si los tacones no fuesen un obstáculo.

Abrió la puerta de la casa y fue a chocar con alguien que en ese momento ni vi porque me agaché a recoger a Amber del suelo.

– ¿Estás bien? –pregunté sobresaltado.

No podía quedarme sin novia falsa a una hora de la dichosa cena.

– ¿Y ésta quién es? –interrogó Amber desde el suelo.

¿Esta? Elevé la mirada para encontrar a Patty, mi novia de la carrera, a la que hacía años que no veía, plantada en mi puerta.

–Patty. –murmuré acercándome para darle dos besos.

– ¿Te pillo ocupado? Esto... No debería haberme presentado sin avisar. –contestó clavando sus ojos en Amber.

–Me pillas bien, de hecho Amber ya se iba. –aseguré.

– ¿Ah, sí? –cuestionó la aludida levantándose del suelo.

–Sí, permítenos un momento. –dije haciendo pasar a Patty para quedarme solo en el recibidor con Amber que me miraba con cara de pocos amigos. –Toma, mi tarjeta. Elige el anillo que quieras y espérame en el restaurante que ha reservado tu hermana, pídele ubicación; Si llegaran antes que yo, les dices que estoy atendiendo un compromiso empresarial de última hora. –afirmé algo nervioso.

–Vaya novio que estás tú hecho. –contestó mal encarada.

¿Se había enfadado? ¿Por qué? Dejé esa incógnita para más tarde pensando en atajar la extraña visita de Patty. Ella y yo habíamos terminado nuestro noviazgo de una forma amistosa cuando yo me fui al extranjero a hacer el máster por lo que me era medio grata su aparición, pero la otra parte de mí recordó vagamente que aunque no hubiera tenido la oportunidad de oro de la excusa del extranjero y la distancia, yo ya sabía que lo nuestro no funcionaría por muchas razones.

–Aquí estás. –dijo con una sonrisa de lado a lado en su rostro. –Cuánto tiempo. –añadió con las mejillas coloradas.

–Sí, la verdad que sí. –afirmé carraspeando un poco.

Tenía algo de prisa, pero no quería ser maleducado.

–He venido a hablar contigo, es algo importante Ian. –aseguró bajando el rostro hasta su regazo.

–Pero... Dime qué ha sido de ti. ¿Esa chica era tu novia? –preguntó con más interés del que me pareció decoroso.

–Esto... Sí, Amber. –dije con un leve picor en la nuca.

No pretendía que todo el mundo supiera lo de mi supuesta novia, de hecho, me había alegrado lo suficiente de ver a Patty como para pensar en revivir alguna noche de amistad con vino, pero hubo algo en su forma de mirarme que cambió mi idea: Pasaba algo.

–He pensado que podríamos hablar cenando o algo así, me parece todo el reencuentro muy frío.

–admitió volviendo a sonreírme.

Esa sonrisa la cargaba el diablo, estaba seguro.

–He quedado para cenar con mi familia y mi prometida. –concedí haciendo hincapié en que era un hombre no disponible.

–Perfecto, ¿mañana entonces? Es importante. –insistió pese a mis esfuerzos por evitarlo.

–Patty... –Hice una pausa pensativo. A lo mejor le había ido mal y necesitaba que le ayudase a conseguir empleo, sí, debía ser eso. –Pásate por mi oficina a la hora del almuerzo, te haré un hueco y hablaremos tranquilamente. –accedí sabiendo que era una mejor localización para lo que iba a pedirme.

Salí de la casa mirando el reloj de oro que llevaba en la muñeca para comprobar que, efectivamente, iba tarde. Llegué para dejarle el coche al chico de la puerta a toda velocidad.

–Buenas noches señor Parker. –dijo el chico de forma amable.

– ¿Ha llegado ya mi familia? –pregunté con la certeza de que debían haberlo hecho; Mis padres, mis tíos paternos y mis tíos maternos, no tenían nada que hacer más que estar de club en club para que todo el mundo viese que habían llegado al Estado de vacaciones.

–Acaban de llegar, una camarera les está acompañando a la mesa en este momento. –aseguró sonriente.

– ¿Y mi prometida? –cuestioné dejándole perplejo.

– ¿Su... Su... Qué? –interrogó de vuelta.

Esa respuesta evidenciaba que no. Yo era vip en aquel restaurante, como en media ciudad, y famoso en la ciudad como alguien de notoriedad; No era de extrañar que no supiera qué decir ante la noticia de que tenía una prometida.

–No, señor Parker, no ha llegado aún. –dijo tartamudeando.

–Aquí estoy. –anunció una voz detrás de mí. –Cariño. –añadió sonriente.

Estaba igual de atractiva y elegante que cuando la había echado de casa para hablar con Patty, eso sí, pude ver en su rostro una emoción que no supe identificar, aunque lo cierto era que no tenía tiempo para ello.

CAPÍTULO 4

AMBER

Me había sentado como una patada en el culo que me mandase a comprarme el anillo de compromiso, aunque no fuese mi novio ni nada, sola; ¿Qué clase de caballerosidad era esa?

–Están ahí. –dijo entrelazando sus dedos en los míos señalando con la cabeza una mesa elegante bien apartada del resto; Rezumaba elegancia incluso en la distancia. –Tiene que salir bien. – susurró más como a modo de deseo que de otra cosa.

–Hijo. –exclamaron sus padres al unísono.

–Sobrino. –recalcó Mara dando paso a que el resto de la mesa se levantase.

–Buenas noches familia. Ella es Amber, mi prometida. –dijo a modo de presentación.

Así, de golpe y sin preparación, soltó que nos habíamos prometidos; Cómo se notaba que no era muy hábil en nociones de familia por muy hacha que fuese en los negocios.

– ¡No me lo puedo creer! –soltó Freya, su tía, todo lo ilusionada que pudo.

–Bienvenida a la familia. –exclamó Mara, su madre, besando mis mejillas.

Nos sentamos a la mesa entre risas de compromiso y miradas que intentaban examinarme casi traspasando mi mente; ¡Como si alguien pudiese saber lo que estaba pensando solo con mirarme!

– ¿Y a qué te dedicas, bonita? –preguntó Mara elevando su ceja en figura de pico tan definidamente que me sentí en un interrogatorio de la CIA.

–Soy agente de banca. –contesté serena procurando sonreír.

Sí, me tuve que callar que lo que deseaba era decirle que a ella qué le importaba; Ese tipo de

gente que quería clasificarte a la primera no entraba entre mis preferidas.

–Oh, eres entonces una chica preparada; Eso está bien. –aseguró Elliot, el padre de Ian, contento con mi respuesta.

–Es una de las razones fundamentales por las que me enamoré. –dijo Ian cogiéndome la mano en un acto cariñoso que me pilló desprevenida.

¡La ostia! Pegué un pequeño bote en el asiento que esperé que no se notase ante su contacto.

– ¿Y para cuándo es la boda? –interrogó Elliot pidiendo una botella de champán.

–Tenemos que preparar muchas cosas al respecto pero os avisaremos en cuanto tengamos la fecha. –aseguró Ian Parker todo lo tenso que pudo.

– ¿Y usted, señita, que gusta de primer plato? ¿Palak panner? ¿Tandoori? ¿Cassola? –cuestionó el camarero mirándome fijamente.

¿Qué puñeteros platos eran esos? Me quedé sonriendo por un segundo esperando que algo me salvase de mi bloqueo momentáneo.

–El pollo Tandoori para ella. –afirmó Ian cogiendo el control de la situación.

¡Salvada por la campana!

Hice una mueca de disgusto al darme cuenta de una realidad de esa familia: Veían completamente normal que Ian llevase las riendas incluso de lo que yo comía; ¿Podía salir algo bueno de esas expectativas tan retrógradas? Lo dudaba.

– ¿Y el anillo? Enséñanoslo. –ordenó la otra tía de Ian, Wendy.

Acerqué la mano entre las tres mujeres que se tiraron a observar la pieza de joyería. Lo observaron tan de cerca y tanto tiempo que me sentí incómoda; ¿No era indiscreto e inadecuado ese comportamiento?

–Los materiales son impresionantes, hijo. –dijo su madre felicitándole. –Pero el diseño... Esmérate más para el de la boda. –afirmó frunciendo el ceño.

Ian me miró con una intensa mirada de modo que me encontré perdida por un momento perdida en sus ojos azules. Me cogió la mano y contempló la joya escogida haciendo una mueca casi imperceptible de disgusto.

¿Qué cojones le pasaba al anillo que había escogido? ¡Cuánta estupidez a mi alrededor! Era un anillo caro y de materiales extravagantes, tal y como sabía que le iba a gustar a la familia, pero el diseño a mí me parecía que tenía una temática muy bonita: Unas manos sujetando un corazón. ¿No les gustaba? Pues me daba exactamente igual. Di gracias al cielo que no fuese mi familia política de verdad porque tenían actitudes insoportables que para mí se arreglaban con un cubo de agua fría tirada por sus impecables estampas.

–Su plato señorita. –dijo el camarero poniendo delante de mí uno que tenía muy buena pinta.

Por lo menos me lo iba a poder comer que no lo tenía yo tan claro cuando lo había pedido Ian. Eso sí, quité disimuladamente algunas verduras de la guarnición que no me apetecía ni probar.

– ¿Sabes, Ian? Ya se lo he dicho a todo el mundo. Ni siquiera la había conocido y ya necesitaba gritar a los cuatro vientos que has sentado la cabeza; No sabes qué contentos se han puesto todos. Por cierto, John Carter me ha dicho que te llamará para hacer negocios, que ya era hora. –dijo su madre.

Ian Parker tosió atragantado con algo y le di, instintivamente, golpecitos en la espalda. Me miraron recriminando ese hecho.

– ¿Y quieres hijos? –preguntó Freya interviniendo mirándome particularmente a mí.

–Es algo que veo en mi futuro. –dije con sinceridad.

Ian me pisó a propósito y tuve que contenerme para no romperle una carísima copa en la cabeza.

Si tenía que haber dicho otra cosa que me hubiera avisado mi hermana en su larga charla sobre su jefe en la que solo se dedicó a halagar sus virtudes como empresario.

– ¡Eso es maravilloso! –exclamó Mara. –Tenéis que casaros cuanto antes... ¡Un heredero! ¿Cómo le has hecho cambiar de opinión? –añadió interrogativamente dejándome claro que la había cagado.

¿Y cómo iba a saber yo detalles que nadie me había contado?

–Bueno, estoy en ello, aún no ha dado su brazo a torcer del todo. –contesté intentando arreglarlo.

–Es algo que tendremos que decidir nosotros. –afirmó Ian serio.

¡Vaya carácter!

– ¿Nos tomaremos la última en vuestra casa? –cuestionó el tío Freddy animado.

¿En nuestra casa? Debí poner cara de terror porque Ian me apretó la mano haciéndome sonreír forzosamente.

–Ya sabemos que vivís juntos, es lógico, sino no habría planes de boda. –declaró Mara riéndose.

Había tres tipos de risas en el universo que yo conociese: La risa normal y corriente de alguien al que le hace gracia algo; la risa malévola descarada de cuando a una persona le gusta el mal; y la peor de todas, la risa de quien intentaba aparentar que era amigable siendo más malo que el demonio.

–Por supuesto, brindaremos allí por vuestra visita. –accedió Ian.

Esperé pacientemente a que nos montásemos en el coche de mi nuevo prometido para que estuviésemos solos antes de estallar, eso sí, sin hacer aspavientos por si nos veían desde sus propios coches que nos seguían a la mansión.

– ¿Cómo se te ocurre decir que sí? Se darán cuenta de que no vivo allí, no sé ni dónde está el

azúcar. –exclamé con los nervios en el estómago de saber que la situación iba a desmadrarse.

– ¿Quieres no ponerte histérica? –cuestionó con mal carácter.

– ¿Me estás llamando histérica? Mira, no me cabrees porque, de lo contrario, vamos a hacer el teatro de los prometidos enfadados. Y te doy una pista, tú duermes en el sofá. –afirmé fuera de mí.

¿Qué se creía?

–Ni aunque nos enfadásemos, cosa que no va a pasar porque te estoy pagando por fingir, dormiría en el sofá. Mi casa tiene nueve habitaciones. –especificó de manera arrogante.

–Eres idiota, por eso estás solo y tienes que fingir que tienes una prometida que no tienes. – reivindicé cruzándome de brazos.

– ¿Y por qué estás sola tú? –interrogó elevando una de sus cejas oscuras.

– ¿Quién te ha dicho que estoy sola? –repliqué haciendo una mueca.

–Tu hermana. –contestó escuetamente.

–Vendida. –afirmé por lo bajo.

Eso último debió hacerle gracia porque distendió el ambiente con una sonora y ronca carcajada.

–Relájate, en mi casa lo hace todo el servicio. Simplemente actúa como lo hacen ellas; No te levantes pase lo que pase, no seas servicial y todo irá bien; ¿Tienes a ser servicial? –preguntó entonces en un tono jocoso que me descuadró.

–Depende. –aseguré sonriendo.

– ¿De qué? –interrogó realmente interesado.

–De si la persona me cae bien. –afirmé apuntándome un tanto.

No, el no me caía bien y debía dejárselo claro aunque fuera entre bromas.

–Entonces procuraré no pedirte que me hagas una leche calentita para dormir. –bromeó sin despegar la vista de la carretera.

No pude evitar fijarme entonces en Ian Parker de una forma en la que no lo había hecho hasta ese momento. Estaba impecablemente vestido, tan formal y serio que no me había planteado que, por edad, podíamos llegar a entender uno las bromas del otro.

– ¿Has pensado ya por qué vamos a romper nuestro compromiso? –pregunté mientras intentaba levantarme un poco del asiento para despegarme el vestido de los cachetes del culo.

Los vestidos podían ser todo lo finos y carísimos que uno se pudiera permitir, pero a la hora de la verdad, se subían de todas formas hasta donde no debían; En la cumbre de las vestimentas cómodas, por lo menos para mí, no estaban.

–Te veo ocupada. –resaltó Ian echando una ojeada a mi situación que me hizo ruborizarme.

¿Dónde estaba el idiota que ordenaba cosas en vez de ponerme nerviosa con ese tonito burlón que había entre nosotros de repente?

– ¿Vas a decirme cómo vamos a cortar? ¿Quedaré como una fresca? –cuestioné volviendo a encauzar la conversación.

– ¿Una fresca? –Se río de nuevo de mi ocurrencia y me pregunté si era posible que toda aquella locura al final no fuese tan difícil de hacer. –No, diré que nuestro caminos se han separado porque queríamos cosas distintas para nuestros negocios o algo así. Me recriminarán, pero podré aguantar unos meses con la excusa de que la última vez no me salió bien hasta que vuelvan a decirme, desesperadamente, en cada conversación que busque novia. –añadió tocándose el puente de la nariz.

No le gustaba hablar de las expectativas de su familia, me di cuenta en ese preciso momento;

¿Cuál era la importancia de que un joven exitoso tardase en encontrar a alguien con quien compartir su vida? Al fin y al cabo no era como elegir una camisa.

–Es una buena elección. –dije escuetamente.

Mi contestación pareció sorprender, quizá porque yo siempre estaba hablando de más, porque giró levemente la cabeza hacia mí para analizarme.

–Ya hemos llegado. –afirmó tranquilo antes de bajarse del coche.

Tomarse la última, para buena familia que se preciase, era sinónimo de estar hasta las tantas con copichuelas inofensivas que dejarían nuestra vergüenza a un lado; Pero, al parecer, en su familia, la última era la última. Qué extraño.

¿Para qué tenían que seguirnos hasta casa un cuarto de hora aproximadamente para tomarse una sola copa más que podríamos haber pedido perfectamente en el restaurante? La riqueza debía ir a la par que la gilipollez.

–Bueno, ya que hemos venido hasta aquí, nos quedamos a dormir. Así amanecemos juntos y no tenemos ir con mensajes para quedar. –aseguró la madre de Ian rápida al apurar el último trago de su copa.

–No mamá. –contestó Ian serio.

–Claro que sí, hijo. ¿Vas a negarle la hospitalidad que te caracteriza a tu madre? –cuestionó con malicia.

¡Menuda hija de puta la vieja! Lo tenía pensado, se veía a la legua; ¿Para qué quería quedarse en casa de su hijo si seguro tenía un hotel pagado hermosísimo?

–Pues... Al parecer, no tengo esa opción. –respondió Ian molesto.

Normal, aquello era una encerrona.

Espera.

¿Me iba a tener que quedar a dormir?

Ian Parker pareció caer en la cuenta de que me estaba agobiando porque cogió mi mano para despedirse de los demás asegurándose de que alguien del servicio iba a montar sus respectivas habitaciones.

– ¿Dónde vamos? –pregunté en un susurro cuando ya estábamos terminando de subir las escaleras de la casa.

¡No pensaba entrar en su habitación! Aquello no estaba pagado con mil euros, eso era si me iba plácidamente a dormir a mi casa; ¿No?

–Relájate. –ordenó pegando su boca a mi oído indicándome que entrase a la estancia.

Yo ya había estado en su habitación cuando había rebuscado pero no pensaba que entraría junto a él siendo de noche; ¡Quería irme a mi casa o le pegaría un sartenazo!

– ¿Sabes? Eres un tío muy desagradable, me estás volviendo a tratar de histérica. –asegué cruzándome de brazos mientras me sentaba en una butaca que había junto a una estantería de libros.

–Es que te estás comportando de una manera irracional. ¿Qué piensas que voy a hacerte? No tengo yo otra cosa que hacer que meterme con una chica como tú. –afirmó quitándose la corbata y empezando a desabrochar su camisa.

–No sé qué quieres decir con una chica como yo, pero te estás desnudando. –señalé enfadada.

–Voy a ducharme. –espetó rodando los ojos.

– ¿Y la hospitalidad de la que hablaba tu madre? Yo primero. –dije pasando por debajo de su brazo apoyado en el marco de la puerta del baño de la habitación.

Sí, lo hice totalmente por joder, y la prueba de ello era que me arrepentí en el momento en el que me encontré encerrada en aquella estancia que me dejaba únicamente dos opciones: Ducharme aun no teniendo ropa o reconocer saliendo de nuevo que simplemente había querido seguir discutiendo con él. Ni muerta.

Me despojé del carísimo vestido y los tacones para después rebuscar hasta dar con el armario de las toallas limpias. Estaban ordenadas casi como si fuese un hotel, debía ser fácil vivir con esa sensación permanente de no tener que ocuparse de nada de lo tedioso de la vida.

Esmerarme en la ducha fue solo parte de mi plan para sacarle de quicio. Ya me lo imaginaba mirando su lujoso reloj una y otra vez para comprobar cuánto estaba tardando. Me lié en la toalla pacientemente hasta que Ian llamó a la puerta.

–Qué prisas. –dije abriendo evitando sonreír.

– ¿Sabes? Tenía claro que ibas a tardar y he estado contestando algunos emails. No me afectan tus chiquilladas. –aseguró pasando para encerrarse.

Bueno, momento culmen de mi histeria; ¿Qué me ponía? Recordé vagamente haber visto cosas de deporte en uno de los cajones del vestidor así que fui directa a escoger algo de Ian que ponerme antes de que saliese y me pillase en pelota picada.

¿No hacía calor?

Busqué la ventana que estaba tras la cortina para abrirla y solo entonces me di cuenta de que llevaba a un balconcito muy acogedor. Me gustó inmediatamente y me senté en un cómodo sillón balanceador. Aproveché el momento de soledad para llamar a mi hermana que debía estar echa un manojo de nervios esperando el reporte de cómo estaba saliendo la dichosa aventura.

–Empieza a escupir pero ya. –dijo mi Sarah al otro lado de la línea.

–Va todo bien. –aseguré haciendo muecas que ella no podía ver.

– ¿Qué es lo que no? –preguntó demostrándome que me conocía mejor de lo que era sano.

–Tengo que dormir aquí. –contesté apretando los dientes hasta rechinar.

– ¿Qué? ¿Por qué? –interrogó notablemente sorprendida.

–Su familia ha querido quedarse aquí. –murmuré mirando constantemente por la cortinilla hacia dentro para estar segura de que Ian no me oía cotillear sobre él y su familia.

–Ten cuidado. Tenían una reserva en el hotel Luxury del centro y no lo han anulado, yo lo sabría. Eso es que quieren estar cerca vuestra, hay algo por lo que no se fían. –aseguró hablando tan bajito que me pareció que debía dejar de ver películas conspiratorias.

–Tengo que colgarte. –dije rápida cuando vi que la puerta del baño se abría.

Nada me había preparado para aquella imagen. Ian miró a un lado y al otro de la habitación para después encogerse de hombros y salir con la toalla rodeando su cintura. Desde aquel sillón colgante pude ver sus marcados abdominales y sus anchos hombros para descender inconscientemente hasta ser testigo de su perfecta uve justo antes de donde, por suerte o por desgracia, la toalla tapaba su miembro.

Casi como pudiese notar mi mirada llegó hasta la cortina para descorrerla y pillarme como un lagarto pegado a la pared pero en la ventana; ¿Se daría cuenta de que me había quedado, por un momento, embobada mirando su cuerpo?

– ¿Esa es mi ropa? –preguntó echando un vistazo por mi cuerpo al mismo tiempo que yo me levantaba del asiento.

– ¿Qué querías que me pusiera? –repliqué sintiendo que era más fácil llevarle la contraria que pararme a analizar otras cosas entre nosotros.

– ¿Tú nunca preguntas? –interrogó soltando un suspiro y pasando sus manos por el sedoso cabello negro azabache que peinó hacia atrás.

-No. -afirmé tragando saliva.

CAPÍTULO 5

IAN

Me detuve frente a Amber, esa mujer de rizos anaranjados y grandes ojos verdes, que me desafiaba como ninguna otra persona se atrevía a hacer.

–Eres una terrible empleada. –asegué con el solo propósito de hacerla rabiar.

¿No era eso exactamente lo que ella hacía conmigo?

–Tu terrible empleada te va a pedir un incremento por tener que dormir aquí utilizando esta ropa.

–contestó chasqueando los dedos mientras se metía hacia el interior de la habitación.

–He visto tu pijama, te lo recuerdo. No es mucho mejor que digamos. –espeté con una media sonrisa.

–Es de mala educación mirar a mujeres en pijama que no te han invitado a entrar en su casa. – afirmé señalándome con un dedo desde la distancia.

–Tienes un doble rasero para medir las acciones según quien las haga. –asegué tranquilo sentándome en mi lado de la cama.

¿Por qué no se metía ella también?

–Puede ser. –contestó cogiendo la almohada bajo su brazo para después empezar a rebuscar en el resto de armarios de la habitación.

Esperé lo que me pareció una eternidad, pero, finalmente, no aguanté más sin tocarme el puente de la nariz un poco sacado de honda y resoplar.

– ¿Se puede saber qué haces? –cuestioné intrigado.

–Busco una manta gorda. –respondió sin darse la vuelta.

– ¿Tienes frío? Puedo poner el aire acondicionado. –aseguré algo extrañado comprobando que la temperatura marcaba veintiséis grados.

–No es eso. No pienso dormir contigo en la cama, no te conozco. –contestó con un tonito de que era evidente y yo un estúpido por preguntar.

– ¿Qué piensas que va a pasar porque durmamos juntos? No seas infantil. Además, es una cama grande. –repliqué sin poder creerme su actitud.

¿De dónde había salido Amber? Era una chica totalmente diferente a todas las que había conocido.

Alguien tocó a la puerta y miré a mi falsa prometida con cara de circunstancias; ¿Quién iba a entrar a “nuestro” cuarto y para qué? Amber, sin previo aviso, saltó hasta la cama para colocarse, prácticamente, encima de mí.

–Uy, perdón. –exclamó mi madre tapándose los ojos.

–No pasa nada. Pasa. –dijo Amber.

¿Qué acababa de pasar? No entendía nada.

–Quería avisaros de que mañana por la mañana iremos temprano al club porque hemos conseguido quedar con unos viejos amigos. Os esperamos allí a las once; ¿De acuerdo? – cuestionó tan entusiasmada que me dio miedo viniendo de mi madre.

Cerró la puerta y Amber se separó de mí lo suficiente como para que empezase a recobrar la cordura.

–No se fía de nosotros, Sarah tenía razón. –afirmó mentando a su hermana.

–Ya. –dije entendiendo su comportamiento.

Yo conocía perfectamente a mi madre pero me sorprendía gratamente comprobar lo suspicaz que era Amber.

–Es porque somos muy poco cariñosos. –aseguró pensativa sentada con las piernas cruzadas a mi lado.

–Es porque se le hace raro que yo haya accedido a estar con una persona, supuestamente, el resto de mi vida. –rectifiqué yo.

–A lo mejor es un conjunto de las dos cosas. –sugirió Amber. –Lo cierto es que si ellos tenían tan claro tu posición respecto a estar con alguien de forma seria y duradera, al enterarse de tu supuesta novia formal que lo cambiaba todo, quizá esperaban algo más; Un amor muy fuerte que explicase tu cambio de opinión. –añadió convencida.

–No sería más cariñoso contigo delante de mi familia ni aunque te amase. –solté casi sin pensarlo.

Era cierto. Yo no era de los que se besaba delante de la gente con la necesidad de demostrar lo mucho que era o no era.

–Quizá no conscientemente, pero habría acciones que no podrías controlar. –afirmó con un suspiro.

–Creo que vosotras siempre esperáis más de nosotros que lo os podemos ofrecer. –atajé con una risa ronca.

–Posiblemente. –admitió ella también riéndose.

–No tendrán más remedio que creérselo. Tampoco es como si tuvieran un método para comprobarlo. –murmuré disgustado con las idioteces que me hacían hacer.

–Eso es verdad. Por cierto, duermo aquí, tu cama es increíblemente cómoda. –reconoció repentinamente Amber acostándose a mi lado.

–Buenas noches. –concedí tranquilo.

Amber no me respondió así que no tuve más remedio que mirarla por encima para comprobar atónito que se había quedado dormida; ¿Tan rápido? Ojalá yo hubiese tenido esa facilidad para conciliar el sueño, por el contrario, me quedé mirando hacia el techo en la oscuridad preguntándome si no había empeorado mi propia situación ante mi familia con aquella farsa. No me creían del todo y había entrado en un juego que no debía; Habría sido mejor enfrentarme a su falsa creencia de que necesitaba formar una familia para seguir creciendo como empresario.

El sol entró por la ventana evidenciando que era hora de despertarse además de recalcar que, debido a la presencia de Amber, me había olvidado de correr las cortinas. Torcí la cabeza hacia la derecha para dejar caer mi vista sobre la figura esbelta, pese a llevar mi ropa deportiva, de mi falsa prometida. No lo reconocería ante ella, pero me parecía una mujer muy atractiva; Me había dado cuenta en cuanto la había visto vestida por primera vez.

–Buenos días. –dijo ella sin abrir los ojos aún.

¿Cómo sabía que la estaba mirando? Me levanté hacia el otro lado de la cama para hacerme el loco con la situación.

–Buenos días; ¿Bajas a desayunar o le digo a Vera que te suba el desayuno? –pregunté evitando, por alguna razón desconocida, que nuestras miradas se encontrasen.

–Bajo, bajo. –afirmó ella abriendo los ojos de pronto. –Esto... Mi hermana tiene que traerme la ropa que compramos, la dejé en mi casa. –añadió intentando peinarse la enredada mata de rizos.

–Sí, da tiempo. –contesté saliendo todo lo rápido de la habitación.

Me dije a mí mismo que ya subiría cuando ella hubiese bajado; ¿Qué diablos me pasaba? Una noche durmiendo en la misma cama no había cambiado nada, o no debería haberlo hecho.

–Buenos días señor Parker, su familia ha salido temprano al club y me ha dejado encomendado recordarle que deben estar a las once allí usted y su señora prometida. –anunció un joven del servicio.

–Gracias. –respondí escuetamente.

¿Qué prisas eran esas? ¿Por qué no habían podido esperarse para que fuésemos todos juntos?

El timbre de la casa sonó y alguien fue a abrir la puerta. A los pocos segundos, Sarah, mi asistente y hermana de Amber, entró intentando no mirarme mientras yo seguía en pijama. Seguramente no volvería a verme como a mí me gustaba que me vieran mis empleados, como alguien serio y respetable con el que no se podía jugar.

Tuve que esperar un buen rato hasta que ambas bajaron dejando de cuchichear justo en el último escalón de la escalera; Precisamente no era fuerte de ninguna de las dos ser disimulada.

– ¿A que este vestido no es apropiado para que vayáis al club de día? –interrogó Sarah directamente hacia mí.

Me fije en el vestido largo color azul marino que, sin duda, era de noche. Amber estaba sonriente de oreja a oreja y había conseguido dominar su largo cabello en una trenza para hacerlo menos revoltoso.

–Yo no veo que esté mal, además, es de esa boutique en la que todo es carísimo; ¿Cómo no va a ser apropiado? –cuestionó Amber chasqueando la lengua.

– ¿Tienes algo por encima de la rodilla de un color claro? –pregunté intentando, por alguna razón, que sonase suave.

– ¿O sea, que no voy guapa? –replicó Amber frunciendo el ceño.

– ¡Amber! ¿Cómo le preguntas eso así? Jefe, ni caso. Ya me ocupo yo de que se cambie de vestido. –intervino Sarah.

–A ver si no le voy a poder decir a mi prometido si me ve guapa o no. –exclamó Amber mientras se iba.

En esa ocasión, tardaron bastante menos en bajar por suerte para mi familia que adoraba la puntualidad.

–Ese sí te queda perfecto. –dije halagándola al verla con un vestido blanco por encima de la rodilla, un escote con algunas flores y una apertura hasta el coxis en la espalda.

–Mira que caballeroso. –Sarah no se calló su opinión pero en sus ojos pude leer que, en realidad, no estaba segura de si le gustaba que hubiese dicho eso.

¿Por qué le había dicho eso entonces?

–Pues éste. –repitió Amber. –Vámonos. –añadió saliendo por delante de mí.

–Espera. –ordenó Sarah cogiendo a su hermana del brazo.

Pille la indirecta por lo que esperé a unos cuantos pasos de distancia hasta que terminaron de cuchichear y Amber se puso a mi altura.

– ¿Todo bien? –cuestioné buscando el motivo del murmullo entre ellas.

–Sí, cosas de hermanas. –contestó rápida.

–Será por eso que no lo entiendo, no tengo hermanos ni hermanas. –Me burlé abriéndole la puerta del coche.

– ¿Te hubiera gustado tenerlos? –interrogó rebuscando en mi guantera.

– ¿Qué buscas? –pregunté curioso.

–Contesta tú. –ordenó riéndose de a saber qué.

–De pequeño quizá, pero conforme fui creciendo me dejé de interesar. –contesté colocándome

las gafas de sol mientras conducía.

–Pues mi hermana es un coñazo pero no la cambiaría por nada y mira que me mete en marrones como éste. –dijo señalándonos.

– ¿Para qué vas a usar el dinero de la farsa? –cuestioné interesado.

No la conocía mucho porque sólo llevábamos un día en esa farsa, pero me picaba algo por saber cómo era más allá de la loca que parecía ser.

– ¿Los mil euros diarios o lo que pienso cobrarte por la noche extra? –Su burla me produjo gracia por lo que me reí nuevamente.

Me daba igual si tenía que pagarle un plus o no, si era por dinero, la situación estaba arreglada.

–En general. –sugerí queriendo meterme en su pensamiento.

–Pues... Vivir hasta que encuentre trabajo y si lo hallo antes de que se me acabe el dinero, me meteré nuevamente a estudiar. –afirmó sorprendiéndome.

– ¿Qué vas a estudiar? –cuestioné parando el coche frente a la puerta del club que estaba, extrañamente, desierta.

–Ya lo hablaremos. A todo el mundo le parecerá raro que mi futuro marido no sepa nada de mí. –puntualizó sonriendo.

–Tienes razón. –accedí bajando para tenderle las llaves al aparcacoches.

–Señor y señora Parker. –asintió el chico con la cabeza señalando hacia dentro.

¿Señor y señora Parker? ¿Nos llamarían así de ahí en adelante?

Nada más entrar me quedé paralizado y apreté la mano de Amber mientras visualizaba a toda la

gente que había allí reunida; Familiares, amigos... ¿Qué estaba pasando?

– ¡Hijos! –exclamó mi madre refiriéndose a los dos. –Amber, querida, ve con Freya y Wendy que tengo que hablar un momento con mi hijo. –prosiguió.

– ¿Qué pasa, mamá? Esto no me gusta nada. –espeté cabreado.

–He reunido a todo el que ha podido venir, incluyendo algunas personas de la prensa y... ¡He organizado tu boda! –exclamó emocionada.

– ¿Qué? ¿Hoy? ¿Aquí? ¡No! –Mi negación fue rotunda y absoluta.

– ¿Cómo que no? ¿Por qué? Tus tías están preparando a Amber para la ocasión. He pensado que era una oportunidad perfecta para que todo el mundo sepa que has sentado la cabeza a lo grande; Te van a nacer nuevos tratos comerciales seguro. –argumentó mi madre sin dar tregua.

–No voy a casarme hoy, así, sin más, por darte el gusto. –negué sintiendo la presión instalarse en mis sienes.

– ¿No será que no te convence tu prometida como futura esposa? ¿Te estás arrepintiendo de la elección? Reconozco que la chica es bastante guapa y quiere tener hijos, cosa que es un buen punto. También ha estudiado por lo que no es una tonta aprovechada, pero... Hay algo que no me termina de gustar; ¿Es por eso? ¿Tienes otras candidatas? –preguntó mi madre metiendo cizaña.

–No tengo ninguna candidata, madre, tengo una prometida. Y si me he prometido, es porque me quiero casar. –contesté vehemente.

– ¿Pues entonces dónde está el problema por hacerlo hoy? –interrogó con esa cara de arpía que ponía cuando se pensaba con la victoria.

El problema de todo ello era que quería que me casase sí o sí; Seguro que tenía sus preferencias

de nuera pero sobre todo lo que anhelaba era que fuese un hecho consumado.

–Ninguno, será hoy. –anuncié para quitármela de encima. –Pero déjame ir a hablar con Amber, teníamos pensado una boda muy distinta. –mentí.

¿Cómo iba yo a decirle a esa mujer pelirroja, hermana de mi asistente, que nos teníamos que casar de verdad?

CAPÍTULO 6

AMBER

– ¡Que no me pongo yo ese velo! –chillé totalmente fuera de mí.

–Vamos, niña, que tienes que estar lista para las doce que viene el cura. –afirmaron las tías de Ian.

¿Se habían vuelto locas? Miré a mi alrededor en busca de algo que me sirviera de defensa ante aquellas con cara de zombis ávidas de bodorrio, pero sólo vi un espejo y ramo de flores.

–Perdón, ¿puedo pasar? –interrogó Ian Parker sin esperar ninguna respuesta para hacerlo.

–Sobrino, que no puedes ver a la novia antes de la boda. –exclamó Freya todo lo escandalizada que pudo.

–Si he venido con ella en el coche, tía querida. –contestó con la mandíbula tan tensa que pensé que se le iba a desencajar.

Intenté tranquilizarme al verle, pensé que si estaba allí seguro debía ser para ponerle fin a toda esa locura.

– ¿Y qué quieres? –intervino Wendy intentando echarle de allí.

–Hablar conmigo. ¿Qué va a querer? –pregunté yo corriendo para cogerle de la mano.

En ese momento visualicé a Ian Parker como si fuese mi gran salvador, aunque en realidad era parte del problema.

Esperé pacientemente a que salieran las cotorras adineradas para zarandear a Ian instándole a que me diese una solución.

– ¿Qué dice esta gente? ¿Qué boda? ¿Se han vuelto locos? –cuestioné fuera de mí.

–Tranquila. Mi familia siempre ha querido que sientes la cabeza y aunque no te vean como mi prometida ideal, les vale si acaba en boda; Solo intentan asegurarse de que es así. –explicó aunque eso no me tranquilizaba en absoluto.

– ¿Y cuál es el plan de fuga? –interrogué con los ojos abiertos como platos.

–Ninguno. –aseguró tan serio que sentí que mi estómago se daba la vuelta. –Tenemos que casarnos Amber. –afirmó para mi completo horror.

–No, no, no; ¿Y qué me vas a pagar? ¿Mil euros cada día durante cuánto tiempo? –pregunté llevándome la mano al pecho.

–Durante un año. Lo mínimo para que nadie se dé cuenta de que ha sido una farsa. –respondió tocándose nervioso el puente de la nariz.

– ¿Te ha dado algo en la cabeza Ian o qué te pasa? –pregunté sin ningún tipo de miramiento. –No me voy a casar contigo, no te conozco más que de un día. –murmuré flipando en colores.

–Un millón. –dijo convencido.

– ¿Un millón qué? –cuestioné dudando.

–Un millón de euros por un año casada conmigo. –ofreció vehementemente.

– ¿Tienes ese dinero para darme? –pregunté con un grito ahogado.

–Lo tengo. –afirmó serenándose.

–Lo quiero por escrito antes del “Sí, quiero”. –pedí tomando la decisión más loca de mi vida.

Llamé a mi hermana en cuanto estuve un minuto sola mientras me colocaba en la puerta

atrancándola con el propio peso de mi cuerpo; ¿Qué iba a decirle exactamente? La muy inoportuna, que siempre andaba con el móvil pegado como una lapa, tardó lo que me pareció una eternidad en descolgar.

– ¿Qué pasa? Vas a tirarme el teléfono abajo de tanto llamar. –reprochó con voz que especificaba que pensaba que yo era una cansina.

¡Cansina mis calzones! Ella me había metido en aquel embolado del que no podía salir más que con una alianza; ¡Una de verdad!

–Me caso en media hora... ¿Crees que podréis venir tú y mamá sin hacer muchas preguntas? – cuestioné lo más delicada que pude.

No había forma de decir con delicadeza eso, era como si intentaba matar a alguien con un cuchillo sin dolor: Imposible.

– ¿Es una broma? Te advierto que estoy muy liada intentando que los inversores de mi jefe quieran retrasar sus reuniones mientras tú te paseas por los clubs de lujo. –afirmó molesta con mi supuesta broma.

–No es una maldita broma, Sarah. La familia de Ian lo ha preparado todo. Hay prensa ahí fuera y tu jefe asegura que no puedo dejarle mal ante ellos, que perdería credibilidad como empresario. – expliqué sintiendo el sudor instalarse en mis nerviosas manos.

– ¿En qué club estáis? –cuestionó tras un suspiro.

–En el de campo. –contesté tranquila.

–Ella es muy especial para sus cosas. –dijo Ian fuera de la habitación seguramente hablando con las dos cacatúas de sus tías.

–Pero, sobrino, queremos ayudarla a prepararse. Hemos elegido hasta el último detalle. –afirmó Wendy haciéndose la atormentada.

¿Me ponía yo a enumerarle mis problemas?

Alguien tocó a la puerta y me negué a contestar. Cuando se abrió aún sin mi autorización, no necesité darme la vuelta para saber que se trataba de Ian Parker, era de esa clase de personas que se pensaban que todo era suyo, incluso la vida de los demás.

– ¿Algún problema? Creía que habíamos llegado a un acuerdo. –murmuró comprobando que no me había colocado ni velo ni nada.

–Estoy esperando a mi madre y a mi hermana, vienen de camino. –aseguré cruzándome de brazos permaneciendo sentada frente al tocador.

–Ah, eso... Sí, lo hará más creíble. –contestó rascándose la nuca mientras se paseaba por la habitación.

–Esto... Amber, necesito que firmes esto. –dijo acercándose a mí en dos pasos.

– ¿La separación de bienes? –cuestioné sin necesidad de leerlo.

–Espero que no te importe. –afirmó mirando sus zapatos.

–No, claro que no. –dije echando un garabato en el sitio correspondiente.

Sí, iba a casarme con él por dinero, pero eso no significaba que yo fuese una pelambrusca con ganas de aprovecharme de su fortuna.

–Ya estamos aquí. Que alguien empiece a explicarnos, a la de ya, que está pasando. –exigió mi madre entrando como un toro de Miura.

–Mamá, relájate. –intervino mi hermana para acto seguido colocar sus brazos en jarras igual de enfadada que había entrado mi madre. – ¿Qué significa esto Ian, que diga jefe? –Su tono fue acusatorio.

–Hola Sarah y... –saludó Ian, de forma simpática, por primera vez que yo lo viese.

–Valentina. –La presentación de mi madre fue escueta mientras se colocaba en esa pose, tan de madre, con las manos cruzadas bajo los senos; la espalda semi arqueada hacia atrás y el morro torcido en su rostro altivo.

– ¿Puedo asumir por su enfado que sabe cómo se ha gestado lo de esta boda? –interrogó sereno y pensativo.

–Asumes bien, muchacho, y mi hija no va a casarse contigo. Me da igual que te deje mal o que mi otra hija, aquí presente, pierda su trabajo. –aseguró mi madre en toda la cresta de su ola de orgullo.

Ian me miró buscando un apoyo que yo no sabía si darle, estaba en juego mi dignidad. Justo después recordé que habíamos llegado al acuerdo del millón de euros y tiré mi dignidad por la ventana sin problema.

–Ya hablo yo con ellas, tú espérame en el altar. –aseguré tomando las riendas.

– ¿Qué altar y no altar? –gritó mi madre fuera de sí.

Agradecí que no tuviera a mano su carrito de peluquera porque me habría comenzado a tirar rulos sin piedad.

–Mamá, ya he hablado yo las cosas con Ian y hemos llegado a un acuerdo. Además, tú misma lo has dicho, si no se hace ya puede olvidarse Sarah de su querido trabajo. –aseguré trasteando las horquillas del velo intentando ponérmelo ya que no veía a mi madre en disposición de ayudarme.

– ¿Qué acuerdo? ¿Te ha dicho él que me va a despedir? –chilló mi hermana Sarah. –No, no, no. Yo me acabo de comprar una casa y no me puedo quedar sin trabajo. –añadió en tono agudo.

–Está en juego la integridad moral de tu hermana. –resaltó mi madre molesta.

– ¿De la moral se come? –interrogó Sarah con los nervios a flor de piel.

–La que se casa soy yo. –apunté resoplando.

– ¿Pero tú estás segura? ¿No tendrás luego problemas? –cuestionó mi madre poniéndose manos a la obra con la colocación del dichoso velo.

–Tenemos todas las condiciones bien habladas. De hecho, sólo tenemos que hacer el paripé hoy y los días que le queden a su familia aquí. Después algunos días sueltos durante el año. Sarah mismo sabe que su jefe pasa olímpicamente de estar juntándose con la familia. –argumenté sacando la información de mi propia cosecha.

Lo único que Ian Parker y yo habíamos hablado era el millón de euros por el “Sí, quiero” que duraría un año; ¿Los detalles? Pues yo suponía que era exactamente como yo había descrito pero cualquier cosa diferente se podría hablar en la luna de miel; ¿Tendríamos de eso? Imaginaba que sí, bueno, unas vacaciones gratis, había que mirar los puntos positivos de la vida.

Me miré en el espejo, había salido a pedir de boca que yo llevase un vestido de blanco. Tocaron la puerta y mi madre la entreabrió para coger la caja que le pasaba bajo la etiqueta de “Lo nuevo”.

– ¿Lo nuevo? –cuestionó Sarah abriéndolo para descubrir un collar finísimo y que debía ser carísimo con piedras preciosas y una cadena de oro.

–Es la tradición, niñas. –La regañina de mi madre no la impidió contemplas casi como si fuese tasadora profesional la gargantilla. –En las bodas hay que llevar algo nuevo, algo prestado y algo azul. Si no se hace, se frustra el futuro de del matrimonio. –admitió retocándose el pelo.

– ¿Llevas algo azul? ¿Las bragas por casualidad? –aventuró intentando mirar bajo mi vestido.

–No, las llevo blancas para que no se transparentasen. –Mi queja le hizo gracia.

–El novio ya está en el altar. –anunció alguien tocando a la puerta.

Las tres chillamos al unísono. Aquel ataque de nervios no podía ser bueno, envejecería a pasos agigantados; ¡Y las canas no se quitaban!

–Toma, algo prestado. –dijo mi madre pasándome sus pendientes de oro, esos que en su momento le había regalado mi padre que no estaba entre nosotros y que nunca se quitaba.

–Pero mamá. –dije riéndome. –Que es una boda falsa. No puede salir mal porque no es real. –añadí repasándome el pintalabios.

–Bueno, por si acaso y punto. –reafirmó mi madre.

– ¿Y de dónde saco yo algo azul? –pregunté colocando en blanco los ojos.

Rebusqué por la habitación pero no di con nada. Tampoco llevábamos ninguna de las tres en el bolso algo que pudiera ponerme de color azul; ¡Mala suerte!

–Pues esto no va a salir bien. –refunfuñó mi madre.

–Pues yo no tengo tiempo de seguir buscando porque hay mucha gente esperando mi salida. –afirmé saliendo del cuarto.

Me faltó tener un tembleque al comprobar cuánta gente estaba expectante por mi paseílo hasta el altar. Sólo esperaba que no me diese un tic en el ojo o un jamacuco de la impresión.

–Estás muy guapa. –dijo Ian en cuanto llegué hasta él.

–Tu corbata es azul. –señalé de pronto.

–Sí. –contestó elevando una ceja, comportamiento que empezaba a caracterizarle cuando no estaba conforme con algo que yo decía.

–Pues dámela. –afirmé recordando lo que había dicho mi madre.

–Esto... Es parte del traje. –contestó extrañado.

–La necesito para atármela en la muñeca, para poder darte el sí. –aseguré volviendo a la carga.

–He elegido a la candidata más loca. –murmuró accediendo.

Me puse la corbata atada en la muñeca y elevé un poco esa extremidad para asegurarme de que mi madre lo veía. Asintió con la cabeza y, absurdamente, me sentí más tranquila.

¡Como si eso fuese a arreglar el hecho de que me iba a casar!

– ¿Aceptas a Amber Denver como legítima esposa para amarla y respetarla hasta que la muerte os separe? –cuestionó el cura con su mirada llena de fe a Ian que estaba suficiente tenso como para haberse roto algún músculo facial.

–Sí, quiero. –contestó tras soltar una larga respiración que debía contener todas sus dudas sobre que eso saliese bien.

– ¿Y tú, Amber Denver, aceptas a Ian Parker como legítimo esposo para amarlo y respetarlo hasta que la muerte os separe? –interrogo el ministro de Dios emocionado con la ceremonia.

Mi pecho se hinchó mientras contenía la respiración. Aquello era un error, pero pocas veces en la vida se tenía la opción de cometer un error que te hiciese embolsarte un millón de euros; ¿No podía con ese dinero hacer todas las cosas que había soñado a lo largo de mi vida?

Ian estaba nervioso, se le notaba en cada movimiento facial o corporal que hacía. Me instaba con la mirada a decirle que sí, aquella situación no debía ser fácil para él tampoco; Bueno, por lo menos, siempre se estaba a tiempo de firmar el divorcio.

–Sí, quiero. –dije sintiendo que acababa de cometer una estupidez muy grande.

–Puedes besar a la novia. –anunció el cura.

¿Besarme? ¿A mí? Mis pensamientos se pusieron totalmente alerta.

CAPÍTULO 7

IAN

El cura nos dio la bendición para que nos besásemos y todos aplaudieron sin vítores malsonantes, al fin y al cabo, era una boda de nivel alto. Aún siendo así, no se me ocurrió ninguna forma de evitar el beso. Esperé un poco, pero a Amber tampoco debió ocurrírsele porque no hizo nada al respecto.

–Vamos, hijos. Sé que estáis nerviosos, pero ya os he dado la bendición. –recalcó el cura pensando que no le habíamos oído.

–Ah, sí. –contesté escuetamente.

Me acerqué a Amber que tenía los ojos verdes abiertos como platos ante la inmediatez de lo que iba a suceder. Coloqué ambas manos en sus caderas para balancearla un poco hacia delante y poder alcanzar mis labios con los suyos. Fue un beso largo pero casto que, sin embargo, me provocó cierto revuelo en el interior.

–Qué felicidad, hijo, qué felicidad. –dijo mi madre llegando hasta nosotros.

Tenía ganas de reprocharle la encerrona, pero el mal ya estaba hecho.

–Y ahora la sorpresa. –anunció mi tía Freya dando unas palmaditas que no me daban seguridad ninguna.

Me tendió un sobre en cuyo interior había unos billetes a Cancún, seguí mirando para comprobar que estaba todo reservado: Hotel, coche privado y hasta un guía. Genial, no tenía intención alguna de ir, pero ellos no tenían por qué saberlo.

– ¿Salimos esta noche? –preguntó Amber con la boca prácticamente desencajada. –Es un regalazo, gracias. –aseguró acercándose para darle a mi tía dos besos que, si no la hubiera conocido, me hubiesen parecido incluso elegantes.

Quizá era una gran actriz y nuestro país se la estaba perdiendo.

–De nada, querida. Allí concebimos mi marido y yo a nuestros hijos. Mara y Elliot a Ian. Y, posiblemente, aunque no están seguros, Freya y su marido a su primogénito. –explicó para mi desgracia.

–Nosotros vamos a irnos. –dije, de pronto, sorprendiendo a Amber. –Tenemos que preparar las cosas para la luna de miel. –afirmé complaciendo a los presentes.

–Hija, ven. –intervino la madre de Amber llevándosela a una esquina.

Mi familia siguió con su habitual retahíla sobre lo que debía hacer a partir de ese momento; Para ellos todo estaba medido ya que influía en mi estatus empresarial por lo que me recordaron que, una vez casados, ya podíamos ir a por los niños. No sabían qué equivocados estaban al respecto.

Me fijé involuntariamente en lo que hablaba mi recién esposa y aunque no oía nada de lo que hablaban se veía que estaban enzarzadas en algún tipo de discusión.

– ¿Nos vamos? –cuestionó Amber colgándose de mi brazo.

–Sí, vámonos. –contesté besándola en la mejilla para complacer a cualquiera que pudiera estar viéndonos.

Llegué al coche, no sin la felicitación de cada empleado del club que nos cruzábamos por el camino, y dejé caer por un momento el cuello hacia atrás para apoyarme sobre el reposacabezas.

–Nos hemos casado. –murmuró Amber como si no terminase de creérselo.

–Sí. –contesté en el mismo tono. –Pues ya está, te llevo a tu casa. Ni siquiera tenemos que esperar a que se vayan porque se piensan que vamos a coger un avión a Cancún esta noche. – expliqué sintiéndome muy feliz por un momento.

Me habían puesto en bandeja que no me pillasen en aquella farsa y encima se sentían súper inteligentes con su maquiavélico plan de que tuviese hijos en Cancún en esa semana supuesta de relax.

–Espera. ¿No vamos a ir a Cancún? –chilló Amber girándose en su asiento para mirarme de frente.

– ¿Para qué? Yo trabajaré desde un piso céntrico que tengo por si se pasan por mi casa y tú puedes estar en tu casa porque no saben dónde vives, eso sí, no te pasees por ahí no vaya a ser que tengamos esa mala suerte. –contesté tranquilo.

–No vas a dejarme sin ir a Cancún cuando está todo pagado. –afirmó vehementemente.

–No me apetece ir. –repliqué en una inesperada bronca matrimonial.

– ¿Y cuándo se supone que voy a tener yo esta oportunidad de nuevo? –preguntó notablemente enfadada.

–Podrás pagarte muchos viajes de esos con el millón de euros que voy a pagarte. –respondí encendiendo de una vez el motor para empezar el viaje de camino a su casa.

–Eres un egoísta, solo piensas en ti. –gritó antes de bajarse de mi coche en la puerta de su casa.

¿Por qué tenía que quedar yo como el malo si era lo lógico? ¿Qué luna de miel iba a tener con alguien que conocía de la mañana anterior?

Aparqué el coche refunfuñando para después bajarme y tocar el timbre como si quisiese que la casa se cayese abajo.

– ¿Qué pasa? –interrogó Sarah que llegaba en ese momento.

Mierda, no había contemplado la posibilidad de que su madre y su hermana, que sabían que todo había sido una farsa, decidiesen no quedarse a disfrutar de la comida y la bebida.

–Nada. –chilló Amber desde algún punto de la casa que no podía ver.

Sarah metió la llave en la cerradura y abrió para buscar a su hermana. Vi a Amber comiéndose algo que parecía un cuenco de cereales sentada en el taburete de la cocina abierta.

– ¿Cómo querías que se llevaran si no se conocen? –replicó su madre por detrás.

–Oh, mamá, déjalo. –pidió Amber.

– ¿Qué le has hecho? –cuestionó Sarah llegando hasta mí.

– ¿Yo? –interrogué de vuelta. –Ella que está loca, solo le he dicho que no pienso ir a Cancún de luna de miel porque no le veo sentido, estén todos los gastos pagados en el regalo de mi tía o no.

–expliqué incrédulo con aquella estrambótica situación.

– ¿A Cancún? ¿Con todo pagado? ¿Y no quieres ir? –chilló en mi dirección la coherente de Sarah.

–Hijo, es que a quién se le ocurre. –intervino mi nueva suegra. –Es uno de los sueños de las dos. –agregó negando con la cabeza.

–Pues que vayan ellas, hay dos billetes. –aventuré a decir mirando a Valentina.

– ¿Nosotras? –gritaron al unísono.

–Sí, no veo por qué no. –contesté algo desconcertado.

–Hay que hacer las maletas. –anunció Sarah fuera de sí.

–Nena, te recuerdo que tienes un hijo. –dijo Valentina haciendo referencia al pequeño de mi asistente.

–Y ese hijo tiene una abuela que lo cuidará para que yo me vaya a Cancún. –aseguró subiendo la primera las escaleras.

– ¿Sabes? A lo mejor no eres tan malo como marido, así, de mente abierta. –dijo Amber riéndose cuando pasó, disgusto fuera, por mi lado.

¿Qué diantres acababa de pasar?

Me quedé quieto y confuso al menos una eternidad en aquella cocina llegando a sentarme en el taburete en el que, previamente, estaba sentada Amber. Oí las risas y los gritos de las hermanas que parecían, incluso desde la distancia, emocionadas en extremo.

– ¿Te quedas por algo en especial? Lo digo porque les queda un buen rato para bajar. –dijo Valentina.

–Es que tengo que hablar con Amber. –afirmé pensando en hablar un poco más los detalles de nuestro acuerdo antes de que se fuese.

– ¡Amber! –gritó Valentina. –Baja que el muchacho se pueda ir. –añadió de pleno pulmón.

– ¿Qué pasa? –preguntó Amber poniéndose frente a mí en menos de dos segundos.

– ¿Podemos hablar a solas? –cuestioné a ver si se daba por aludida la reciente suegra.

–Mamá, sal. –ordenó Amber al ver que la señora no se daba por enterada.

–Toma, los billetes de avión y de las reservas. –dije pasándole el sobre que me había dado mi tía.

–He pensado que estaría bien especificarte un poco que nuestra relación debe ser creíble. Estaría bien que nos hiciéramos fotos juntos de vez en cuando y esas cosas, pero sobre todo quiero que consideres la opción de vivir en mi casa durante este año. –solté sin más.

– ¿Qué? ¿Por qué? –interrogó sentándose frente a mí como si la pregunta la dejase en shock.

–Nuestro matrimonio saldrá en la prensa y tengo cierto miedo a que alguien pueda darse cuenta de que no vivimos juntos. Es más seguro ante alguna visita sorpresa y esas cosas. –expliqué rápido. –No tenemos que hacer nada de pareja y eres libre de ir a dónde quieras con quien quieras, trabajar o no y esas cosas. Pero ocupando uno de los grandes cuartos a tus anchas. –añadí con la esperanza de que no fuese del todo reticente.

–Sí, está bien. –respondió sorprendentemente rápido. –Cuando vuelva de Cancún me iré a tu casa. –afirmó. –Por cierto, agrégame a tus redes sociales; Se verá raro que no tengas a tu mujer. –

añadió haciéndome un gesto de que debía pensar.

–Está bien. Llámame al llegar y mantengamos el contacto. –dije a modo de despedida.

–Claro, señor esposo. –contestó burlescamente. Se acercó a mí e inesperadamente me dio un beso en la mejilla. –Gracias por el viaje. –añadió cerrando cuando salí.

Salí con una sensación rara en el estómago, era una especie de temor a que desapareciese antes de lo acordado o a que no saliese bien; Bueno, en realidad, estaba prácticamente seguro que el temor era a que, por primera vez en mucho tiempo, me enfrentaba a algo que no controlaba yo.

El piso que tenía en el centro me recibió vacío y silencioso; Hacía mucho que no entraba allí pero, exactamente como estaba previsto y acordado, comprobé que el personal de servicio seguía manteniendo las despensas y el frigorífico lleno por si acaso tenía que ir.

Me cambié poniéndome cómodo ya que iba a tener que estar los cuatro días que quedaban de la semana, hasta que se fuese mi familia, allí encerrado; Por un segundo me pregunté qué podía hacer pero enseguida mi mente se centró, como era habitual, en el trabajo.

Fui hasta el despacho para arrancar el ordenador de mesa con la intención de repasar el movimiento de la bolsa bursátil en ese día y medio que no había podido estar pendiente. Repentinamente, recordé las palabras de Amber. Sí, debía seguirla en las redes sociales aunque lo cierto era que yo tenía un departamento de marketing social que se ocupaba de mi imagen por esos lares. Me descargué Instagram en el teléfono pero cuando fui a entrar, me di cuenta de que ni siquiera tenía mi contraseña. Marqué con frustración el número de Jordan, el jefe de esa área.

–Buenas tardes, jefe. Ya sabe que no me gusta recriminarle nada y que siempre hago mi trabajo con poca información. –dijo carraspeando. –Pero podría haberme avisado de que se casaba, es algo bastante relevante para las redes sociales. –reprochó sin cortarse.

¡Como si yo hubiera sabido que me iba a casar!

–Sí, lo siento Jordan. – ¿Le pedía a él que agregase a mi mujer? No, eso iba a sonar extremadamente raro. –Te quería pedir que me facilitases mi cuenta y mi contraseña de Instagram. –dije intentando sonar lo más natural posible.

– ¿Quiere colgar algo? Puedo ayudarle. –afirmó complicándome la existencia.

–No, tú sigue haciendo tu trabajo. Es por si quiero ver o subir algo. –concedí para su extrañeza.

–De acuerdo. Apunte. –dijo antes de soltarme una retahíla alfanumérica que me pareció excesiva.

¡Ni que una red social de fotos pudiera hacer tanto daño a la imagen de uno como para protegerla de esa manera!

La busqué, una vez colgué, por nombre y apellidos para darle a seguir; ¿Por qué me entró la curiosidad de ver qué subía a su red social? Bueno, era lógico querer saber qué podían pensar de mi actual mujer.

Amber tenía fotos sencillas pero sorprendentemente bonitas. Tenía muchas fotos con animales que, sin embargo, no debían ser suyos porque no había puesto problema en mudarse a mi casa cuando volviese. También intercepté una con cascos puestos en lo que parecía ser un asiento de tren distraída por la ventana; Lo cierto era que sus rizos anaranjados, su rostro pequeño y sus grandes ojos verdes la hacían lucir bastante llamativa en las fotografías más comunes; Era una belleza diferente.

Nunca habría dicho que fuese mi tipo de mujer y, sin embargo, me hallé observando las distintas publicaciones sin intención de dejarme alguna en el tintero.

Repentinamente me fijé en un circulito parpadeante arriba que indicaba la subida de una nueva historia, esas publicaciones que se quitaban a las veinticuatro horas, por Amber. Sonreí sin darme cuenta al ver una foto de las dos hermanas con el cartel de la puerta de embarque; Vaya

dos.

Me puse a trabajar mientras ponía en la televisión algo que se pudiera dejar ver para acabar poniendo un programa sobre jefes que se infiltraban en su trabajo; Yo no sería capaz de hacer tal cosa. Un jefe era un buen jefe precisamente porque podía ver las cosas desde la distancia, alguien tenía que ser el malo.

Acabé mi nueva línea de inversión sobre en el archivo de proyectos más tarde de lo que había previsto así que fui a la cocina para picar algo. Me encontré haciendo unos filetes vuelta y vuelta mientras que, sin pensarlo, saqué el móvil para meterme en la aplicación que hasta hacía unas horas no usaba. El perfil de Amber tenía novedades por lo que me puse sus historias para volver a encontrarme sonriendo; La tía lo documentaba todo, ya habían llegado a Cancún y saltaban de la emoción.

Yo había estado en Cancún muchas veces, como en muchos otros sitios a causa del negocio de inversión en bolsa, pero no había sentido esa diversión que se reflejaba en el rostro de mi nueva y por lo visto emocionante esposa.

Justo en ese momento sonó mi móvil y casi se me cae a la dichosa sartén. Era Amber. ¿Y por qué eso me ponía nervioso? Apagué el fuego para que no se quemase lo que ya estaba hecho y descolgué con una sensación extraña en mi estómago.

–Hola, marido. –saludó de forma jocosa.

– ¿Habéis llegado? –pregunté aún sabiendo que la respuesta era afirmativa.

–Sí, el coche que nos ha recogido en el aeropuerto es una pasada; No sabes lo que te pierdes. –aseguró divertida. –El hotel por lo visto es de lo mejorcito de por aquí, a pie de playa. –recalcó contenta.

–Sí, estoy segura de que si lo ha escogido mi tía así es. –contesté rascándome la nuca agradeciendo que ella no pudiese verme.

–Oye. –dijo llamando mi atención. Solo hice el típico sonidito de garganta indicando que la estaba oyendo. –Que tenemos que hablar algunos detalles sobre irnos a vivir juntos que se me han ocurrido en el vuelo. –afirmó tranquila.

¿Detalles? ¿Qué detalles?

–Oye, jefe. –intervino Sarah que debía haber cogido el teléfono. –Que se que quieres hablar con tu mujer y eso para arreglar vuestras cosas, pero acabamos de llegar al hotel y quiero que nos hagamos fotos con su móvil. –informó más feliz de lo que la había oído alguna vez en el trabajo.

¿Por qué les hacía tanta ilusión estar allí? Me encogí de hombros mientras se oían ruidos de que estuviesen, posiblemente, peleándose por el teléfono.

–Oye, Ian... ¿Te llamo luego o te escribo? O lo que tú me digas. –dijo con cierta inseguridad latente Amber.

–Como quieras, pasadlo bien. –contesté despidiéndome.

–Un beso. –agregó ella antes de colgar.

Negué con la cabeza sin querer darle más vueltas a un pensamiento que rondaba por mi mente y cogí la cena para ponerme frente a la televisión; Aunque la mayoría de gente no lo supiera, no necesitaba tener servicio para hacer mis cosas; De hecho, a veces lo agradecía. Volvió a mí la misma pregunta de nuevo aunque no quisiera responderla, o no supiera.

¿Por qué me había hecho sonreír sin darme cuenta que me mandase un beso?

CAPÍTULO 8

AMBER

– ¿Qué es eso de despedirse con “Un beso” de mi jefe? –interrogó mi hermana abriendo los ojos como un búho sin esconder sus pensamientos al respecto.

Tenía cojones que ella me hubiese metido en semejante embolado pero después quisiera dejar clara su autoridad moral; ¡Con consejos a otra puerta!

–Chica, no sé qué quieres que le diga a mi marido, esta situación me pilla de nuevas. Además, ha sido generoso al dejar que viniésemos juntas. –respondí chasqueando la lengua.

–Eso es verdad, aunque te aseguro que le sobra el dinero si quiere venir él a Cancún en cualquier otro momento. –incidió con cara de sabionda.

–Bueno, lo que sea, es un detalle. –afirmé en su defensa.

No conocía prácticamente a Ian Parker pero en el día y medio que había tenido ocasión de estar con él, había acabado por no resultarme alguien desagradable precisamente.

–Mira qué pedazo de recepción. –señaló Sarah.

Me metí en Instagram para poner una historia con un boomerang semicircular en el que se viera de fondo los preciosos ascensores de cristal y las enredaderas cuidadas que caían por las barandillas de los distintos pisos. Visualicé entonces en el corazoncito de actividad para hallar atónita que Ian Parker había comenzado a seguirme.

–Su documentación señorita. –exigió el recepcionista con una perfecta pronunciación.

Le miré sobresaltada guardándome el teléfono avergonzada por hacerle esperar y saqué la

documentación para entregársela. El hotel era una pasada así que disfruté cada milímetro de recorrido hasta la suite, junto a la piscina, que era nuestra reserva.

–Parece que vamos a tener que dormir juntas, aunque hay un sofá que es más cómodo que mi cama. –exclamó mi hermana.

–Pues yo no voy a poner mis posaderas en ese sofá con la pedazo cama que hay. –afirmé tirándome de un salto a la misma.

– ¿Hay servicio de buffet? –preguntó Sarah abriendo la maleta para colocar ordenadamente sus prendas.

¿No valía abrirla y poner un montón de cosas en cada leja del vestidor? Era lo que pensaba hacer.

– ¿Lo hay? –cuestioné sabiendo que debía estar comprobándolo.

–Tenemos estas pulseras que nos han dado en recepción que indican que está todo incluido. Comer y beber lo que queramos. –afirmó contenta.

–Te haré el favor de no decirle a tu marido lo feliz que estás de estar aquí lejos de ellos. –Picar a mi hermana era parte de nuestra relación fraternal.

–Ay, hija, es que la oportunidad de viajar hasta aquí no la voy a volver a tener. Bueno, siempre puede tocarme la lotería, pero lo veo difícil. –respondió Sarah.

–Anda, ve a cambiarte y nos vamos a comer. –dije comprobando que la diferencia horaria me tenía un poco desubicada.

Oí encenderse la ducha y tras comprobar que no salía a por la típica ropa que se olvidaba justo antes de meterse uno al baño, cogí el teléfono para meterme en Instagram y cotillear el perfil de mi reciente esposo.

Había múltiples fotos que se notaba que estaban elegidas con esmero y cuidado. No era que Ian

Parker fuera feo ni mucho menos, pero me sorprendió esa elección que hacía un perfil tan perfecto como todo el mundo debía pensar de él. Una idea loca pasó por mi cabeza en ese instante por lo que le hice una captura de pantalla a una foto que tenía mirando por la gran ventana de su oficina con las manos metidas en los bolsillos del traje azul marino que llevaba. Una vez hecha se la envié por Whastssap a Ian con un mensaje debajo.

“Si no estuviera tu familia estarías exactamente así; ¿Eres adicto al trabajo? Yo soy adicta a los crepes de chocolate y pienso tomarme al menos tres ahora que vamos a comer”.

Me mordí el labio repasando lo que había enviado sin estar segura de si había hecho lo contrario; ¿Por qué lo había hecho? Por fin lo vi en línea y casi me dio un ataque cuando los dos palitos se pusieron en azul indicando que lo había leído. Ya no había marcha atrás.

– ¿Qué haces? –preguntó mi hermana saliendo cual vampiro en la noche para asustarme. Tapé rápido la pantalla del móvil casi sintiéndome como una adolescente que está haciendo algo que no debe. –Uy, nada bueno. –aseguró ante mi comportamiento. –Vamos que tengo hambre. –añadió refunfuñona.

–Voy. –dije sintiendo un vacío por no poder mirar si me había contestado.

Corrí a la ducha para prepararme para la comida que para mí era la cena por la diferencia horaria. Un vestido ibicenco por encima de las rodillas que no distaba mucho del que había usado para casarme. Me pinté la raya del ojo y los labios color carmesí; No todos los días podía hacerse fotos en un lugar así, iba a ser uno de los viajes más emocionantes de mi vida.

¿Tenía algo que ver saber que Ian podía verme en esas fotos? No, me repetí a mí misma que no mientras cogí el bolso para bajar a comer.

– ¿Se te hace raro que sea tan de día con lo que hemos tardado en venir en avión? –interrogó mi hermana colgándose de mi brazo.

–Un poco. –asegué con cierto nerviosismo por mis propios motivos.

Comimos todo lo que quisimos hasta el punto de sentir la tripa hinchada. Como no podía ser de otra manera, nos reímos de ello.

– ¿En qué piensas? –preguntó con picardía Sarah, no era precisamente tonta.

–Es un poco loco, lo de la boda y eso. –solté mientras salíamos del buffet.

– ¿Ahora te das cuenta? Me ha parecido una locura desde el primer momento, pero Ian no es mal jefe, seguro que cumple lo que hayáis convenido. Por cierto, podrías decirme qué te ofreció para que aceptaras porque lo del noviazgo todavía, pero casarse es algo serio. –afirmó.

Me di cuenta en ese instante de que no había hablado con Sarah de las condiciones. Seguramente ella no podía entender mis decisiones por ese motivo; ¿Por qué entonces no quería decírselo?

–Hemos llegado a un acuerdo razonable. Además, a mí qué más me da estar casada o no si no tengo novio ni parece que lo vaya a tener. –aseguré cambiando, aunque no lo pareciese, de tema.

–No tienes novio porque no quieres. Te han tirado los tejos delante de mí mil veces, y chicos que no estaban nada mal. –contestó enarcando la ceja.

–Pues es que no encuentro a mi media naranja, creo que no me aguantan cuando me conocen de verdad. –afirmé riéndome.

–Eso no es verdad, es que huyes en cuanto la cosa se pone un poco seria. –replicó cambiándose.

– ¿Cuántos cambios de vestuario piensas hacer? –pregunté sin saber si me acompañaba mi hermana o Lady Gaga.

–Estamos a dos minutos de una de las playas más bonitas del mundo, me estoy poniendo el bañador. –argumentó.

No entendía por qué Sarah había decidido que ya no podía usar más bikini desde que había tenido su embarazo; Según yo, estaba igual de joven y atractiva que siempre; Según ella, era alguien que tenía que hacerse respetar. Sandeces.

–Voy entonces a cambiarme. –accedí sin problema.

Todo me resultaba maravilloso en aquellas inesperadas vacaciones así que lo mismo me daba arre que so en cuanto a planes se refería. ¿Playa? Pues playa. Cogí el móvil para comprobar al borde del grito que Ian me había respondido con una foto en el Whattsap.

“No estoy trabajando, pero creo que resistiré”

En la foto se veían sus piernas en lo que debía ser un sofá de esos gigantes frente a un televisor donde daban un programa divertido que yo solía ver; ¿Era posible que nuestros gustos fueran afines? Desde fuera, no parecíamos tener nada en común.

– ¿Vamos o qué? –pregunto Sarah molesta con la espera.

–La playa no va a moverse de ahí. –afirmé risueña.

–Pero se nos pasan las horas de vacaciones. –recalcó cogiendo una tumbona en cuanto llegamos.

¡Tantas ansias y no habíamos tardado ni medio minuto en llegar a la playa!

Me tomé un par de caipiriñas mientras tomaba el sol contemplando el bonito agua cristalina que, además, tenía una temperatura ideal en los pequeños remojones que nos íbamos dando. Estaba disfrutando como una enana y, sin embargo, no paraba de darle vueltas a qué estaría haciendo Ian en ese momento.

– ¿Tu marido está durmiendo? –pregunté para sacar disimuladamente el tema de la diferencia horaria.

–Eso está claro. Por cierto. –dijo bajándose las gafas de sol por la nariz a modo de enfatización. –
¿Tienes claro que debes no liársela a mi jefe cuando viváis juntos, verdad? –preguntó torciendo un poco el morro.

– ¿Liársela? ¿Yo? Eso es una tontería. –respondí molesta.

–Sí, sí. Mucha tontería... Tu mal humor por la mañana y tus manías extrañas no son para alguien como Ian Parker. –afirmó a modo de advertencia.

–Procuraré no hacer nada que provoque tu despido, Sarah, descuida. –repliqué yéndome hacia el agua. – ¡Hazme unas fotos! –grité entonces cambiando de tema.

Pasé a disgusto las fotos a mi portátil con la única intención de agrandar cada una de ellas para elegir en la que mejor saliera. Yo solía ser muy casual en mis fotografías porque no me importaba en realidad las opiniones de aquellas que pudieran verlas en mis redes; Yo era como era y punto. Pero al comprobar que Ian había visto mis últimas historias... Quería subir algo diferente; ¿Por qué? Ni lo sabía ni me pensaba parar a pensarlo.

–La cámara capta lo que ve. –Se mofó Sarah preparándose para salir esa noche.

–Tú tienes mucha marcha para ser una mujer casada y con un niño, no hay quien te siga el ritmo. –contraataqué tranquila.

–Mira, ya debe ser la hora de comer allí en casa. Hora de llamar a los maridos. –contestó cambiando de tema.

¿Hora de llamar a los maridos? La vi alejarse con el teléfono en la mano para llamar a casa y me pregunté si esa afirmación incluía a personas con mi situación, pero aunque la respuesta lógica era que no, decidí hacerlo de todos modos.

–Amber. –saludó Ian demostrando que se había guardado mi número de teléfono. – ¿Todo bien por Cancún? Si aquí son las seis de la mañana allí deben ser... Las once de la noche. ¿Habéis cenado ya? –cuestionó amable pero con un tono apagado de fondo que me intrigó.

¿Y por qué estaba de esa forma? ¿Estaba fingiendo estar bien pero estaba mal?

–Pues la verdad es que nos hemos hinchado a picar y no tenemos hambre para cenarnos así tal

cual. Pero vamos a tomar algo en un chiringuito muy cuco. –afirmé sin ganas de medir mis palabras.

Lo bueno de que no tuviésemos una relación de verdad era que no tenía ese nerviosismo de medir lo que salía por mi boca directamente y sin filtro.

–Pues pasadlo bien. Yo tengo ahora una cosa importante que hacer, hablamos luego. Bueno, cuando quieras. –añadió antes de colgarme.

¿Qué cojones acababa de pasar? ¿Me había colgado así de pronto? ¿Qué tendría que hacer?

Tiré el teléfono dentro del bolso con mala leche. Sí, a mí cuando algo me molestaba se me notaba hasta tal punto que parecía que iba a ladrar. ¿Qué tendría que hacer mi ocupado marido? Se suponía que estábamos de luna de miel así que eso debía ser suficiente como para que no tuviese que hacer nada a contrarreloj o tan importante como para colgarme; ¿Habría quedado? No, eso era desvelar que no estaba en Cancún... ¿Y entonces?

– ¿Qué te ronda por la cabeza? –cuestionó mi hermana que, pese a estar de vacaciones, estaba tan alerta como siempre.

– ¿Sabes si Ian tiene un mejor amigo o una mejor amiga en la que pueda confiarle algo como nuestra boda falsa? –interrogué.

No pude evitar sentir una punzada extraña en el estómago al acordarme de la tal Patty que había aparecido en casa de Ian la noche antes de la boda. Sí, el mismo día que yo le había conocido.

–Pues... No, que yo sepa no. –contestó Sarah pensativa. –Vamos a ver, tiene un montón de amistades pero dudo que le confíe a alguien un secreto como ese. Si alguien se entera perderá toda la credibilidad que le ha costado tanto ganarse. –añadió colocándose frente al espejo para visualizar la ropa que había escogido.

– ¿Cómo se ha ganado la reputación importante que tiene? Que yo sepa ha sido a base de

operaciones exitosas, no sé para qué se mete en estas cosas. –contesté levantándome para mirarme también en el espejo.

–Mira, Amber, tú sabes perfectamente que incluso cuando trabajabas en banco le preguntabas al cliente por su estabilidad familiar de alguna forma. –dijo haciendo que me encogiese de hombros concediéndole cierta razón. –Además, es que hay miedo a que pueda llegar una lagarta cualquiera y líe al jefe para quedarse cierta parte de su dinero y sus empresas. Como en ese caso las acciones perderían valor, pues... Debe tener algo estable. –añadió resoplando.

– ¿Piensas que se volverá a casar entonces después de nuestro divorcio futuro con otra mujer falsa o qué? –interrogué con más interés del que debería.

–Pues no lo sé, hasta ahora no teníamos más relación además de ser su asistente. –respondió tranquila. –Bueno, vamos al chiringuito que a mí a la una me empieza a entrar un sueño de morirme, consecuencias de ser madre. –afirmó cogiendo el bolso.

–Sí, tienes razón. Me ha dado por un cotilleo sano. –respondí sonriendo forzosamente.

Me re Coloqué el vestido azul claro que debía contrastar con mi pelo naranja cayendo en para después colocarme unos pendientes grandísimos que parecían abanicos amarillos en miniatura; Sí, era un poco cantosa en mis elecciones.

– ¿Qué miras tanto? –preguntó Sarah mientras pedía unos mojitos.

–La playa con las luces que han puesto está preciosa. Voy a hacerme una foto, ahora vengo. –respondí rápida.

Fui hasta la barandilla para que se vieran luces y las olas de fondo para tomarme una fotografía con la cámara frontal; ¿Por qué no me gustaba ninguna?

–Te aseguro que has salido bien y si no es así, es que esa cámara está rota. –dijo un chico rubio

que me miraba sonriendo.

–Gracias. –contesté algo avergonzada.

– ¿Te alojas en este hotel? –cuestionó mientras mi hermana ya llegaba a mi lado.

–Sí, estoy de luna de miel con mi marido. –afirmé cortándole el rollo.

Sarah me pegó un codazo que un poco más y me saca la teta, si hubiera sido silicona se me habría roto, qué bestia. El chico en cuestión se fue sin decir nada más.

– ¿Se puede saber qué haces? Está como un tren. –replicó Sarah enfadada.

–Estoy casada, querida hermana, y tú misma has dicho que la reputación de tu jefe debe quedar intacta. No voy a arriesgarme a que alguien me vea y todo explote. –afirmé vehemente.

Esa realidad me puso en jaque; ¿Significaba eso que debía estar un año a palo seco?

Bueno, por lo pronto iba a subir la foto escogida a mi historia de Instagram, así como quien no quería la cosa quise dejarla colgada.

Un pensamiento involuntario; ¿La vería mi jefe barra marido o estaría muy ocupado haciendo a saber qué?

CAPÍTULO 9

IAN

–Se me olvidó avisarte de que no iba a poder ir a verte a la oficina. –expliqué ante el enfado monumental de Patty.

–Claro, casarte es algo que no se hace todos los días. –replicó mi ex compañera volviendo a

atacar.

No había tenido más remedio que invitarla a vernos en mi apartamento aún sabiendo que me descubriría ante alguien en mi farsa de estar a Cancún; Pero no había tenido otra opción que hacerlo ante su histeria al teléfono por el plantón para casarme.

–Sé que te preguntarás por qué no estoy con mi mujer en Cancún, pero... Le hacía mucha ilusión ir con su hermana y ha sido mi primer regalo como marido. –aventuré procurando no alterarla más de lo que ya parecía.

–Eso me da exactamente igual porque lo que tengo que hablar contigo es mucho más importante, te dije que lo era y me dejaste plantada. –afirmó dolida sentándose de brazos cruzados en mi sofá.

–Lo siento, la boda estaba planeada para otro día. La adelantaron por sorpresa. –contesté con la intención de ceñirme lo máximo posible al camino de la verdad, básicamente para no contradecirme.

–No sabía que estabas prometido. Me sorprende que en las revistas de sociedad ponga que nadie lo sabía, parece un trabajo experto ocultar algo tan relevante siendo tú tan conocido. –aseguró enarcando una ceja.

La mención a mi recién esposa, Amber, me produjo un pequeño revuelo en el estómago porque me sentía ciertamente mal por haberle tenido que colgar el dichoso teléfono, pero Patty estaba subiendo y no quería que si oía su voz se hiciese falsas suposiciones. Ya tendría tiempo de hablar con ella.

–Ya... Bueno... ¿En qué puedo ayudarte? –pregunté con la pretensión de atajar lo que fuese que le había llevado a atosigarme de aquella manera.

–Después de la carrera, que estuvimos juntos y eso, yo me casé. –explicó sin relevancia alguna para mí. –Mi marido, Héctor, aceptó a mi hijo Tristán de buen agrado pero ahora nos vamos a

divorciar y... No tengo más remedio que soltar la verdad. –añadió ante mi desconcierto.

– ¿Necesitas trabajo para mantener a tu hijo? –interrogué de buena fe.

–No, necesito que te hagas cargo de tu hijo, porque Tristán es fruto de nuestra relación en la carrera. –afirmó soltando la bomba.

¿Qué? Mi cara debió ser un poema y juraría que dejé de respirar por un instante.

–Eso... No puede ser. –contesté delicadamente recordando que siempre tuvimos cuidado en nuestras relaciones.

–Pues lo es. –replicó subiendo el tono de voz.

– ¿Me estás diciendo que tengo un niño de... Seis años? ¿Es eso lo que has venido a decirme? –interrogué incrédulo.

–Sí. Yo no quiero meterme en líos, pero necesito vivir bien con nuestro hijo así que... Una de dos, o llegamos a un acuerdo o salgo en cada revista y programa de televisión que me ofrezca un euro por contarlo. –amenazó borrado cualquier rostro de la dulce Patty que aparentaba ser.

No tuve mucho tiempo para sopesar mis opciones pero algo me decía que si después de la sorpresiva boda para todos salía un supuesto hijo secreto que, además, sería heredero de mis empresas a partes iguales con mi esposa en caso de que me pasase algo, las acciones caerían a tal velocidad que me daría vértigo.

–Relájate, Patty. Solo me ha pillado de sorpresa, no me he negado a hacerme cargo en ningún momento. Si no lo he hecho hasta ahora era porque no sabía que lo tenía. –murmuré intentando no mandarla a la mierda que era de lo que tenía ganas.

¿Aparecía después de seis años queriendo encasquetarme una paternidad de un niño reconocido por su marido hasta el divorcio? Era, cuanto menos, sospechoso. Aún así no tenía las de ganar conmigo ante la opinión pública si salía a la luz por lo que debía ser inteligente y llevar el tema

con mucha cautela.

–Yo... Lo siento Ian, no quería hablarte mal. –dijo volviendo a parecer la modosita con la que una vez salí y con la que corté cuando me di cuenta de que era un lobo con piel de cordero. –Es que estoy nerviosa por el bienestar de nuestro pequeño. –afirmó acercándose para abrazarme.

–Entenderás que, ahora mismo, me acabo de casar y es muy importante llevar esto con una discreción. –dije sacando sus manos delicadamente de mis hombros. –Pásame la cifra que crees que necesitas mensualmente y mañana mismo te haré el primer ingreso. –concedí resoplando.

– ¿Pero no piensas conocer a tu hijo? Aunque sea con una tapadera tendrás que comenzar a tratarlo. –exigió volviendo a sus creces.

–Por supuesto. –admití intentando sonreír aunque no me salía. –Pero se supone que estoy de viaje en Cancún en mi luna de miel con mi mujer así que tendrás que esperar tres días a que “volvamos” para que nadie me vea por aquí. –añadí con templanza.

Apreté los puños, me estaba costando una barbaridad estar acorralado por lo que sabía que era una encerrona y no poder hacer nada, pero debía aguantar; Cualquier otra opción podía acabar en la quiebra de mi negocio.

–Tranquilo, mantendré el secreto. Yo sé que tu matrimonio ha sido muy precipitado y que tú y yo tenemos un futuro por delante... –dijo paseando sus largas uñas por mi camiseta. –Respecto a nuestro hijo quiero decir. –añadió sibilinamente.

Pegué un puñetazo en el marco de la puerta en cuanto cerré tras despedirme y me pasé nervioso las manos por el pelo. Aquella situación era mala de por sí, pero recién casado y con la posibilidad de que alguien se diese cuenta de que mi matrimonio era una farsa, era demoledora.

Eran las diez de la mañana por lo que en Cancún debían ser las tres de la mañana. Me metí en Instagram; ¿Desde cuándo era yo como un adolescente? Había subido una foto a su historia hacía escasamente una hora en la que se veía la playa de noche de fondo. El vestido azul que llevaba le

quedaba muy bien, de hecho, no me negué a mí mismo que si la hubiese visto por el club, me podría haber fijado perfectamente en ella.

¿Cómo era que no me había dado esa sensación la primera vez que la había visto en su casa echa una loca? Bueno, quizá porque estaba como loca precisamente.

Me metí en el perfil instintivamente y tuve que recolocarme en el sofá al verla en bikini dentro del agua sonriendo de oreja a oreja y con su gran cabellera anaranjada rizada tirando gotitas perceptibles en la foto. Quizá me tendría que haber planteado ir a Cancún; ¿Por qué estaba pensando eso?

El móvil sonó justo en ese momento y apareció el nombre de Amber en la pantalla. Descolgué enseguida con una sensación extraña de prisa por si decidía cortar la llamada.

–Hola. –dije esperando que, dada la hora, empezase ella.

–Ian... ¿Estás ya desocupado? –preguntó notablemente pasada de rosca.

–Sí, todo tuyo. –contesté para después arrepentirme de la frase hecha que había utilizado. – ¿Y tú? ¿Estáis ya en la habitación? –interrogué algo preocupado por la hora.

–Sarah está roncando ya desde hace un rato, pero yo estoy aquí en la terraza de la suite; Que por cierto, es una pasada. Se ve un ambiente súper sereno, las olas sonando, mis pies descalzos... – susurró más reflexionando en alto que para mí.

– ¿Lo habéis pasado bien? –cuestioné dando un trago al zumo de naranja.

–Sí, la verdad que la pulsera ésta del “Todo incluido” es un mundo nuevo. –aseguró riéndose de manera escandalosa.

– ¿Con quién hablas? –preguntó su hermana por detrás.

Todo se quedó en silencio por un instante y me pregunté qué iba a contestar. No era precisamente algo que me agradase que Sarah se llevase una impresión sobre lo que hablábamos

a esas horas de la mañana su hermana y yo.

–Con el chico de la foto de la playa. –contestó Amber tras pensarlo.

¿Con quién? Me incorporé sentado en el sofá a escuchar con atención pese a que estaba seguro de que había alejado el teléfono de ella para evitar que yo estuviese al tanto; ¿Y por qué iba a hacer eso? No éramos cónyuges de verdad.

–Pensé que le habías dicho que estabas casada, por aquello de que no te parece bien que nadie pueda darse cuenta de la farsa o pensar que eres una fresca. –dijo su hermana con voz de dormida.

–Ya, pero aun así me ha dado su teléfono y yo estaba aburrida ahora a las tantas porque te has dormido; ¿Por qué no sigues durmiendo bonita? Mañana hablamos. –contestó Amber.

Oí el correr de una ventana cerrándose, seguramente separándose del cotilleo de su hermana. La curiosidad entonces me invadió; Además de no contarle la verdad de que estábamos hablando nosotros... ¿Sería mentira lo del chico de la playa o sólo una verdad traída a colación?

– ¿Todo bien Amber? –pregunté ante el continuo silencio.

–Sí, mi hermana, que se había despertado y me ha reñido como si tuviese dieciséis años en vez de veintinueve. –contestó riéndose en bajito.

¿No se había dado cuenta de que yo había oído la conversación de ambos? Bueno, si ella hacía como si nada, yo también.

–Pues me alegro de que lo estéis pasando bien aunque sean pocos días. –comenté tranquilo. – Deberías dormir porque tengo la impresión de que Sarah te despertará temprano. –añadí intentando que se fuese a la cama para quedarme tranquilo.

¿Y por qué me iba a quedar nervioso en caso contrario?

– ¿Te llamo mañana? –interrogó ella con una voz mimosa que me produjo ternura en la

distancia.

–A la hora que quieras. –contesté antes de colgar.

Tuve una sensación extraña al dejar de hablar con ella y volví a acordarme de “el chico de la playa” ese que habían mencionado. No me hizo gracia y empecé a refunfuñar por la casa. No era por nada en especial pero me daba por pensar que debía estar allí en Cancún; ¿Era raro si me presentaba allí de pronto? Seguramente, pero tenía que advertirle que podía haber gente por esos lares que me conociera y que hacía bien en decir que estaba casada para no juntarse con otros hombres.

Estaba molesto aunque no sabía bien por qué por lo que me dediqué a dar vueltas incomprensibles por el piso asegurándome a mí mismo que no estaba acostumbrado a no tener que trabajar. Es más, quizá tenía razón Amber y yo era un poco adicto al trabajo.

Sopesé mis opciones mientras le daba vueltas todo el rato a lo mismo: Quizá mi reciente esposa y yo no habíamos tenido ocasión de conocernos mejor e ir dejando claro qué íbamos a hacer respecto a las situaciones que se nos presentasen. Sí, tenía la oportunidad de hacerlo.

Justo cuando iba a reservar mi billete a Cancún pensé en mi asistente que estaría allí observándome con lupa, por lo visto que hubiese pasado a ser su cuñado no le hacía una pizca de gracia, solo ella sabría el por qué. Decidí invitar al marido de Sarah y a su pequeño a boletos con una excusa muy barata sobre por qué tenía que ir yo.

–Gracias por el viaje. –repitió mi cuñado de pega ya en el aeropuerto.

–No pasa nada. El encargado de mi imagen personal en las redes y eso me ha asegurado que es de imperiosa necesidad que tenga al menos una foto con mi mujer en la luna de miel, y si pueden ser varias, mejor. –mentí descaradamente.

Fred se puso a roncar prácticamente al mismo tiempo que el avión despegó; Eso era facilidad para dormir y lo demás eran tonterías. Yo, sin embargo, no paraba de darle vueltas a la cabeza sobre Amber, el problema con Patty, y mi futuro incierto; ¿Cómo me metía yo en esos problemas?

El vuelo se iba a hacer extremadamente largo por lo que decidí intentar dormir con la intención de llegar despejado. Al fin y al cabo, llegaríamos recién pasada la hora de comer. Había ciertas ventajas en la diferencia horaria.

Nada más bajar del avión me entraron un par de mensajes en el teléfono y tuve que sonreír al fijarme que ambos eran de Amber.

“Hola Ian, no sé muy bien si te dije algo indebido anoche, pero si es así lo siento”

Ese era de la hora en la que debía haberse despertado.

“Si no me contestas puede que sí dijese algo, soy muy torpe, pero no es a mal”.

El último era de apenas hacía una hora.

Había ido a escoger, por lo visto, a la mujer más pintoresca para pasar todo un año teniendo que verla y tratarla.

Llegamos al hotel donde mi cuñado empezó a abrir la boca sorprendido con el lujo, a mí me parecía un sitio de lo más corriente. Di mi documentación en la recepción y me miró sorprendido el chico que llamó, como no podía ser de otro modo, al gerente del hotel.

–Señor Parker, qué alegría verlo por aquí. –afirmó haciéndome la pelota.

¿No podíamos dejar esas cosas para luego? Tenía cierto nerviosismo por ver a Amber.

–Mi señora esposa se ha adelantado con su hermana ocupando una misma suite. Amber Denver y

Sarah Denver, si las puede llamar para que bajen a recepción. –pedí a modo de orden. –Y deme otra suite para. –solicité extendiendo sin más mi tarjeta.

–Claro, para que los matrimonio se distribuyan. –afirmó el gerente con picardía.

Mierda. No había pensado en eso... ¿Cómo le explicaba a Amber que teníamos que dormir en la misma habitación? Iba a parecer una encerrona cuando no lo había pensado, pero tampoco podía explicar en recepción que necesitaba otra para dormir lejos de mi esposa.

Era la primera vez que hacía algo de lo que no estaba seguro. Amber había hecho algo extraño dentro de mí en un tiempo récord.

CAPÍTULO 10

AMBER

Bajé con Sarah a la recepción porque así, según mi hermana, nos habían llamado, pero no conseguí entender para qué.

Conforme enfilamos el pasillito, me agarré al brazo de Sarah para retenerla: Ese buenorro que estaba de espaldas era Ian Parker.

– ¿Qué hace aquí mi marido? –gritó Sarah acelerando el paso pese a mi resistencia.

Claro, era lógico que ella hubiera caído en la presencia de mi cuñado antes que la de su jefe, pero era preocupante la de ambos; ¿Qué hacían en Cancún?

–Ian. –murmuré llegando a la altura de mi marido.

–Amber. –respondió él pasando a darme un abrazo.

¿Y ese abrazo a qué venía? Chillé en mi interior no sabía si de terror o de emoción.

– ¿Qué haces aquí? –pregunté evitando mirar al refrote de besos que se estaban dando a nuestro lado mi hermana y Fred.

–Esto... Necesitamos tener algunas fotos de nuestra luna de miel, para que sea creíble digo. – aseguró carraspeando.

–Ah, sí, tiene sentido. Si lo hubiéramos pensado antes... –murmuré dejando la frase a medias.

–Ya. –afirmó sin decir realmente nada.

–Su llave señor Parker. –intervino el recepcionista.

– ¿Has pedido otra habitación, cariño? –pregunté sonriendo forzosamente acercándome suficiente a él como para haberlo besado o estrangulado.

–Somos cuatro, cielo. –contestó también sonriendo aunque noté que era una sonrisa falsa, quizá porque tenía miedo a que nos oyera el recepcionista.

–Muchas gracias por traer a Fred y al niño, jefe. –agregó mi hermana visiblemente emocionada.

–Voy a enseñarles la habitación. –dijo saliendo pitando.

¿Y qué hacíamos Ian y yo? ¡Que se parase el tiempo antes de que volviese alguien que estuviese entre nosotros porque la situación estaba muy rara! Decidí echar a andar detrás de ellos para disfrutar de lo felices que se veían. Fred se quedó con la maleta colgando y solo entonces caí en el problema de las habitaciones.

– ¿Cómo vamos a hacer lo de dormir? –preguntó Sarah frunciendo los labios al contemplar lo que había.

–He cogido otra suite. –explicó Ian.

Respiré justo en ese momento.

–Ya... Y... ¿Dormimos por matrimonios? –sugirió mi hermana.

¿Qué? ¡No!

Me quedé pensativa. Entendía perfectamente que mi hermana quisiera dormir con su marido, pero eso para mí era un marrón inigualable; Significaba que yo debía pernoctar en la misma estancia que Ian Parker.

–Lo que Amber diga. –aceptó Ian galante metiéndose las manos en los bolsillos.

–Pues... Supongo que es lo suyo. –admití sintiendo que la tierra me tragaba.

–Ay, pues muchas gracias. –chilló emocionada Sarah. – ¿Vamos a la playa? Quiero que vean ese

azul cristalino del agua de Cancún. –añadió sin parar de sonreír.

Debía ser bonito pasar unas vacaciones con el amor de tu vida, seguramente por eso era un destino predilecto para las lunas de miel; Al final la tía de Ian no tenía tan mal gusto para los regalos con todo lo pija que era.

– ¿Cambiamos las cosas de habitación entonces? –interrogó Ian que aún llevaba agarrada su maleta.

–Sí, sí. –contesté al borde de la histeria.

¡A mí esos momentos de tensión me ponían como un manojo de nervios!

Saqué mi maleta del armario que estaba completamente vacía y bajo la atenta mirada de Ian que no se perdía detalle, tiré todo lo desordenado que había dejado en las lejas dentro de la maleta.

– ¿Encuentras algo con ese desorden? –preguntó burlescamente.

–Querido marido. –contesté jocosa. –No te metas en el vestido de una mujer porque es individual e intransferible. –dije sin poder evitar la risa.

Seguí a Ian mordiéndome el labio algo inquieta hasta que abrió una suite que era el doble de grande que la que había ocupado previamente con mi hermana. Como se notaba el parné de algunos.

La cama estaba adornada con pétalos de rosa en forma de corazón y cisnes hechos con alguna clase de pañuelo. Aquel ambiente romántico me puso incómoda por lo que fui corriendo al vestidor en forma de excusa; Pero como no podía ser de otro modo, el ir despistada me hizo salir mal parada al darme un golpazo con el pomo de la puerta en el brazo derecho.

– ¿Estás bien? –cuestionó Ian llegando hasta mí rápido y cogiendo mi brazo para mirar. – ¿Se ha movido de pronto o haces eso muy a menudo? –interrogó a modo de broma.

–Soy algo patosa. –afirmé en respuesta viendo que el dolor se iba yendo.

– ¿Vamos a la playa a hacer esas fotos ahora o mañana? –preguntó desabotonándose la camisa.

¿Se iba a quitar la ropa delante de mí? ¡Que me ahogaba de la impresión!

–Pues sí. –afirmé tartamudeando. –No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy; ¡Me voy a cambiar al baño! –chillé quitándome de en medio.

A ver, respiré varias veces mirándome en el espejo. Llevaba un pantalón corto vaquero normalito y una camiseta blanca más corriente que una bolsa de plástico de un supermercado; ¿Me podía haber pillado con un look más poco llamativo? ¿Y por qué me importaba? Bueno, cogí el bikini blanco sintiendo que iba a ser poco aunque me había sentido muy sexy al comprarlo; ¿Y si por el contrario era demasiado? ¿Qué se esperaba de la mujer de un hombre como Ian Parker? ¿Había un modelo específico para lo que debía ser? No lo sabía y no era yo de las que se preocupaba por esas cosas.

Atusé los rizos de mi pelo colocándomelo hacia la derecha, luego hacia la izquierda y luego la mitad a cada lado; No me convencía pero terminé por salir del baño porque me daba la impresión de que había tardado una eternidad.

– ¿Saldremos en el agua o dónde? –cuestioné yendo hasta el chiringuito donde estaba mi hermana y mi cuñado.

–En el agua está bien creo, saliste bien en la que te hiciste el otro día. –respondió de sopetón.

Me ilusioné interiormente intentando que no se me notase en el semblante; Su frase significaba que miraba mis fotos y encima que le gustaban.

Ian entró antes que yo en el agua cristalina sin pudor alguno a mostrar su perfecta tableta de chocolate que solía ocultar tan bien debajo de las camisas serias que llevaba para trabajar. Caminé insegura hasta él para colocarme a su lado esperando que Sarah nos hiciese la foto.

–No cuelela tía. –afirmó mirando el Smartphone. –Ningún matrimonio en su luna de miel tiene esa

pedazo distancia en una foto. –añadió tocando un poco el higo.

¡Que la hiciese y punto! Que me estaba muriendo de vergüenza y los mofletes se me estaban poniendo colorados.

–Poneos vosotros. –dijo para mi sorpresa Ian señalando a mi cuñado y a su hijo también.

Mi hermana hizo lo propio y se abrazó a su marido cual lapa orgullosa de serlo; Lo cierto era que se les veía felices y la foto, al verla una vez que Ian la hizo, se veía real, llena de amor.

–Ahora vosotros. –replicó Sarah algo refunfuñona.

La conocía. Eso de que su jefe estuviese de vacaciones con ella la amargaba un poco, era recta para esas cosas aunque debió olvidarlo cuando me ofreció como esposa falsa.

Ian pasó la mano por mi cintura tal y como Fred había hecho con Sarah y me pegó a su cuerpo que estaba caliente por el sol. Del impulso tuve que apoyar la mano en su pecho para sujetarme pensando que me iba a caer; Sí, yo era de liarla. Ian me sujetó lo suficiente mientras se reía de mi torpeza. Sarah seguía con el móvil preparado y sonría; A todos les gustaba reírse de mis salidas cómicas que, lejos de lo que podía pensarse, no eran intencionadas.

– ¿Ya? –cuestioné cuando me di cuenta de que la gente nos empezaba a mirar.

–Sí, habéis salido bien. –confirmó mi hermana.

– ¿Se te dan bien las fotos? –pregunté poniéndome a la altura de Ian saliendo del agua.

Dos chicas pasaron junto a nosotros y miraron descaradamente a mi marido; ¡Oye, un respeto! Me colgué de su brazo casi sin pensarlo provocando una perfecta sonrisa de dientes blancos que me removiό por dentro; Ian Parker era mucho más de lo que parecía a simple vista.

–Ah, ¿éste es el marido perdido? –preguntó de pronto un chico pasando por nuestro lado.

Me fijé comprobando que se trataba del chico que me había tirado los trastos mientras me hacía

la foto con la playa de fondo por la noche el día anterior. ¿Pero cómo me decía eso así delante de mi supuesto marido?

–Sí, ¿y tú eres el bufón del hotel? –preguntó Ian con el ceño fruncido.

Cogí la mano de Ian para tirar de él a seguir saliendo del agua sorprendida con su reacción: O se le daba muy bien el papel de marido celoso o de verdad le había molestado la salida de tono del vacacionista.

–Le quedó claro cuando le dijiste que tenías marido, pero seguramente hoy te habría entrado otra vez si no hubiese venido. –soltó tras un bufido.

Uy, ¿y ese cabreo monumental, a qué diablos venía?

–Bueno, no hay que darle importancia. –contesté serena sin saber diagnosticar si el sentimiento de enfado era totalmente real o medio fingido. A mí personalmente me parecía bastante real. –Es hora de cenar. –aseguré cambiando de tema.

–Oye. –La interjección de mi hermana cortó nuestra rara conversación sobre unos celos que no deberían existir. –Si no os importa, Fred y yo vamos a cenar hoy en la habitación solos, como es la última noche... –murmuró más pidiendo permiso que otra cosa.

Me sentí muy tentada a decirle que ni de coña, que estaba casada por su culpa y ella en Cancún con su marido gracias a mí como para dejarme con ese marrón, pero me dio tanta ternura ver lo ilusionados que se les veía que no fui capaz.

–Por mí no hay problema. –respondí escuetamente.

–Yo he estado aquí muchas veces solo, no os preocupéis. –acuñó Ian llamando mi atención.

¿Había estado muchas veces solo? ¿En Cancún? Me fui hacia a la habitación directa con preguntas incómodas rondando mi curiosa y estúpidamente.

– ¿Has estado solo o con chicas que no se han quedado en tu vida? –pregunté en cuanto cerramos

la puerta de la habitación incapaz de contenerme por más tiempo.

– ¿Es eso relevante? –interrogó de vuelta.

–Sí. –aseguré convenciéndome a mí misma. –Por aquello de que necesito conocer el pasado de mi marido para saber a qué me enfrento. –añadí irguiendo la cabeza.

–Pues he venido solo siempre pero una vez aquí he estado con estupendas mujeres que querían pasar un buen rato. –afirmó midiendo mucho sus palabras.

¡Ese se había montado una bacanal!

–Qué bien entonces. Bueno, me voy a duchar antes de dormir que se ha caldeado mucho el ambiente. –dije con toda la furia contenida que sentía en mi interior.

¡Y va el tío y me lo cuenta! ¿Qué se lo había pedido yo? ¿Y qué? Esa es la típica cosa que niegas hasta morirte para que la otra persona no se enfade; ¿Y por qué me iba a enfadar yo por eso? Negué lentamente con la cabeza al darme cuenta de mi propio sin sentido.

Me metí en la ducha para activar el agua tibia y empezar a enjabonarme con el brío propio de alguien que estaba enfadada. El problema vino cuando de tanto jabón que me eché en el pelo aquello tenía espuma como para una fiesta de pueblo; Por más que me aclaraba seguía saliendo maldito jabón. ¿Salía así sin más? Seguí por un rato hasta que, la espuma blanca me entró en los ojos.

– ¡Argg! –grité buscando a tientas la toalla.

¡Que todavía me mataba en mi luna de miel falsa! ¡Vaya forma más absurda de morir!

– ¿Qué pasa? –cuestionó Ian atravesando la puerta sin problema para encontrarme desnuda y con los ojos cerrados intentando aclararme el jabón.

¿Se me había olvidado poner el dicho pestillo?

–No mires. –chillé intentando taparme sin mucho éxito.

–Si estás gritando es normal que entre. –aseguró condescendentemente. – ¿Te ayudo con algo? – preguntó entre risitas.

No podía ver su cara pero sabía que debía estar descojonándose de mi situación.

–Anda, pásame la toalla. –accedí con ninguna otra opción a la vista.

En cuanto palpé la toalla que me ofreció me la llevé a los ojos para sentir que volvía a ver con normalidad, aunque con un poco de picor. Acto seguido me percaté de que seguía desnuda a sus ojos y me tapé con la misma ruborizándome.

– ¿Sueles buscar ese tipo de excusas para atraer a hombres guapos y exitosos hasta ti? –cuestionó totalmente en broma. –Pues ya soy tu marido, no hace falta. –añadió jocoso.

Le pegué con la mano en el hombro avergonzada con lo que había pasado en un momento demasiado íntimo para nosotros. Me mordí el labio sintiendo como se aceleraba mi pulso. Justo alguien decidió que era un buen momento para llamar a la puerta de nuestra suite.

¿Quién cojones era tan inoportuno?

Ian fue a abrir por aquello de que yo iba prácticamente desnuda y cuando salí al salón, en pijama claro, vi que tenía una botella de champán en la mano.

– ¿Bebes para dormir? –interrogué siguiendo con su tono de burla.

–Cortesía del hotel. –afirmó encogiéndose de hombros. –Ahora me meto en el jacuzzi y hasta que me entre sueño. –añadió.

Solo entonces me di cuenta de que no se había quitado el bañador. Lo vi meterse, con más atención de la que debía, en el jacuzzi que había en el medio del salón empezando a echar espuma. De haberlo sabido... No, de haberlo sabido nada porque meterme ahí con Ian Parker parecía.... ¿Peligroso? No, inadecuado.

– ¿Ponemos la televisión? –interrogué con la necesidad de llenar el silencio.

– ¿Algo en especial? –preguntó. Negué con la cabeza rápida segura que lo mejor que hacía era irme a dormir.

– ¿Dormimos juntos? –cuestioné de pronto.

Ian salpicó en el jacuzzi al incorporarse tan de golpe abriendo mucho los ojos. Quizá me había expresado mal.

–Esto... Hay una cama. –afirmó serenándose.

–Sí, me refería a que, si quieres, puedo dormir en el sofá. –añadí señalando el mismo que era sofá cama. –Tiene pinta de cómodo. –agregué torpemente.

–No, por mí no. No hay nada de malo en dormir uno al lado del otro, no va a pasar nada. –respondió rápido.

–Vale. Buenas noches. –contesté enfadada.

¿Por qué estaba enfadada? Bueno, lo había dicho como si yo, durmiendo al lado de alguien no provocase nada; ¿O era cosa mía?

Daba lo mismo, al día siguiente volveríamos a casa, a la suya para vivir juntos hasta que fuese un buen momento de separarnos, lo mejor era que yo no le provocase nada de nada aunque jodiese un poco en mi orgullo.

CAPÍTULO 11

IAN

Tuve que hacer un gran esfuerzo para aguantar en el jacuzzi hasta que estuve seguro de que Amber estaba dormida por el compás de su respiración. Eché un vistazo hacia la cama para sentirme instantáneamente atraído por las largas piernas desnudas de mi mujer que por muy matrimonio falso que fuese resultó que me atraía de una forma inexplicable.

Me tumbé a su lado intentando no hacer ruido y me coloqué boca arriba en un estado incómodo en el que no sabía si moverme o no porque me daba miedo despertarla. Era la primera vez que dormía con una mujer en mucho tiempo porque yo estaba acostumbrado, incluso cuando tenía alguna noche tórrida, a volver a mi casa solo.

¿No llevaba un pijama muy fresquito Amber? ¿Lo habría hecho con alguna intención? No, ya se me estaba yendo la olla porque era lo lógico que tuviese ese vestuario teniendo en cuenta que se suponía que dormía con su hermana en todo el viaje y que estábamos en Cancún donde precisamente frío no hacía.

Me giré hacia ella pero me quedé con la mirada fija donde la espalda perdía la memoria hasta que me recliné a mí mismo girándome casi obligado hacia el otro lado; ¿Por qué diantres no me dormía?

Un movimiento a mi lado me despertó por la falta de costumbre. Abrí los ojos poco a poco para encontrarme de lleno con el escote de Amber prácticamente a la altura de mi mano.

–Uy. –dijo sobresaltándose Amber despertándose de pronto. –Buenos días. –añadió para pasar enseguida a mojar los labios con la lengua y revolverse el pelo intentando, sin éxito, ponerlo en orden.

–Buenos días. –contesté incorporándome también.

– ¿No tendríamos que haber elegido ya la foto que subir sobre la luna de miel? Digo, me ha dicho mi cuñado y eso que les invitaste por eso. –interrogó poniéndome en jaque.

No había sido exactamente así pero seguro que era lo suyo así que simplemente había que seguir hacia delante.

–Pues... ¿Lo hacemos ahora? –pregunté sonando mal incluso para mí mismo. –Elegir la foto. –aclaré.

–Sí, sí. –contestó incómoda.

Pasó las fotos en su teléfono e intentando verlas los dos bien quedamos bastante juntos. En cuanto salió la foto casual en la que lejos de posar salíamos riéndonos los dos nos miramos; Había sido cuando había estado a punto de caerse al agua y yo la había sujetado.

–Ésta está bien. –aseguré ganándome también su aprobación con un asentimiento de cabeza escueto. Sus ojos verdes brillaban con intensidad. –Se la pasaré a Jordan para que la retoque y la suba. –aclaré levantándome de la cama.

– ¿A Jordan? ¿Y quién es Jordan? –preguntó levantándose ya con ese tonito que empecé a identificar como que estaba molesta.

Mierda, no le había explicado que yo no llevaba esos temas, aunque debía habérselo figurado.

–Es el que se encarga, bueno, el jefe del equipo que se encarga de mis redes sociales y su repercusión en mi imagen pública. –expliqué buscando una dichosa camiseta para cubrirme.

– ¿Entonces él gestiona todo? ¿Los me gusta y eso? –cuestionó con un tono agudo. –Pues mira tú qué bien. –afirmó yéndose como una bala al vestidor.

¿Qué acababa de pasar? Había momentos en los que agradecía que lo nuestro no fuese un matrimonio de verdad, porque era siendo una farsa y me parecía extremadamente complicado.

Fui a entrar al vestidor justo cuando ella salía y nos tropezamos. Me desplacé hacia la derecha al mismo tiempo de nuevo volviendo a provocar colisión. Luego hacia el otro lado lo mismo hasta que soltamos alguna risa baja que bien podría haber cargado el ambiente de electricidad entre nosotros. Su cabeza se irguió centrando su mirada en mi boca y yo tras ver sus ojos verdes brillar no pude más que besarla espontáneamente.

Nos separamos algo avergonzados de lo que había ocurrido pero yo solo podía pensar en lo bien que le quedaba la melena anaranjada algo revuelta desde que se había despertado.

Tosí en un intento absurdo e inexplicable de paliar la situación incomodo que se había quedado entre nosotros pero ella, como siempre, se adelantó saliendo hacia el salón para coger su bolso.

¿Quién necesitaba un bolso para desayunar?

Daba igual, había sido una gran oportunidad para hacer como si no hubiese pasado nada.

–Me está esperando mi hermana, voy bajando. –anunció ella un poco nerviosa.

–Sí, mejor ve bajando. Voy a terminar de prepararme. –accedí yo que me encontraba confuso con lo que acababa de pasar.

Una vez que estuve solo en la habitación, me senté en el borde de la cama reflexionando sobre todo lo que estaba pasando en mi vida. Esa chica no salía conmigo, no era mi mujer, y ni siquiera nos habíamos elegido mutuamente; Simplemente, había llegado hasta mí por un momento de necesidad en el que no tenía más opción que encontrar una esposa, bueno, ni siquiera una esposa, era una prometida lo que había necesitado pero se había acabado liando por culpa de mi metiche familia.

Cogí el teléfono al escuchar una vibración y me di cuenta de que Amber me había pasado la foto en la que habíamos salido riéndonos. La amplié para comprobar que, ciertamente, salíamos, muy bien. Era una imagen natural en la que se podía ver una conexión entre nosotros; Quizá la había, pero no estaba en posición de descifrarlo.

Justo en ese momento, como si el destino quisiera hablarme, recibí un mensaje de Patty en el que muy amablemente, y de alguna forma sibilina, me recordaba la primera cuota acordada. Eso era otro problema al que tenía que poner solución pero no tenía tampoco muy claro cómo iba a hacerlo. Era primordial mantener mi reputación intacta.

Me terminé de colocar la camisa azul claro y los pantalones blancos para bajar a desayunar con la duda latiendo en mi sien de si debía o no debía decirle a Amber lo que estaba sucediendo con Patty; Al fin y al cabo Amber era mi mujer y cualquier escándalo podía salpicarle. Además, si se enteraba y decidía que se sentía traicionada por algún motivo, porque ya había tenido ocasión yo de comprobar que mi reciente esposa era algo lorquiana en su humor, podía liármela diciendo la verdad sobre nuestro matrimonio. Sí, me parecía conveniente decirle la complicada tesitura en la que me había colocado Patty ante la afirmación de que su hijo Tristán era mío.

Llegué al buffet pensativo y serio sentándome junto a ella para contemplar como Fred y Sarah se hacían todo tipo de carantoñas mientras le hacían gracias a su hijo; Eso sí que era una familia feliz.

Amber estaba inmersa en sus crepes de chocolate, que tal y como me había dicho ella misma le encantaban, y a penas me dirigió la mirada; Quizá había sido algo incómodo hacer lo que había hecho pero no había podido evitarlo.

Nos quedamos por un momento a solas cuando la familia decidió que iban a hacerse algunas fotos en el hotel antes de irnos y fue el momento oportuno en el que consideré que podía sacar el tema.

–Amber, tengo que contarte algo... –aventuré indeciso.

–Bueno, pero primero contéstame una pregunta. –dijo ella visiblemente molesta.

Esa mujer siempre estaba molesta, y aún así, me parecía alguien diferente.

–Tú dirás. –Era mejor dejarla hablar a ella primero. Lo mío era tan fuerte que si estábamos en un

estado confuso podía llegar a ser la bomba detonante.

–Entonces las veces que vi que mirabas mi perfil de Instagram, mis historias o le dabas a me gusta, era ese tal Jordan. –cuestionó removiendo tan fuerte su café que pensé que iba a centrifugarlo.

–No, bueno, él lo habría hecho de todos modos. –aseguré.

– ¿Entonces le diste tú porque él le daría y era lógico que le dieras tú que eres mi marido? –interrogó de vuelta subiendo un poco el tono.

–Baja el volumen. –ordené con miedo a que alguien pudiese darse cuenta de nuestra discusión.

–Solo te preocupa lo que los demás piensen de ti, aunque no sé de qué me sorprende, ya me lo había dicho Sarah. –ironizó levantándose de la mesa.

–Amber, espera. –dije en un intento desesperado de que se sentase y volviésemos a hablar.

–No, no. Si ya me ha quedado claro. No importa... Si la que estaba confundida era yo... –aseguró en un murmullo antes de irse.

Me quedé solo en la mesa pegando un pequeño sorbo a mi taza de café mientras contemplaba como Amber se iba de allí a paso rápido, casi a la velocidad de la luz diría yo. En ese instante, tuve tiempo también, de darme cuenta de que aquello se estaba complicando sobremanera y que si quería que saliera bien, y debía salir bien por mi negocio, no tenía que complicar las cosas: El beso había sido un error porque si nosotros empezábamos algo, algo de verdad, podía salir mal y eso significaba, necesariamente, que nos separaríamos antes de un tiempo razonable, un año mínimo, para que nadie pudiera sospechar que nuestro matrimonio había sido un simple trato. Así que tenía que olvidar lo que había pasado en Cancún.

¿No existía el dicho ese de “Lo que pasa en las Vegas, se queda en las Vegas”? Pues a partir de ese día, lo que pasaba en Cancún, se quedaba en Cancún. Volveríamos a nuestra normalidad,

bueno a todo lo que podía ser normal teniendo en cuenta que tenía que llevarme a vivir conmigo a una mujer que no conocía de nada, me atraía, y tenía que pasar por mi propio bien.

Sí, seguiría con mi vida. Volvería a mis negocios centrándome en ellos como siempre había hecho y ella que hiciera su vida. De todas formas, un beso no significaba nada.

¿Por qué entonces no paraba de cuestionarme si le había molestado pensar que Jordan era el que había interactuado con su perfil de Instagram? Yo, yo era el que me había pasado todo el día pegado al teléfono por primera vez en mi vida para ver sus graciosas historias y sus atractivas fotos que había calado en mí de alguna forma, pero no pensaba decírselo.

Ya tenía suficiente. Saqué el teléfono para contestarle a Patty que ya le había traspasado el dinero acordado, y que al día siguiente llegaba al país de nuevo. Me respondió con unos iconos de palmaditas y sentí que me estaba metiendo en la boda del lobo pero, por el momento, no tenía otra opción que seguirle el juego; Sólo esperaba que todo aquello no me acabase explotando en la cara.

Tras un interminable viaje en absoluto silencio llegamos al aeropuerto donde Amber no paraba de hablar con su hermana para evitar hacerlo conmigo. Estaba claro que nuestra conversación en el hotel solo había hecho que nuestra situación fuese aún más extraña. De repente, ambas hermanas empezaron a hacer aspavientos como si de las alas de una mariposa se tratase y tuve que preguntarme qué era lo que causaba tanto revuelo. Al percatarme de que allí, en nuestra puerta de embarque estaba ese chico, sí, ese que le había tirado los trastos a Amber cuando yo no estaba, ese que se había atrevido a retarme cuando había pasado por nuestro lado llamándome “marido perdido”, casi se me cae la boca al suelo de la impresión. Maldita coincidencia.

En un ataque de locura transitorio, porque eso debía ser lo que le estaba pasando a Amber, ésta se acercó sonriendo al chico para saludarle muy amablemente, comportamiento que tampoco

entendí.

–Oye, en el viaje no tuve ocasión de presentarme, soy Amber. –dijo ella todo lo coqueta que pudo ante la atenta mirada de él.

–Yo soy Rodri. –saludó él bastante contento de que ella le dirigiese la palabra.

Yo, por mi parte, parecía un toro de tanto resoplar con fuerza. No entendía que hacían esos dos en mi presencia haciendo como si no existiese. De repente, para empeorar las cosas, Amber se acercó a su oído para decirle algo que a Rodri pareció hacerle mucha risa; ¿De qué se estaban riendo? ¿No se habría atrevido ella a contarle sobre nuestro acuerdo? No, no podía ser, porque el secretismo estaba implícito en el acuerdo, era lógico... ¿O no? Tendríamos que hablarlo a solas porque no estaba dispuesto a que medio mundo supiera que estaba siendo partícipe en una farsa porque, además, yo era un hombre importante y no podía dar pie a que trascendiese.

¿Era eso lo que pasaba de verdad? ¿Por qué tenía la impresión de que me estaba poniendo celoso?

Por suerte para mí, cuando nos dieron luz verde para embarcar, aquel chico con pinta de hippy se fue hacia los asientos de clase turista mientras que nosotros íbamos de cabeza a primera clase. Bendito dinero que me había ahorrado un marrón de vuelo; Estaba claro que yo no iba a soportar diez horas de vuelo con ese pinta monas hablando con mi mujer constantemente.

Me senté al lado de mi esposa, porque para eso era mi esposa y teníamos asientos contiguos con mala cara, pero nada más sentarnos ella se puso el antifaz e intentó dormir. Yo por supuesto, no la dejé y fui directo a zarandearla suavemente del hombro aun a sabiendas de que me miraría con cara de querer matarme.

– ¿Qué hablabas con ese? –pregunté bastante molesto.

–Pues lo que tuviera que hablar. Creo que hemos dejado bien claro que nuestra relación es estrictamente en base al trato que hicimos y que ni siquiera podría ser posible de otro modo

porque no te parezco atractiva. –contestó ella en un tonito que no me gustó.

Yo era perfectamente consciente de que Sarah estaba escuchando y no tenía necesidad alguna de que mi asistente, por muy implicada que estuviera en el asunto, supiera mis problemas íntimos. El hecho de que ella fuese parte culpable no hacía que yo dejase de ser su jefe o fuese a serlo cuando todo aquello acabase.

–No estoy dispuesto a que todo el mundo sepa que tú y yo estamos haciendo esto. Mira lo que tú y yo hemos hablado es que tú no le dedicas a tus cosas ni un minuto, ni siquiera en tus redes sociales que las lleva ese tal Jordan que ni siquiera sé quién es. Y me parece bien pero no te metas entonces en mi vida. –dijo ella haciendo gala de su verborrea habitual.

Lo que estaba claro era que si la dejaban hablar no la metían en la cárcel porque tenía una facilidad para dejar a la gente en jaque inusual.

–Mira, no voy a hablar de este tema aquí. Ya hablaremos cuando llegemos a casa. –dije poniéndome entonces yo el antifaz.

Lo cierto era que no teníamos necesidad de hablar de eso delante de nadie porque íbamos directos a nuestra casa, porque iba a ser la estancia de los dos durante un año, porque estábamos casados pesara a quien le pesara. Y si ella misma era la que tenía dudas, que las hubiera pensado antes. Lo cerrado estaba cerrado. Mis nervios nada más que hacían bullir cada vez más en mi interior por todo lo que quería decir y me callaba, y más que nada porque ese tipo, llamado Rodri, hubiera hablado con Amber como si yo no importase.

–No, no. Ahora no te pongas tú el antifaz. –ordenó ella. –Ahora contéstame, porque lo que no es normal es que me digas todo el rato que te has casado conmigo por un acuerdo. Que yo lo entiendo pero tampoco hace falta que me trates como a la chica más fea del mundo. ¿No te parezco atractiva suficiente para darme un me gusta si ese tal Jordan no te obligase? Porque claro, qué menos que estar casada con alguien que al menos me puede mirar. ¿Qué pasa? ¿No

soy tu tipo? ¿No soy guapa, atractiva, sexy? ¿Es que no te pongo? –preguntó ella en una retahíla que me incomodó.

Yo por mi parte hice lo único que podía hacer que fue ponerme de nuevo el antifaz para intentar disuadirla de tener aquella conversación delante de su hermana y su cuñado que estaban tan atentos que les faltó darse la vuelta en el asiento.

–Buenas noches, Amber. Hablamos en diez horas. –afirmé colocándome en posición de reposo.

–No, no. Ahora me contestas. ¿Te pongo o no te pongo? –cuestionó ella en un tono bastante elevado.

–Sí, Amber, me pone. –confesé entonces.

Supe en ese mismo instante que lo había hecho mal al contestarle aquella pregunta porque no era solo el beso que nos habíamos dado sino la confesión de que había cierta atracción entre nosotros sino porque el plan tenía que salir bien, y eso sólo podía ser si cada uno llevaba sus sentimientos por su lado.

¿Era posible dejar de liar las cosas?

CAPÍTULO 12

AMBER

–Toma, las llaves de casa. Tengo que ir a arreglar unos asuntos de la oficina. –aseguró Ian en cuanto aterrizamos en el aeropuerto de nuestro país.

Yo, por mi parte, me había quedado sumamente tranquila cuando por fin me había dicho que le ponía. Sí, era una cuestión de orgullo, algo tonto, pero yo me había sentido tan ilusionada al ver sus “Me gusta” y sus visualizaciones a mis historias, que no podía permitir que así, de repente, se me cayese el castillo de naipes. Sonreí mientras me despedí con la mano al verlo subir en el primer taxi que pasó por allí.

– ¿Estás loca? –preguntó mi hermana cuando ya estuvimos a solas; Bueno, con Fred que estaba como una estatua, como para decir algo sabiendo lo enfadada que estaba mi hermana al respecto. –No me parece nada apropiado lo que ha pasado en el avión. No deberías comportarte así. Es mi jefe y solamente es tu marido porque lo necesitaba en ese momento no porque seáis nada ni lo vayáis a ser. –aseguró bastante nerviosa.

–Oye, no te metas en lo que hablemos mi marido y yo que te recuerdo que estabas en Cancún porque te hemos invitado a nuestra luna de miel. –recalqué intentando quitármela de encima.

–Mira, no la cagues Amber. Es un buen trabajo. No sé a qué acuerdo habéis llegado pero sé que tiene que ser beneficioso para ti y yo me estoy jugando mi puesto. No juegues con esto y deja de ser tan tú. –pidió entre bufidos.

–Está bien. –accedí. –Venga, vamos a por mis cosas. –añadí tranquila serenando el ambiente.

Mudarme de casa era que no me apetecía mucho. El por qué era sencillo: Tenía un millón de

cosas que no sabía dónde meter si me las llevaba allí además de que no quería llegar invadiendo su espacio, sin olvidar que tenía muchas tonterías. Por eso mismo, decidí hacer un par de cajas y maletas prácticas con lo que fuese a necesitar en un plazo breve de tiempo con la intención de poder ir a mi casa a por más cosas si fuese necesario.

–No, no te lleves la lámpara con forma de cactus. –dijo mi hermana quitándomela de las manos.

– ¿Qué tiene de malo? –repliqué en un gritito ahogado.

–Oye, Amber, Ian es un hombre muy meticuloso con sus cosas, perfeccionista, serio... No ha llegado hasta donde está por jugar a los matrimonios ni por tener a gente loca como tú en su vida. –explicó bastante tocapelotas Sarah.

–Mira, hermanita, yo entiendo que es tu jefe y todo lo que tú quieras, pero si me tengo que pasar un año en su casa tendré que estar a gusto por lo menos. Además, me ha dicho que me va a dejar una de las habitaciones de su casa para mí sola y que puedo hacer con ella lo que quiera, él ni va a entrar. Así que me llevo la lámpara. Necesito sentir que estoy en un espacio que es algo mío. – argumenté yo en contra.

–Está bien, pero por favor no hagas muchas cosas de Amber. –solicitó angustiada.

– ¿Tú no tienes que trabajar? –pregunté intentando echarla de mi cuarto para que dejase de meterse en lo que me llevaba o dejaba de llevarme.

–Sí, voy a la oficina. Si Ian ha ido a lo mejor necesita que le ayude con algo. –aseguró pensativa.

La vi meterse hacia el baño y supe que iba a salir vestida de oficina, tan aburrida como siempre. Había sido divertido estar en Cancún pero la vuelta a la realidad, era un soporífero guantazo.

Yo no tenía trabajo, pero iba a ganar un millón de euros así que seguí haciendo la mudanza tranquila con la intención de mudarme cuanto antes. Mi marido así lo había exigido.

El chico de la mudanza al que llamé se sorprendió cuando le di la dirección y lo entendí; Era

pasar de un barrio humilde a una villa de lujo con enseres que, seguramente, no estaban al nivel de las personas que vivían allí, pero ése no era mi problema.

¿No podía casarse una con un rico? Bueno, nadie dijo que fuese fácil, pero yo lo había hecho y sin buscarlo.

Llegué a la casa y abrí con la llave que Ian me había dado. Oye, ni que me fuese a meter a robar. De verdad, la gente pensaba peor de la gente humilde cuando acabábamos demostrando que éramos mejores personas la mayoría que esos pijos de mierda.

Le indiqué que esperase un momento mientras me atrevía a llamar a mi marido con la intención de que me confirmase cuál iba a ser mi habitación pero el muy payaso no se dignó a cogerlo. Así que hice lo primero que me vino a la cabeza; ¿Qué no era buena idea? Seguramente, pero era lo que yo quería hacer: Desmonté la habitación de Ian para montar justamente ahí mi habitación, eso sí, me quedé la cama que era muy cómoda.

Una vez que coloqué todas mis cosas, que tampoco eran tantas, me di una vuelta por la casa para encontrarme con una mujer que estaba haciendo la limpieza de los cristales. Gritó al verme.

– ¿Y usted quién es? –tartamudeó con miedo.

– ¿Yo? La señora de la casa. –contesté con toda la naturalidad de la que fui capaz.

–Eso... Eso no puede ser señorita. Mi Ian no tiene mujer. –volvió a decir entre tartamudeos.

¿Mi Ian? ¿Y esa quién era?

Volví a llamarle pero siguió sin contestar por lo que me permití el atrevimiento de dejarle un bonito mensaje en el contestador a mi esposo informándole de que podría haber hecho el favor de dejar constancia entre la gente del servicio de que nosotros nos habíamos casado y que me iba a vivir allí para que todo el mundo dejase de mirarme como si me estuviese colando en la cárcel de Alcatraz. Finalmente, no se me ocurrió otra solución que enseñarle las fotos de Cancún juntos.

La mujer no pareció muy convencida pero me dejó estar en la cocina para hacerme un sándwich y sentarme en el sofá de la sala de estar con la televisión. Eso sí, no se movió de allí hasta las ocho de la noche que yo ya estaba agobiada y preguntándome a qué hora pensaba llegar el señorito de turno.

Cuando oí la llave, casi bendije al cielo porque yo no aguantaba ni un segundo más la mirada fija de la señora. Me iba a dar un soponcio.

Fui directa hacia Ian y le di un beso en la boca, tenía que dejarle claro a la señora que lo que le había dicho era cierto. Ian no se lo esperaba, lo vi en su cara, pero acabó por responder al beso e incluso rozó mis caderas con sus manos acercándome un poco más.

–Señor Parker...Su... Señora, me ha dicho que se muda aquí. –dijo con toda la cautela de la que fue capaz la del servicio.

¿Ahora sí que era su señora? ¿Por qué? ¿Por qué había visto un beso? Es que al final había que darle a la gente en toda la jeta para que se diesen por enterados.

–Sí, perdona Petra. No te lo había comentado. –contestó Ian visiblemente desconcertado.

– ¿Dónde estabas? Te he estado escribiendo para ver dónde podía instalarme y para que le dijese a Petra que no estaba robando en tu casa. –amonesté cruzándome de brazos.

–He estado ocupado. –afirmó poco hablador. –Tema de acuerdos y otras cosas que había pospuesto para el viaje. –concedió por encima.

A mí me pareció que mentía, pero tampoco era cuestión de darle la murga nada más llegar así que me subí a mi habitación. Eso sí, sabía que detrás de mí, iba él.

No tardó ni diez segundos en subir a su habitación, y, al abrir la puerta, me miró entrecerrando los ojos, volvió a cerrar la puerta para después volverla a abrir.

– ¿Te has instalado en mi habitación? –preguntó enarcando una de sus oscuras cejas. Sus ojos

azules me penetraron visiblemente irritado para después resoplar y sentarse en el borde de la cama a la que le había puesto una colcha amarilla. – ¿Es mi cama? –interrogó de vuelta.

–No me dijiste dónde me podía instalar y en nuestra última conversación sí mencionaste que podía elegir. Tampoco has cogido el teléfono para especificar lo contrario. –argumenté encogiéndome de hombros como si yo fuese un ángel y él no se hubiese explicado bien.

Sí, lo había hecho totalmente por joder. Por alguna razón, me gustaba encender esa parte de él, hubiese dicho animal, a la que le gustaba discutir; ¿Sería igual de pasional en la cama? Esa pregunta hizo que me azorase por un instante y ni siquiera sabía por qué lo había pensado.

–Te dije en cualquier habitación, pero creí que estaba claro que se excluía la mía. –aseguró él tocándose tenso el puente de la nariz.

–Pues ya ves que no. Entonces... ¿Cómo lo hacemos? ¿Te buscas tú otra?– pregunté volviendo a picarle.

Lo cierto era que tenía bastante claro que me tocaba a mí cambiar de habitación pero al menos habría tenido el divertimento del día.

–Pues no, haz lo que quieras. Yo voy a dormir en esta habitación y tú haz lo que quieras. Si quieres dormir aquí a mí la lámpara con forma de cactus y la colcha amarilla no me molestan. – afirmé empezando a quitarse la camisa.

Uy, vaya marcados abdominales tan cerca de mí.

¿Por qué me había tenido que meter en la boca del lobo yo sola? Me pregunté qué hacía mientras le miraba mordiéndome el labio. Me giré hacia la almohada para hacerme la dormida sin poder evitar que un cosquilleo me subiese por todo el cuerpo; ¿Estaba un poco excitada? Me regañé a mí misma para no girarme hasta que me quedé profundamente dormida.

Era sumamente raro levantarme con dos cosas tan dispares en la cama: Mi colcha amarilla e Ian Parker. Estaba plácidamente dormido a mi lado, seguía sin camiseta y el pelo revuelto. Era tremendamente sexy para lo que parecía cuando estaba despierto y haciendo cosas que me sacaban de quicio.

Abrió los ojos de pronto sobresaltándome y me hice la loca mientras me levantaba de la cama. Busqué en el armario una bata de aguacates que tenía y me la puse para taparme un poco el cuerpo en aquella extraña situación.

–Buenos días. –murmuré sin saber bien qué decir.

–Buenos días. –contestó bastante serio.

–Ayer caíste dormido redondo. Me extrañó que no insistieses en que cambiase mis cosas de habitación pero no te preocupes, ya busco yo otra hoy. –dije intentando que dijese más de dos palabras seguidas.

Se me hacía raro que ni siquiera tuviese ganas de plantarme pelea, a mí lo que me gustaba era el toma y daca.

–No, es más creíble si la gente de la casa nos ve también en la misma habitación. Digo, móntate una habitación recreativa en otra pero los dos dormiremos en esta. –afirmó levantándose también.

¿Qué? Me mordí el labio viéndole salir, seguramente, a buscar su ropa. Bajé hacia la cocina donde encontré a Petra y a otro chico del servicio colocando la compra. ¿A mí me iban a hacer el desayuno? No, a mí ese rollo no me gustaba.

–Cuando terminéis me avisáis que haga unas tortitas para mí y para Ian. –dije sin saber si mi marido tomaba ese tipo de cosas para desayunar.

–No, señorita, nosotros le hacemos a usted, como siempre hemos hecho con el señor Parker, lo

que necesite o quiera. –replicó Petra con mala cara.

Servicial pero con opinión propia: Esa mujer no se fiaba de mí. Normal, había llegado a la vida de Ian de la noche a la mañana.

–A mí me gusta hacerlo. –contraataqué empezando a enfurruñarme.

–Pero es que los señores de la casa no hacen ese tipo de cosas. –dijo en toda la cresta de la ola.

– ¿Pero me vas a decir lo que puedo o no puedo hacer? –pregunté sintiéndome indignada.

¡Eso no era un servicio sino la Gestapo!

–Petra, déjala que haga lo que quiera. –intervino Ian llegando hasta la cocina. – ¿Me haces un café? –añadió mirándome de refilón.

– ¿Qué te pasa? –pregunté en cuanto nos dejaron solos. –Estás raro... –afirmé torciendo el morro.

–No puedes saber si estoy raro porque no me conoces. –dijo frotándose los ojos.

– ¿Ves? Algo te pasa. –confirmé señalándole. – ¿No me vas a contestar? –pregunté mientras batía la harina con la leche para hacer la masa de las tortitas. –Bueno, pues te hago una facilita... ¿Sabes que autobús pasa por la zona? –interrogué cambiando de conversación.

En ese aspecto lo entendía; Yo no era de contar mis problemas a la primera de cambio, aunque por otra parte, era su mujer me conociera de cuatro días contados o no.

– ¿Autobús? ¿Para qué? –preguntó sorprendido.

–Vine en el camión con el de la mudanza y quiero ir a por mi coche, es una patata pero me lleva y me trae. No voy a estar un año aquí metida. –contesté señalando la evidencia.

– ¿Qué coche tienes? –preguntó enarcando una ceja.

–Un skoda fabia rojo. No es muy moderno pero está bien. –respondí sacando la primera tortita de la sartén.

–Ese coche en esta urbanización va a dar mucho el cante. –argumentó probando la tortita. –Esto está muy bueno. –afirmó echándose mermelada por encima.

–Está mejor con Nutella pero no tienes. –contesté haciendo referencia a su última afirmación. –Y respecto al coche, no sé qué quieres que haga al respecto, es el que tengo. No todos somos ricos. –añadí enfadada.

–Teniendo un marido rico, nadie lo entendería. Elige uno y te lo compro, también pídele a Petra que compre Nutella. –afirmó sin más emoción.

–No necesito uno nuevo, no quiero malgastar el dinero de esta oportunidad. –murmuré sin querer dar explicaciones.

– ¿No te puedes permitir un coche de con el millón que voy a darte? –susurró en una interrogación.

No quería que nadie se enterase, ni él ni yo claro.

–Tengo otro proyecto. –afirmé entonces.

–No te preocupes, no te estaba diciendo que te lo comprases, he dicho claramente que te lo compraba yo. Solo es que me ha dado curiosidad cuando has mencionado que no querías gastar. –aclaró cogiendo otra tortita.

Vaya con Ian Parker... ¡Y qué apetito!

–Volviendo a tu humor de anoche y como te has levantado... ¿Te gusta el estofado? Puedo hacer uno para cuando vuelvas de la oficina. –anuncié de buen humor.

¡Me iba a comprar un coche! Eso había que celebrarlo.

–Eso estaría bien. –contestó levantándose. – Me tengo que ir a la oficina. –añadió acercándose para besarme en la frente.

¿Y eso a que había venido? Sólo él debía saberlo pero me dediqué a sonreír mientras se iba.

Quizá no estaba tan mal vivir ahí con Ian haciendo como que éramos lo que no éramos mientras sí empezaba a sentir lo que no debía cada vez que nos acercábamos.

CAPÍTULO 13

IAN

– ¿Necesitas algo más? –preguntó Sarah de buena gana.

Había sido sorprendentemente fácil para ella, incluso más que para mí, actuar en el trabajo como si no me hubiese casado con su hermana ni hubiese estado presente en mi luna de miel en Cancún.

–No, voy a irme ya a casa. –contesté mirando el reloj.

–Oye, jefe. –dijo haciendo una pausa. –Ha estado llamando una tal Patty, que dice que es una amiga de la facultad a la que habías quedado en llamar a tu regreso de Cancún por un tema de negocios; ¿Le digo que se pase antes de que te vayas? –interrogó de manera profesional.

Patty era un problema, uno de esos que no me dejaba dormir por la noche. Le había pasado la primera cuota generosa de la pensión de mi supuesto hijo sin pedirle una sola prueba al respecto y ni con esas me daba tregua. Quería hablar más y más; ¿De qué? Volví a mirar el reloj.

–Sarah, ¿a qué hora suele comer tu hermana? Pregunté dejándola asombrada.

–Pues... A las dos. –respondió ella pensativa.

–Si llama Patty dile que la llamaré por la tarde cuando vuelva a la oficina para fijar una fecha, ahora tengo que irme. –afirmé vehemente.

Sí, que se esperase. Por alguna razón que no me iba a aponer a investigar, me apetecía ir a comer a casa aunque normalmente me traían delivery a la oficina. Amber había dicho que iba a hacer un estofado y aunque eso, viendo como hacía las tortitas, podía ser un plato delicioso, me apetecía verla.

Conduje con ganas de llegar a casa, tenía una sensación extraña revoloteando por mi interior, pero desde que Amber me había dicho que iba a prepararme la comida había sentido que nuestra relación por mucho que hubiera empezado de una forma poco convencional, podía llegar a ser algo más. Sí, era justo lo que me había dicho a mí mismo en el avión que no debía pasar, pero tampoco iba a tratarla mal por eso, podíamos ser amigos.

Abrí la puerta de casa para que un olor delicioso y único llegase hasta mis fosas nasales, ese estofado debía saber al mismísimo cielo, pero lo que más me hizo sonreír, inesperadamente, fue comprobar que Amber estaba canturreando en la cocina con un moño alto enganchado con un lápiz y con un vaivén de caderas al compás de la música. Si hubiera sabido que cocina era tan divertido, quizá lo hubiese hecho yo con más frecuencia.

–Uy, estás aquí. –murmuró al darse cuenta de mi presencia para en ese instante parar la música. – No veas lo que me ha costado que Petra me dejase cocinar. –añadió soltándose el pelo retirando el lapicero.

–Huele muy bien. –Fue lo único que atiné a decir.

Me rasqué la nuca tras quitarme la chaqueta para después remangarme la camisa. Era algo extraño que nos fuésemos a sentar a comer juntos como si de verdad fuésemos un matrimonio corriente, ella preparando un plato delicioso intentando conquistarme y yo ya totalmente conquistado. Aunque no fuese así, agradecí esa familiaridad en el hogar que nunca había tenido.

– ¿El trabajo bien? –preguntó ella algo cortada.

Asentí levemente y ella se ríó sola.

– ¿De qué te ríes? –cuestioné interesado.

–Estaba pensando en la que te he liado en el cuarto. –respondió entre risas. –Mi hermana dijo que te sacaría de quicio, soy un poco... Un poco Amber. –confesó con los colores inundando sus mejillas.

–Quizá ser un poco Amber tampoco está tan mal. Mi casa era bastante aburrida. –admití mientras me perdía en su penetrante forma de mirarme.

Ella volvió a soltar una carcajada mientras se dispuso a poner los platos para que comiésemos en la cocina. Podía imaginarme qué pensaría mi familia si me vieran comiendo en el taburete de la cocina, con mantelillos de papel, un estofado que había hecho mi mujer; Para ellos eso era impensable e inoportuno, lo debido para la familia Parker era la preparación y el servicio por parte de los empleados junto al alardeo de los magníficos salones que teníamos para poder comer. Lo cierto era que en ellos solo había silencios incómodos, pero eso no repercutía en su renombre en la sociedad.

–He pensado que podemos volver a poner la colcha esa gris que tenías si no te gusta la amarilla.
–sugirió atusándose el pelo para colocárselo en una coleta antes de comer.

–El amarillo está bien. –acepté de buen grado.

¿Qué importaba en ese momento el color que tuviera la colcha de la habitación que solo íbamos a ver nosotros dos? ¡Que pusiera el que la hiciera más feliz!

Me levanté de la mesa rápido para ir a la bodega y coger un buen vino, la ocasión lo merecía para después volver enseñándoselo como quien siente que está aportando algo bueno a algo extraordinario. Le serví a ella primero, como no podía ser de otro modo, para después servirme a mí y alzar la copa buscando un brindis por lo bien que lo podíamos pasar en aquella comida inesperada pero que estaba resultando asombrosamente agradable.

Nos quedamos mirándonos por un momento perdidos en el ambiente cálido, faltaba una música tipo blues para que hubiese sido perfecto. Y me encontré admirando sus carnosos labios, su preciosa melena y el brillo de sus ojos verdes que parecían expresar felicidad.

El timbre sonó, porque el timbre siempre sonaba en la peor de las ocasiones, para interrumpir uno de los momentos más inexplicables y bonitos que había vivido desde hacía mucho tiempo.

Carraspeé a la espera de que Petra me dijese quién era el culpable de semejante parón, pero no hizo falta porque enseguida oí la voz de pito de Patty anunciando nada más que desgracias.

–Déjame pasar. –gritaba Patty como una loca mientras Petra intentaba impedirle el paso.

Aunque me hubiera gustado echarla de allí, sabía que no me convenía tal escándalo por lo que me levanté para hacerle una señal a Petra para que la dejase pasar.

Amber me miraba con el ceño fruncido seguramente preguntándose qué era lo que estaba pasando.

–Patty, bienvenida. ¿Te puedo ayudar en algo? –pregunté intentando serenar las aguas que, sin duda, venían revueltas.

– ¿Qué si me puedes ayudar en algo, Ian? Te estoy llamando como una loca, intento quedar contigo y todo lo que recibo son largas de la petarda de tu asistente. –gritó enfurecida.

–Habla con un respecto. –saltó Amber.

Claro que lo que Patty no se podía imaginar es que Amber era la hermana de mi asistente porque no había nadie que tuviese una mente tan lúcida para ver lo que estaba pasando.

–Lo siento Patty, pensaba llamarte cuando llegase a la oficina esta tarde. Se me ha complicado la mañana y me ha sido imposible quedar contigo. –mentí con la esperanza de que fuese suficiente para que se relajase.

–No si ya veo que estabas muy ocupado con tu mujercita. –espetó con el retintín propio que la caracterizaba.

Sentí que el mundo se abría bajo mis pies porque sabía que ella había tomado la determinación de decírselo a mi reciente mujer, no sabía con qué fin, pero lo veía en sus ojos. Si nosotros habíamos cortado en la facultad no era porque nuestros caminos tuviesen que separarse, eso solo era una burda excusa, sino porque me di cuenta de que no era la mujer que decía ser mientras que

sí era alguien que se movía en base a lo que pensaba que le iba a traer más beneficio de alguna forma, aunque yo le gustase o no.

–Mira, mona, no se llega a casa de nadie con esa actitud. –dijo Amber levantándose mientras apuraba su copa. –No sé qué tenéis que resolver o no, y además me da igual, pero no te consiento que llegues con esos modos y esas frasecitas maleducadas subiéndote a la parra, seas quien seas. –atacó directamente.

Supe que eso detonaría la bomba, pero ya lo había soltado y no había quien lo frenase.

–Tú cállate que solo eres una zorra oportunista mientras que yo soy la madre de su hijo. –anunció vehementemente Patty.

La mirada de Amber cayó sobre mí como un jarro de agua fría. Sabía que iba a pasar, sabía que tenía que habérselo dicho y aún así lo había retrasado todo lo posible hasta que había sido tarde. Pero lo había hecho porque en el fondo sabía que era mentira que Tristán era mi hijo y pensé que en el momento preciso podría demostrarlo, pero vi en el rostro de Amber que me había equivocado porque debía estar pensando de mí lo peor. Algo así no era algo que se ocultase, y yo no quería ocultarlo; Simplemente quería quitármelo de encima porque sabía que no era cierto, que era una oportunidad de Patty para intentar sacarme el dinero una vez que se había divorciado de su última fuente de ingresos.

–Si me vuelves a insultar, te arranco la cabeza. –amenazó Amber. –Y ahora os dejo solos, veo que tenéis mucho de lo que hablar. –añadió dejando en la mesa la copa tan fuerte que se hizo añicos.

Me froté los ojos y me acaricié el puente de la nariz para después pasarme las manos por el pelo mientras me paseaba nervioso por la estancia. Solo quería echar a esa mujer de allí, decirle que se fuese con su cuento a otra puerta, que buscase a otro tonto al que timar pero sabía que no debía hacerlo por lo que con todo mi estómago y toda la paciencia de la que fui capaz, simulé

una media sonrisa.

–Veo que hemos terminado de comer... ¿Te quedas al café? –pregunté invitándola a pasar a la sala.

–Mira, Ian, siento haberme presentado así pero es que no sé a qué esperas para conocer a tu hijo, hacer cosas con él. Ya habéis perdido muchos años. –afirmo sentándose en el sofá de la salita mientras Petra nos servía el café con una cara que le llegaba hasta el suelo.

Petra era mi empleada del hogar más antigua y siempre me había tratado con un cariño que yo agradecía, quizá por eso miraba a Patty como si quiera ahogarla. Otra más, pero nadie podía hacer nada. Estaba atado de pies y manos en aquella situación.

–Patty, pensé que te había dejado claro que acabo de llegar de mi luna de miel y que tenía que arreglar unas cosas. Te pasé la pensión y podemos hablar de las cuotas atrasadas pero tienes que darme tiempo. No puedo presentarme por ahí con un niño que nadie sepa de dónde ha salido constantemente recién casado. –aseguré removiendo la dichosa taza.

–Ya, pero por lo menos podríais pasar tiempo aquí, en tu casa, nadie os vería. –sugirió todo lo inocente que fue capaz de aparentar.

–Sí, eso podríamos hacerlo. Por supuesto. –acepté mientras buscaba mentalmente otra alternativa.

–Entonces, ¿te viene bien mañana? –cuestionó volviendo al ataque.

Patty era así, cuando algo se le metía en la cabeza no paraba hasta conseguirlo.

–Claro. Te escribo luego para decirte la hora y eso. Tengo que trabajar. –acuñé por si lo había olvidado.

–Sí, está bien. Y mientras os conocéis podremos hablar de su educación y su futuro, porque entiendo que querrás participar en todos los aspectos de su vida. –Era una interrogación

encubierta con un tonito de esos que anunciaban más desgracias.

–Sí, lo iremos hablando Patty, no te preocupes. –concedí solo con la esperanza de que se fuera.

–Bueno, pues entonces te dejo. Lo cierto es que tengo que ir a la peluquería y... Ya sabes cómo somos las mujeres, necesitamos tiempo para arreglarnos. –aseguró coqueta.

¿Intentaba seducirme después de practicarme atracarme a traición? No la podía entender. Bueno, ni a ella ni a casi ninguna. Solo Amber había sido distinta en su forma de proceder conmigo y eso que había tenido la oportunidad perfecta para chantajearme ya que si le decía a alguien lo de la farsa eso podía llegar a valer mucho más de lo que yo le había ofrecido.

Me quedé sentado en el sofá de la sala hasta mucho después de que Patty se hubiese ido. Me sentía incapaz de afrontar la conversación de Amber porque ella y yo no éramos nada y, sin embargo, había visto su decepción con la aparición de Patty; Quizá porque estábamos comiendo casi como si hubiese sido una cita o quizá porque empezaba a plantearse si no se había casado con un idiota.

Para mi sorpresa, fue ella quien bajo de dos en dos los escalones vestida para salir.

–Voy a salir. –anunció como si su vestimenta no la delatase. –He quedado con mi hermana. –añadió de brazos cruzados.

–Espera Amber, vamos a hablar. No es lo que parece. –contesté esperando que valiese para que se quedase a darme la oportunidad de darle esa explicación.

–No, no. Si yo no tengo nada que ver con tus asuntos familiares. Yo me he enfadado porque me ha insultado, lo que tú tengas con otras mujeres no es asunto mío. –admitió con la voz trémula.

–Sí, sí lo es. –repliqué yo mientras la cogía del brazo para retenerla.

–No, no lo es. Solo lo es si hay gente delante. Yo... Soy tu mujer pero solamente sobre el papel.

–afirmó para soltarse de mi agarre antes de salir sin darme tiempo a decir nada.

¿Por qué sentía como si el pecho estuviese apretado por un puño? ¿Qué se suponía que me estaba pasando con Amber?

CAPÍTULO 14

AMBER

– ¿Te lo puedes creer? Ian tiene un hijo; ¡Un hijo! –exclamé gritándole a la pobre de mi hermana que me acababa de abrir la puerta todavía con el tupper de la ensalada en la mano. – ¿Y tú cómo es que no lo sabías? ¿No eres su asistente? ¿Nunca has oído nada al respecto? –chillé sin poder derrochar toda la furia que llevaba dentro de mí.

Había ido hasta allí con el runrún en la cabeza sobre el tema y tampoco podía llegar a comprender por qué me molestaba tanto si Ian y yo no éramos nada en realidad. Sí, que le había preparado mi mejor estofado; Vale que quizá me había fijado de más en sus ojos azules o sus facciones duras pero eso no tenía nada que ver. A mí lo que me molestaba era no haber sido informada. ¿Y si yo quedaba como una idiota? ¿Y si alguien me hubiera preguntado por él en la boda? ¡Eso era, la boda! ¿Su hijo no había estado en la boda?

– ¿Un hijo? –preguntó mi hermana abriendo mucho los ojos. –Yo no sabía nada. –afirmó encogiéndose de hombros. –Pero pasa. –añadió amablemente.

Si lo pensaba yo no habría sido tan amable si alguien hubiera llegado a mi casa con esos modales, pero seguramente influía el hecho de que Sarah vivía en mi casa.

–Pues sí, resulta que ha venido una tal Patty que era compañera suya en la facultad con unos aires que tendrías que haberla visto. Que si yo soy esto que si yo soy lo otro. Que me callase... –bufé enfadada. –Y después me recalca que ella es la madre de su hijo, niño que por cierto no sé dónde es que lo tiene o lo mete cuando le toca quedárselo. A lo mejor incluso lo tiene ella todo el tiempo. –refunfuñé sentándome en la cocina esperando a que Sarah me sirviera una taza de café.

–Pues... No sé, Amber, habla con él y que te lo explique. Más que nada para que no podáis

quedar mal con información errónea cuando venga su familia y eso. Pero vamos, que más allá de eso, no tiene que molestarte nada a ti. –aventuró enarcando una ceja escondiendo una interrogación.

– ¿A mí? A mí no me molesta nada, nada de nada. –chillé en contestación.

–Pues como para creerte. –intervino mi cuñado sin poder callarse.

–Tú, querido Fred, a lo tuyo. –ordené señalándole con el dedo.

–Mira, Amber, Fred tiene razón. Pareces molesta y quizá no haya sido la mejor forma de enterarse por tu estado de nervios pero no tienes motivo para estar enfadada. Tú tienes que vivir allí como si lo hicieras en una pensión para poder hacer el paripé en las fechas pertinentes. Más allá de eso no tienes que hacer absolutamente nada. Tienes que tomarte las cosas de otra manera. –explicó Sarah que, por lo visto, no me entendía una mierda.

¿Cómo iba a entenderme ella si no me entendía ni yo? Lo cierto era que me había dado una punzada en el pecho cuando había visto entrar a la tal Patty con esos aires para callarme la boca diciéndome que ella era la madre de su hijo.

–Y encima Ian quería que hablásemos. –solté incapaz de permanecer callada.

–Pues haberle dejado que te explicara la situación. –contestó mi hermana que, por lo visto, no estaba de mi parte.

–Es que no sé, Sarah. Él y yo estábamos comiendo cuando nos interrumpió y... Me sentó mal. Nosotros estábamos hablando de cambiar la colcha de nuestra cama y... –dije para callarme después inmediatamente al darme cuenta de que estaba revelando más información de la que a mi hermana le iba a gustar.

– ¿Qué? ¿Vuestra cama? ¿De qué me estás hablando? Amber, te recuerdo que estáis metidos en un trato que, absurdamente tiene que salir bien por el futuro de todos, pero no liéis las cosas. Hay

un millón de hombres para ti y un millón de mujeres para él. No empecéis con cosas raras. – exclamó visiblemente alterada.

–No estamos liando nada. Era una cuestión de gustos generales de la casa. –mentí descaradamente.

–Ya, como si no te conociera. Has venido aquí celosa como un niño que ve a otros niños con el globo que le gusta. –aseguró atacándome.

– ¿Yo? ¿Celosa yo? ¿De esa peliteñida operada que seguramente solo quiere sacarle el dinero? – grité en contestación.

–Pues puede ser, no sería el primer lío en el que intentan meter a Ian. Es un hombre con mucho dinero. –afirmó Sarah bajando el tono acorde con la gravedad.

– ¿Y si le está haciendo el lío? –interrogué cogiendo su mano con fuerza más deseándolo que otra cosa. –No, bueno, no sé. Tampoco sé qué edad tiene el niño o si está embarazada. Ay, por dios... ¿Y si está embarazada? –vociferé histérica.

No se me había pasado por la cabeza tal posibilidad. ¿Y si Patty estaba embarazada de Ian? ¿Eso cómo se iba a justificar? Eso era como decirle el mundo que me había puesto los cuernos y yo aún así me había casado con él; Qué vergüenza. No, no lo iba a consentir de ninguna de las maneras; Eso me lo iba a tener que explicar muy clarito. Quedar como una cornuda valía más de un millón.

– ¿Qué piensas? –preguntó Sarah observándome cual policía de la interpol. –No me gusta nada esa cara. –añadió conociéndome.

–Nada, no pienso nada. Creo que me voy a quedar aquí a dormir esta noche. –admití con tono derrotista.

Lo que menos me apetecía en aquel momento era volver a la casa de Ian a dar vueltas por allí

sintiéndome como una extraña mientras él trabajaba o hacía lo que tuviese que hacer para después cenar como si no hubiera pasado nada junto a él o tener que volver a cantarle la cuarentas; Eso no se iba a quedar así.

Estaba molesta, confusa y, quizá, aunque no lo reconocería delante de nadie, un poco celosa.

Estaba pasando una tarde de perros. No podía quitarme de la cabeza una y otra vez que tenía que hablar con Ian pero no me apetecía una mierda. Era difícil mirarle a la cara para confesarle que se me estaba empezando a remover algo por dentro que nos sabía explicar pero que significaba, inevitablemente, que me sentía celosa por esa tal Patty. ¿Ellos tenían algo? Podría habérmelo dicho si era así porque por lo menos habría evitado que yo, como una tonta, me hiciese ideas equivocadas.

Alguien tocó el timbre justo en el mismo espacio de tiempo en el que Sarah y Fred decidieron que era un buen momento para darle un paseo al niño. Quizá todo el mundo era inoportuno en sus decisiones porque yo no tenía ni putas ganas de acercarme hasta la puerta, de hecho, decidí no hacerlo. El timbre no dejó de sonar hasta el punto de que no tuve más remedio de ir hacia allí con la intención de matar a la persona que se hubiera atrevido a torturarme de aquella manera en mi tiempo de descanso.

Abrí enfurecida para darme cuenta de que se trataba de un repartidor que esperaba con un gran ramo de rosas en la mano junto a un sobre.

– ¿Es usted la señorita Denver? –preguntó con amabilidad.

– ¿Denver? Eh... Sí, Amber Denver, pero probablemente esto sea para mi hermana Sarah Denver. –rectifiqué con las ideas claras.

¿Quién me iba a enviar eso a mí? Qué detalle de parte de Fred.

–No, no. Aquí poner claro Amber Denver. De hecho el señor Parker especificó que era Amber. – dijo entre tartamudeos antes de entregarme ambas cosas.

¿Ian me había enviado eso? ¿Y cómo sabía él que yo estaba allí? Bueno, ya podía imaginarme a Sarah diciéndoselo servicial y acobardada por perder su trabajo. Traidora ella y cobarde él.

Fui a tirar el ramo directamente a la basura pero me arrepentí en el último momento. Había que pensarlo, el ramo no tenía la culpa y era ciertamente precioso.

El sobre, por su parte, me llevó un gran quebradero de cabeza. ¿Qué debía hacer? ¿Lo abría o no lo habría? ¿Lo ignoraba? Hombre, ya que se había molestado en enviarlo, podía echarle una ojeada; ¡Aunque luego pensaba pegarla con pegamento y hacer como que nunca la había abierto!

Se trataba de una carta junto a una cajita de terciopelo verde muy mona. Destripé primero la caja ávida de saber para encontrar una pulsera de cactus brillantes colgando que, sorprendentemente era muy de mi estilo; ¿Me había dejado conocer tan bien en tan poco tiempo? Debía haberse fijado en la lámpara que había colocado en nuestro cuerpo, esa que había asegurado él mismo que no le molestaba.

Con toda la intriga sin poder contenerme abrí la carta para empezar a leer.

“Amber, siento el modo en el que te has enterado de que soy padre y, por lo poco que te conozco, sé que ésta primera línea es un error porque te entrarán ganas de tirarla a la basura, pero te pido por favor que no lo hagas.

Patty es una compañera de la facultad, te lo dije el primer día que la vimos, el día antes de nuestra boda, y ese día mismo venía a contarme lo del niño; Yo no lo sabía previamente. De todas formas, no estoy seguro de que sea mío porque Tristán tiene ya seis años y no tengo ninguna prueba que lo certifique.

Aún así entiendo que te hayas podido sentir molesta porque si estamos casados, sea sobre el

papel o no, tendrías que haberlo sabido.

Por cierto, el estofado estaba muy bueno.

Firmado: Ian Parker.”

¿Qué tipo de carta era esa? ¿Quería volverme loca?

Paseé por la casa tan rápido que podía haberme hecho un maratón pero los nervios me consumían; ¿Qué se suponía que debía hacer yo ante eso? ¿Perdonarle? Bueno, si él no lo sabía no era tan culpable, pero cuando lo había sabido debía habérmelo dicho aunque claro, si estaba sorprendido quizá no había sido capaz de procesarlo o quizá pensaba callárselo hasta saber si era suyo. Aún así había estado mal, pero sobre todo lo que no aguantaba eran las formas en las que esa mujercuela me había tratado; ¡Y él tampoco era que me hubiera defendido!

Me mordí el labio, las uñas, me pelé una manzana... Y todo para mantener la mente ocupada porque no tenía nada claro qué iba a hacer con Ian, ese hombre que había llegado a mi vida de la forma inesperada pero que iba a volverme completamente loca.

No habían pasado ni diez minutos desde que lo estaba pensando cuando cogí el móvil decidida a llamar a Ian; En estos casos lo mejor era hablarlo cuanto antes o eso me repetía a mí misma.

El dichoso timbre sonó haciéndome rodar los ojos; ¿Por qué siempre tenían que venir las personas en el momento más inoportuno? Otra vez me lo tuve que cuestionar, pero como la última vez había sido algo agradable decidí ir a abrir a la espera de comprobar qué tenía el futuro deparado para mí.

Ian entró para besarme con fuerza cogiéndome de la cintura y yo sentí que me corazón soltaba pequeños fuegos artificiales pero, justo entonces, me di cuenta de que había personas detrás de él.

¿Qué hacían ahí sus padres? ¿No se habían ido ya a su casa?

–Hola querida. –dijo Mara con la voz más falsa que había oído en mi vida.

–Hola. –exclamé en alto. –Cariño, no me habías dicho que venían tus padres. –aseguré tocándole el pecho en varios toquécitos que significaban advertencia.

–Es que no lo sabía, mi vida. Es que, al parecer, he pasado por alto una fecha importante y vamos a celebrarlo como es debido. –afirmó con los huevos por corbata.

O sea, que me había enviado la maldita carta que casi me hace romper con todo solo porque sus padres iban a vernos y no quería que nos pillasen en su gran mentira de la que yo era partícipe de lleno.

– ¿Qué fecha? –pregunté con un hilito de voz.

–Nuestro aniversario querida. –intervino nuevamente Mara. –Va a venir toda la familia, incluso la que no tuvo ocasión de venir a vuestra boda. –explicó contenta.

–Ah, qué bien. Eso está muy bien. –dije sin saber bien qué decir.

–Sí cariño. Sé que habías venido a ver a tu hermana. –aventuró Ian ocultando que aquella era mi casa y que estábamos enfadados. –Pero tenemos prisa porque si no cogemos el vuelo de las ocho no llegaremos. –argumentó para mi desconcierto.

– ¿El vuelo de las ocho? –repliqué de vuelta.

–Sí hija, el vuelo de las ocho. Nosotros hemos venido porque sabemos que Ian es muy despistado con los eventos familiares, no lo localizaba y la asistente tampoco ha estado por la labor, pero no podíamos permitir que os lo perdieseis; Ahora bien, tenemos que volver hoy mismo, en el avión de las ocho. –concluyó.

– ¿Volvemos todos juntos? –pregunté con el corazón bombeando a mil por hora.

–Sí. El evento es dentro de dos días, pero será un gran acontecimiento. Tenemos que tener tiempo para prepararlo todo. Ambos tenéis que estar ahí, no hay otra opción.

¿Qué no tenía opción? ¿Qué me iba a decir esa mujer que no tenía opción a dos días de un evento que no sabía ni dónde era, ni quién iba ni qué era lo que iba a tener que hacer yo? No, no y no.

Miré el rostro de Ian para darme cuenta de que era sí, sí y sí. A veces olvidaba que estaba casada por contrato y no por otras cosas.

CAPÍTULO 15

IAN

–Ian, una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa. –dijo Amber removiendo toda la habitación para encontrar su maleta una vez en nuestra casa. –Es que no sé... Yo no podía saber que esto iba a ser un laberinto de emociones. Me dijiste que habría compromisos pero yo pensé que me los ibas a anotar en una agenda como una persona normal. –aseguró dando más vueltas y más vueltas hasta el punto de que la paré para intentar que entendiese que no era una maldita peonza.

–Entiendo lo que dices, pero yo no sabía que mis padres iban a venir a por mí como si fuese un niño de once años que no quiere ir al cumpleaños de un primo. De hecho, no me viene bienirme ahora porque tengo que problema que tú ya sabes con quien tú ya sabes. –dije no queriendo nombrar a Patty en alto porque parecía que era casi como invocarla. –Te prometo que de ahora en adelante te avisaré con tiempo, pero este viaje tenemos que hacerlo sí o sí. Mi madre y mis tías no están del todo convencidas de la boda. Se fían a la fuerza de nuestra luna de miel porque he tenido a bien enviarles fotos. Y sé que su instinto de madre en el fondo le dice que aquí hay algo raro; No se puede dar cuenta, ¿entendido? –añadí inquieto.

–Ay, Ian, que complicado es todo contigo de verdad. –afirmó ella.

–Oye, Amber, nuestro acuerdo sigue en pie, ¿no? –pregunté con los nervios azuzando en mi interior.

–Sí, claro que sigue en pie, pero... No sé... Esperaba tener tiempo para hablar de lo de Patty. –contestó echando cosas a boleo dentro de su maleta.

–Creo que te lo he explicado bien en la carta. –reafirmé.

Yo no era muy bueno expresando mis sentimientos, y menos cara a cara, pero quería que supiera que no había tenido la intención de engañarla y que, ciertamente, lo estábamos pasando bien cuando pasó todo el lío.

–Sí, seguro que sólo me has enviado esa carta porque están aquí tus padres; ¿Te crees que soy imbécil? –interrogó enarcando una ceja mientras bufaba.

–No ha sido por eso, la había escrito mucho antes de saber que venían. –respondí sincero.

–Qué oportuno. –recalcó ella.

–Pues sí, oportuno pero cierto. De hecho venía de camino cuando me han interceptado a la salida de la oficina. –acuñé diciendo la verdad.

Me había quedado pensando, desde que se había ido, que lo había hecho mal y que necesitaba arreglarlo con ella más que cualquier otra cosa aquella tarde por lo que decidí escribirle la carta para ir a hablar con ella. Yo no tenía la culpa de que mi madre se hubiese presentado en la oficina casi como un sargento exigiendo verme y no hubiera tenido la opción de escabullirme. Qué pena que Sarah no hubiera estado al loro para enseñarme esa salida trasera que habíamos utilizado la primera vez, sí, esa vez que conllevó que yo estuviese casado con Amber.

Me tuve que reír cuando la vi empaquetar cosas tan variopintas como zapatillas de unicornio y bata de aguacates; Si alguien de mi familia la viera con eso...

Amber era diferente a cualquier otra persona que hubiera en mi vida, quizá por eso me provocaba una sensación de inquietud que no tenía tiempo de ponerme a analizar.

– ¿Y qué evento va a ser ese? Vale, el aniversario de tus padres pero... ¿Qué se va a hacer o qué?

–preguntó sentándose en el borde de la cama.

–Ay Amber, si supiera decírtelo... Cada año montan una cosa, es como un súper acontecimiento para ellos. Lo tiran todo por la borda, ¿sabes? –dije pasándome una mano por el pelo cabizbajo.

–No pareces muy contento con ello. –aseguró mirándome directamente a los ojos.

–Es una pantomima. Ellos solo quieren que los demás vean cuánto se aman, no que sea cierto. – concedí para después carraspear y hacer un movimiento con la mano indicando que me iba a resolver el asunto de mis propias maletas.

–Hijo, ¿todo bien? –interrogó mi madre al verme bajar por la escalera.

–Sí, todo bien. ¿Qué hacéis todavía aquí? Creí que habíamos quedado directamente en vernos en el aeropuerto. Tenemos que preparar las cosas. –contesté intentando que no se me notase lo irritado que estaba con toda esa situación.

–Ay, hijo, no sabía que molestaba en casa de mi pequeño. –apuró todo lo victimizada que pudo.

–Y no molestas mamá, pero si tenemos que hacer las maletas en media hora para coger un avión, entenderás que, recién casados, y sumándole todas las cosas que hay que hacer en la casa para que parezca la casa de una familia, estemos un poco agitados. –dije sin medir bien el alcance de mis palabras.

–Ay, no me digas. No me lo digas, no me lo digas. –exclamó demostrando que yo había metido la pata. – Has dicho una casa familiar, ¡vais a buscar ya el bebé! Sabía que ésta sí era la buena, lo sabía. Bueno, en realidad no lo sabía ni me fiaba nada, pero si estáis buscando un bebé ya es que va para delante y eso a mí me hace muy feliz porque fíjate lo que se nos caería encima si al poco tiempo te divorciases; No habría quien estuviera en nuestro círculo de amistades. ¿Con qué cara miraría yo entonces a tu tía Filo? –explicó rebosante de felicidad.

Hacía años que yo no veía a mi tía filo. Era de esas señoras lejanas que cuando me veían me decían lo grande que estaba desde que tenía memoria. Pero quitando a mis tías y otros familiares a los que no veía de los que solo mi madre tenía en cuenta su opinión, acababa de meterme en un berenjenal de mucho cuidado. Solo esperaba lo que Amber no se diese cuenta de lo que se

suponía que íbamos a hacer, según mi madre, en ese mismo año, antes de que se le pasara el enfado previo; Tampoco era que fuésemos a hablar de ello.

Oí el ruido de las maletas bajar por las escaleras sin ningún tipo de miramiento por el suelo. Sí, alegría. Menos mal que tenía dinero de sobra para cambiar la tarima cuando se rompiese. Y que cambiase la cara por todos los santos que le llegaba hasta el suelo.

–Querida, no hagas esfuerzos. –dijo mi madre llegando hasta ella. Mierda, no pensaba callarse. – Me he enterado de que ya estáis dispuestos. –comentó cogiéndole la mano.

Amber me miró con los ojos abiertos como platos y la mandíbula a punto de desencajarse. Creo que entendió a la primera lo que mi madre había querido decir.

–Sí Mara, es algo que estamos contemplando. –concedió poniendo énfasis en cada sílaba.

¡La que me iba a caer en cuanto estuviésemos solos”

No sabía cómo lo hacía pero nunca en mi vida había tenido tantos contratiempos seguidos con una misma persona. A Amber por lo que sabía sí, pero a mí no; ¿Eso se pegaría?

Lo bueno de volar en avión privado era que te plantabas en la otra punta en unas horas; El evento se iba a celebrar en la mansión de Florida de mis padres porque era un sitio bonito, espacioso y sobre todo que estaba totalmente en su ámbito de control.

Por fin, después de mucho tiempo, consideré que había algo de bueno que mi madre fuese tan acaparadora puesto que no había tenido la ocasión de estar a solas con Amber; Quizá para cuando fuese a dejármela, se le habría pasado el enfado sobre el supuesto bebé que ya estábamos dispuestos a buscar. Seguro que había sido algo que la había sacado de sus casillas, como casi todo.

El aniversario de mis padres siempre era un acontecimiento especial en sociedad, y por ello

estaba acostumbrado a comprarles cualquier cosa suficientemente cara como para ser de su agrado, pero caí en la cuenta al comprobar el calendario del móvil que se trataba de las bodas de oro. Y eso cambiaba las cosas. Mi regalo debía ser algo que se considerase especial ya que era su único hijo; No iba a valer una decoración egipcia o algo por el estilo. ¿Y qué les regalaba yo si a penas los conocí de verdad?

Bajamos al comedor, después de que mi madre nos enseñase la habitación donde nos íbamos a quedar ya que por supuesto se había negado a dejar que nos fuésemos a un hotel, y por fin tuvo que atender una llamada del decorador de interiores para permitirnos respirar un poco.

–Ian, tu madre es muy pesada. –aseguró Amber sin cortarse un pelo mientras se acercaba a mí.

–Lo es. –afirmé confiriéndole la razón.

Ella se rió y pude ver como se le achinaban los ojitos. En un acto espontáneo de ternura, le di un beso en la boca. Amber se sorprendió e incluso se echó un poco hacia atrás en un primer momento, pero por como mantenía ensanchada su sonrisa me pareció que no le había desagradado.

¿Eso significaba que habíamos conseguido arreglar las cosas? ¿Y qué cosas eran esas? Todo aquello era muy complicado.

–Y... ¿Qué les vas a regalar? –cuestionó jugando con un tirabuzón naranja de su cabello.

–Pues no sé, esperaba que tú me ayudases. –asegué en un intento desesperado de que su ingenio, ese que sabía que tenía, me salvase.

–Si fuera mi madre, que ya perdió a mi padre, le regalaría algo así como una recopilación de fotos, quizá un libro donde la gente escribiera lo que piensan de su matrimonio. –reflexionó todo lo ilusionada que pudo.

–Eso no sería algo de lo que mis padres se fuesen a sentir orgullosos. –confirmé sintiendo una

punzada de tristeza.

–Ian... –murmuró pegándose más a mí para pasar la suave yema de sus dedos por mi rostro. –No te preocupes, algo encontraremos. –añadió devolviéndome el beso en los labios.

Nuestra relación era ciertamente extraña, pero, poco a poco, iba aceptando que fuese como fuese, me hacía feliz.

Tras instalarnos en la habitación, que por supuesto era solo una y afirmar ambos que no nos encontraba dormir juntos puesto que lo hacíamos en nuestra casa, tuve la genial idea para el regalo de mis padres por lo que cogí de la mano a Amber para llevarla hasta el único lugar donde podían conseguirme lo que yo quería en tan poco tiempo.

– ¿Dónde vamos? –preguntó todo agitada.

–Vamos a ver si tienen algún yate que merezca la pena. –respondí para su estupefacción.

– ¿Qué les vas a regalar un yate? –interrogó asombrada. – ¿Pero tú cuánto ganas? –añadió.

Me tuve que reír ante su pregunta aunque lo cierto era que tenía mucho más dinero del que podía imaginarse. No lo había tenido del todo fácil ya que no había consentido heredar ninguna de las empresas exitosas de mi padre que habían acabado en manos de otros familiares dispuestos a ellos, sino que había trabajado duro para formarme un camino de estudios que me permitiesen abrir y manejar la sucursal de inversiones que había acabado abriendo. Sí, que sin el capital previo a lo mejor no lo hubiera podido hacer, pero lo había devuelto con creces. No supe muy bien por qué pero fue algo que quise que Amber supiera.

– ¿Sabes? Yo he trabajado mucho para tener lo que tengo. –aseguré en un hilito de voz.

–Lo sé. Mi hermana me lo contó cuando... Bueno, aquel día en el tuvo que contarme tantas cosas de ti en tan poco tiempo. –contestó riéndose.

Sus dedos llegaron hasta los míos para entrelazarse con los míos como si de verdad fuésemos un

matrimonio feliz llegando al puerto de Florida para buscar el regalo de las bodas de oro de unos amorosos supuestos padres.

– ¿Qué tiene de especial un yate? –interrogó volviendo a la carga.

–Bueno, un yate es algo que ellos podrán enseñar a sus amigos y alardear de que lo tienen. Para ponerle el toque romántico he pensado que podríamos poner sus nombres pintados en la cubierta. –expliqué.

–Vaya, eso es un bonito detalle, pero... Me gustaría hacerte una pregunta. –aventuró algo avergonzada. – ¿Qué es lo que pasa con tus padres y tu familia? No te veo muy contento cuando hablas de ellos. –preguntó dando justo en el clavo demostrando que era muy observadora.

No sabía si compartir cierta información con Amber porque en realidad era alguien a quien prácticamente no conocía pero sí era verdad que había conseguido ganarse un hueco en mi corazón de una forma inexplicable que nadie antes había conseguido.

–Me gusta el dinero. –afirmé. –De hecho, trabajo duro para tenerlo, pero nunca sacrificaría a la familia como han hecho otros. –expliqué en pocas palabras.

La mano de Amber volvió a tocar mi rostro y revolvió mi pelo hasta que se puso de puntillas para darme un beso que devolví con feroz pasión. Todo era perfecto, las olas de fondo, el sol en nuestros rostros y nosotros perdidos en aquel beso intenso, cuando el chico con el que habíamos quedado para lo del yate apareció.

–Lo siento pareja. –exclamó a modo de saludo contento. –Justo tengo dos yates disponibles, ambos de lujo, bastante costosos con algunas diferencias. –comentó con cara de picardía propia de un usurero.

–El más grande y caro. –accedí intentando quitármelo de encima para seguir con lo que estaba pasando con Amber.

–Está bien. –perdió el culo el agente.

– ¿Sabes? A veces eres muy prepotente con el dinero, lo hayas trabajado o no. –aseguró tocándome la nariz con un dedo a modo de regañina.

–Ya, pero a veces la gente es inoportuna en exceso. –contesté para cogerla de la cintura y besarla aún con más pasión.

Terminamos el asunto del yate enseguida, era cierto que con dinero había cosas que se podían arreglar con una sorprendente facilidad. Decidimos que lo mejor era volver en un coche privado de alquiler con conductor ya que estaba empezando a hacerse tarde y no queríamos llegar pasada la hora de la cena para que mi madre no tuviera ninguna excusa para darnos la chapa. Estaba sumamente intensa con eso del evento y aunque no quería nuestra opinión para nada porque no pensaba tenerla en cuenta, hacía como que sí, y eso era terriblemente doloroso para nuestras cabezas.

Nos montamos en el coche privado de esos que llevaban a celebridades y tenían una mampara entre el conductor y los pasajeros para proferirles de mayor intimidad. Yo miraba a Amber con un nerviosismo en el estómago y ella se mordía el labio de una forma sensual cuando su maldito móvil sonó. Ella se resistió a cogerlo cosa que agradecí pero ante la ausencia de reparo de quien estuviese llamando como si quisiera tirar el teléfono abajo con tanto sonidito, lo tuvo que coger.

–Ahora no puedo hablar. –afirmó profiriéndome una prioridad que me gustó.

Colgó enseguida y pensé que con ello había terminado la conversación, pero se puso a chatear en línea a saber con quién. Una punzada de celos se removió en mi interior. Por fin lo guardó en el bolso de nuevo y me miró como si quisiera retomar nuestra antigua conversación.

–Era mi hermana. –explicó escuetamente.

Eso, aunque no debía admitirlo, me tranquilizó.

– ¿Qué le pasa? –cuestioné animado.

–Nada. Nos invitaba al bautizo del niño. Ya le he dicho que iré yo sola. –contestó dejándome por un segundo paralizado.

– ¿Por qué vas a ir sola? –interrogué con un sabor en la boca en los labios.

–No, porque no tenemos por contrato que tú vengas a mis eventos. –explicó con un hilillo de voz.

–Puedo ir de todos modos... –asegué tras un carraspeo seguido de mi típico movimiento de rascarme la nuca cuando estaba nervioso.

–No, no, de verdad. Esto no consta en tu parte del acuerdo, ya haces suficiente con darme el dinero y... No es algo que vaya a mermar así como así. –argumentó de vuelta.

–O sea, que como no entra en mi parte del trato supones que voy a cobrarte para ir contigo. – reflexioné irónicamente sin poder evitar ir enfadándome.

–Bueno, no es eso. Aunque sí era eso también. Pero si quieres venir porque quieres venir, por mí está bien. –replicó tartamudeando.

–No, no quiero ir, no te preocupes. Si ya me ha quedado claro que para ti soy dinero con patas. – confesé bastante ofendido.

–Ian no es eso. –dijo cuando llegamos a la casa bajándome del coche sin esperarla.

–Sí, si es eso Amber. No debería haberme confundido. Solo haces esto por dinero. –concluí antes de entrar a la casa y confirmarle a mi madre que no pensaba sentarme a cenar.

Si se daba cuenta de que estábamos enfadados, me daba igual. Los matrimonios de verdad también se enfadaban sino anda que no había visto yo discusiones de mis padres cuando

pensaban que nadie les oía.

CAPÍTULO 16

AMBER

Debían ser las tres de la mañana cuando yo aún seguía llorando a moco tendido por la discusión que había tenido con Ian. Yo no había querido decir que él fuera dinero con patas, tal y como él había dicho, sino que me había acordado de mi proyecto, ese que pensé que jamás podría cumplir y que no podía permitirse que yo flaquease y perdiese dinero.

¿Qué sentía por Ian? Buena pregunta; Era muy complicado. El beso que nos habíamos dado en el puerto me había sabido como el primer sol del verano después de un largo invierno, pero... ¿Y si yo para él era un simple juego? Sí, eso debía ser, como no podía estar con otras durante ese año querría estar conmigo para entretenerse pero yo no estaba dispuesta.

¿Y si fuera eso por qué iba a ofrecerse a acompañarme gratis al bautizo? ¿Y si había algo más? Estaba hecha un lío. Me mordí el labio justo cuando alguien llamó a la puerta.

Ian entró sin esperar a ser respondido y yo intenté esconder bajo la colcha la libreta donde tenía todas las especificaciones de mi proyecto.

– ¿Podemos hablar? –preguntó vestido solo con un pantalón de chándal y sin camiseta que cubriera su fibroso cuerpo.

–Pasa. –dije sin más.

¿Qué iba a decirle? Estábamos en su casa, sus padres debían saber que estábamos enfadados porque no habíamos bajado a cenar ninguno de los dos, él se había ido provisionalmente a otro cuarto, e íbamos a tener que asistir juntos al evento del día siguiente de la dichosa celebración de las bodas de oro de sus padres.

– ¿Qué guardas ahí? –interrogó curioso.

–Nada. –respondí con seguridad.

Hice lo que pude para evitar que lo cogiera pero, como si de dos niños pequeños se tratase, discutimos lo suficiente con las manos hasta que cogió la libreta. Le echó una ojeada enmudecido para después elevarlo en mi dirección.

– ¿Por esto no querías perder más dinero? –cuestionó entrecerrando los ojos.

–Así es. –confesé algo avergonzada. –Es el típico proyecto que tienes cuando eres una currita cualquiera y que sabes que jamás podrás hacer. Cuando me dijiste lo del millón de euros, yo... Pensé que por fin iba a poder cumplir ese sueño. –afirmé tranquila.

En mi cuaderno estaban especificados todos los pasos y requerimientos para poder montar una protectora de animales. Yo era una animalista empedernida que, sin embargo, no contaba con suficientes recursos como para ser algo más que una casa de acogida temporal o una voluntaria.

–Podríamos habérmelo dicho. –aseguró en un murmullo. –Es un proyecto muy bonito. –añadió clavando sus pupilas azules en las mías.

Mi corazón bombeaba a mil por hora sabiendo que debía tomar una difícil decisión en aquel momento. Si yo avanzaba hacia él, estaba cien por cien convencida de que me iba a dar el beso que yo deseaba darle de vuelta, pero... ¿Y si no era lo correcto? ¿Y si nos estábamos equivocando? ¿Y si acabábamos por pagar caro el precio de nuestra extraña relación?

Estábamos casados, no podíamos empezar una relación normal en esas circunstancias. Él iba a pagarme y eso era incompatible con cualquier sentimiento.

–Siento si te has sentido antes como si solo me importase de ti tu dinero. Te aseguro que es mi intención que, durante este año, nos vaya bien a los dos. Y puedo ser un punto de apoyo para ti siempre que lo necesites. –aventuré mordiéndome el labio.

–Y lo eres. –murmuró acariciando mi rostro con suavidad.

Ahí estaba, la difícil decisión.

–Sí. –carraspeé. –Podemos ser amigos, buenos amigos. –añadí sintiendo que daba un paso gigantesco hacia atrás en el que le decía que cada uno debía ir por su lado.

–Sí, eso, amigos. –reafirmó poniendo las manos detrás de la espalda. –Bueno... pues ahora que está todo aclarado... Buenas noches. –dijo con un hilo de voz que pude interpretar como que no le había gustado nuestra forma de terminar las cosas aquella noche.

A mí tampoco me gustaban, pero era lo mejor. Tenía que serlo. Si mezclábamos las cosas, a lo mejor no éramos capaces de desliarlas nunca.

Levantarme siendo zarandeada del brazo no era precisamente lo que se dice un buen despertar. Abrí los ojos para darme cuenta de que Ian era quien lo hacía, debía de haber llegado a nuestro cuarto pasada la hora en la que yo me dormí. Ahí estaba volviendo a zarandearme con la cara de agitación como si se hubiese desatado un huracán.

– ¿Qué pasa? ¿Qué demonios pasa? –interrogué incorporándome soñolienta.

–Patty, Patty está aquí. –contestó al borde del ataque de nervios.

– ¿Patty? ¿Qué Patty? ¿Tu Patty? –pregunté patéticamente histérica.

–Sí, esa Patty. Y está aquí con Tristán. –respondió vehemente.

– ¿Con tu hijo? –grité de vuelta.

–No grites. Se va a enterar alguien. Además... No está claro que sea mi hijo, aunque lo cierto es que yo ya le encuentro cierto parecido. –dijo nervioso.

¿Qué le encontraba cierto parecido? ¡Madre mía, madre mía! En qué follón me había metido; Ahora se iba a descubrir todo el pastel con la familia al completo de Ian delante. ¡Íbamos a salir hasta en los periódicos! Qué vergüenza: Yo qué necesidad tenía si siempre había tenido una vida normal. Me encontré compartiendo su angustia repentinamente.

– ¿Y qué se supone que vamos a hacer? –cuestioné.

–Pues necesito que entretengas al niño. –afirmó.

– ¿Qué entretenga al niño? –repetí a modo de pregunta sin entender nada.

–Sí, que entretengas al niño y que hagas como que has invitado tú a Patty. –admitió tocándose nervioso el puente de la nariz.

– ¿Qué yo haga como que he invitado a Patty? ¿Tú te has fumado algo? –solté histérica. –No va a colar. Yo a esa mujer no la quiero ver ni en pintura. –confesé arrepintiéndome al momento.

Ian se percató del significado de mi frase pero prefirió no hacer ningún comentario; Quizá porque estábamos muy apurados de tiempo para solucionar el hecho de que Patty, sin vergüenza alguna, se hubiese presentado en el evento.

–Bueno, está bien. Diremos que somos amigas. Y el niño... Se entretendrá con cosas de niños. –sopesé en alto.

No esperé a que Ian saliese de la habitación para cambiarme. No estaba yo para pensar en otra cosa que no fuese mi propia estampa y mi ubicación en todo aquel problema. O eso pensaba... De repente, me encontré admirando de reojo su fibroso cuerpo y aunque tenía una gran represión interior, cada vez que le veía sentía una irradiación de calor interior.

Bajamos al mismo tiempo y posiblemente con la misma cara de preocupación donde Patty nos esperaba. No puso muy buena cara al verme y yo hice lo propio, sonreí forzosamente para agradecerle que hubiera venido.

– ¿Qué haces aquí? –interrogó Ian sin perder la compostura.

–El niño tiene derecho a venir a estas cosas. –contestó todo lo mosquita muerta de lo que fue capaz.

Tuve ganas de arrancarle la peluca esa que debía llevar, porque ahí llevaba extensiones dijera lo que dijera, que mi madre era peluquera. Vamos, un mocho me hacía yo con ellas.

–Claro, pero comprenderás que no he tenido ocasión de decirle nada a nadie. –volvió con la cortesía Ian.

La estaba tratando demasiado bien. Eso se arreglaba con un jarrón en toda la cabeza.

–Ya, ya, si puedes presentarme a mí como una amiga, no tengo problema. Y al niño como mi hijo, tampoco veo ningún inconveniente en ello. –aventuró con tono sibilino.

¿Qué no veía problema en ello? Que me dejase a mi Ian y se acaban todos los problemas pero de golpe.

–Vale, diremos que sois amigas y que necesitabais veros mientras tú estabas por Florida casualmente. Diré que he tenido a bien invitaros y como se acordarán de ti de la facultad, no creo que pongan ninguna traba. –improvisó ágilmente Ian.

–Está bien. ¿Me llevas a que salude a tus padres? –preguntó contenta con haber conseguido lo que pretendía.

–Sí, claro. –contestó.

– ¡Yo me quedo al niño! –solté de pronto sorprendiéndolos a ambos.

–Ah, bueno, mejor. –insinuó ella encogiéndose de hombros coqueto que odié instantáneamente.

¿Qué para qué quería quedarme yo al niño? Había tenido una idea genial; Una de esas que podía haber salido muy bien o muy mal, pero no había otra salida. Observé que no había mal que por

bien no viniese: Tristán estaba en la casa, y eso significaba que si yo jugaba con él podía conseguir una oportunidad para coger una muestra de ADN del niño sin problema. Sí, eso haría, saldría de dudas antes de volver a casa. Así le quitaría un marrón a Ian si resultaba de verdad que ese niño no era suyo porque, por lo que veía, Patty no tenía ninguna intención de dejarle espacio a mi marido para que lo llevase a su ritmo, es más, quería meterse en esa familia con calzador si era necesario.

Tras jugar lo suficiente con Tristán, que era un niño tímido y divertido, pude tirarle un pequeño tirón de pelo para tirarle unos cuantos. El niño gritó pero le dije que le había intentado quitar un bicho que se había posado en su cabeza y, como había estado jugando con él previamente, se lo creyó. Me lo guardé en un pañuelo; Sí, no era la mejor opción pero yo no tenía bolsitas de esas de los forenses. Yo solo era una esposa falsa en la vida de un hombre real con un problema gigante que por alguna razón me afectaba.

Busqué en Internet dejando al niño enganchado a la tele una clínica en Florida y me dijeron que, efectivamente, podía hacer allí la prueba de paternidad que desease sin muchas preguntas, pero cuando me constataron el precio, casi me caigo de espaldas.

¿De dónde sacaba yo semejante dinero? Si me hubiese pagado ya Ian, dadas las circunstancias de la noche anterior, lo hubiese pagado de mi mismísimo dinero, pero como aún no era así, no me iba a quedar más remedio que pedírselo a mi maridito.

Cogí a Tristán del brazo para ir hasta donde Mara y las tías de Ian contemplaban a Patty con una súper sonrisa que no me gustó para nada. Seguramente debían estar pensando que esa pija, rubia y falsa, era la mujer ideal para su Ian, pero qué pena, se había casado conmigo; ¿Lo habría hecho si Patty hubiera aparecido antes o habría aprovechado para formar la familia feliz que todo el mundo deseaba que tuviera?

–Cariño. –carraspeé intentando no sonar del todo vulgar. Paseé mi mano por su hombro para atraerle hacia mí. –Necesito tu tarjeta. –murmuré en su oído sin que nadie más fuese partícipe de

nuestra conversación.

Ian me miró a los ojos notablemente sorprendido. Sí, no era lo ideal de pedir y menos cuando habíamos tenido esa discusión hacía tan poco tiempo, pero quizá precisamente porque habíamos tenido ese encuentro y por fin había podido descubrir para qué quería yo el dinero, no se resistió y me la pasó tranquilamente. Le di las gracias con un pequeño asentimiento de cabeza y me atreví incluso a darle un beso en los labios.

¡Ya estaba yo sola liando las cosas otra vez! Madre mía, no daba ni tantas vueltas ni la montaña rusa de atracciones.

Salí escopetada de allí. Sí, me estaba escaqueando de las bodas de oro de mis suegros para ir a buscar una clínica de paternidad para comprobar si Ian estaba siendo engañado o no por la lagarta de Patty. Por muy rico que fuese no se merecía que cualquier aprovechada tuviera que sacarle el dinero, y menos esa. Eso último lo pensé con mucha rabia pero, como no había nadie conmigo, nadie lo sabría.

Me monté en el taxi donde el conductor me miró como si estuviera loca porque evidentemente iba vestida con un vestido plateado, unos tacones altísimos y un tocado en la cabeza de esos que llevaban plumas para el que no me había podido resistir; No era precisamente yo muy buena escogiendo vestimenta elegante: Si yo había querido ponerme un tocado, me lo ponía y punto.

Me llevó hasta el centro de ADN donde, de nuevo, me volvieron a mirar como si estuviese loca, no era la vestimenta habitual de la gente que iba allí. Les pedí que lo hiciesen lo más rápido posible ya que no pensaba moverme de allí sin la prueba y me dijeron, cómo no, que eso conllevaba un suplemento. Decidí que si acababa salvando a Ian, no tendría ningún problema en haber pagado ese extra.

¿No me había dicho que tenía mucho dinero?

¡Pues que lo gastase en algo útil como quitarse a esa petarda de encima!

Esperé repiqueteando con el tacón en el suelo lo que me pareció una eternidad. Mi móvil sonó entonces sacándome de mis propios pensamientos para comprobar horrorizada que se trataba de Ian; ¡La virgen qué situación!

– ¿Dónde estás? –preguntó nervioso. – ¿No te habrás ido a casa? –añadió con voz tímida.

–No, no. Ya voy –contesté antes de colgar sin miramientos al ver que la enfermera salía con un sobre en la mano.

Lo cogí al vuelo casi como si fuese una competición de salto de pértiga o una recepción de un balón de rugby. Volví a coger un taxi en la puerta sin librarme de la mirada cuestionando si estaba loca; ¿Quería hacer su trabajo y conducir para dejarme ir a mí vestida como me diera la real gana? Abrí el sobre sin ningún tipo de privacidad en cero coma para comprobar que, efectivamente, ese niño no era de mi marido.

¡Gracias al cielo!

Bueno, “mi marido”, me salía sola esa forma de hablar de él al pensarlo pero era como un jefe o algo así para mí. O un amigo, un amigo que me pagaba por un favor un poco extraño. Daba igual, lo importante en ese momento era salvar a Ian.

Llegué justo para el brindis encontrando a un Ian horrorizado con la situación, tenía a Patty sentada con el niño justo al lado suya y mi asiento vacío. Me miró sonriendo forzosamente, seguramente queriendo matarme, cuando llegué y yo no pude más que hacerle señas para que se tranquilizase. Enseguida le pasé el cacho de papel doblado donde ponía “negativo” y él, conforme lo vio, pareció entenderlo. Sonrió y me apretó la mano dándome unas gracias silenciosas para después guardarse el papel en el bolsillo. Seguramente, concedió que no era el momento para ponerse a discutir eso con Patty, esperarí a que terminase la dichosa fiesta.

Los padres de Ian salieron a bailar en un cantoso momento en el que solo querían llamar la atención de sus amigos. Mi reciente esposo no estaba muy equivocado cuando decía que lo único

que les importaba era lo que los demás pensarán de ellos.

Me tuve que sonrojar cuando Ian me ofreció la mano para sacarme a bailar, así tan pegados. Aspiré su fragancia masculino sintiéndome embriagada por el momento mientras él acercaba sus labios al lóbulo de mi oreja.

– ¿Por qué lo has hecho? –interrogó en un murmullo.

–Pues... No lo sé... Yo... Quería salvarte, o salvarnos. –añadí sin ser consciente de lo que significaba decir eso en alto.

No me dio tiempo a rectificar porque Ian puso sus labios sobre los míos profiriéndome un beso que superaba todos los que nos hubiésemos dado antes.

CAPÍTULO 17

IAN

Por fin era navidad, habían pasado tres meses desde la boda de oro de mis padres y habíamos conseguido cierta normalidad en casa. Bueno, todo lo normal que podía ser estar casado con una mujer a la que le tenía que pagar un millón de euros por pasar un año conmigo pero de la a la vez estaba totalmente enamorado.

Amber estaba emocionadísima porque fuese navidad. Lo cierto era que a mí nunca me había hecho ilusión la fecha porque simplemente era algo engorroso para alguien que tenía que tener invitados en su casa, sabiendo que no podía escaquearse con la excusa de los negocios.

Bajé a desayunar para encontrarme una de las escenas más pintorescas que había visto en los últimos meses. Amber tenía un gorrito de navidad rojo acompañado de un delantal a juego mientras cantaba villancicos con una entonación digna de un grammy. También pude fijarme en que había colocado un arbolito con figuras de dudosa reputación en mi cocina.

¿Por qué hacía de todo algo extravagante y peculiar? ¿Y por qué era algo que precisamente me gustaba cada día más de ella?

–Buenos días. –dije sonriendo antes de besarla.

Sí, nosotros nos besábamos todos los días y aún así, no habíamos tenido ocasión de hablar del supuesto dinero que tenía que pagarle. Era una relación, o un contrato, o algo en medio de ambas cosas... Ya se vería.

–Buenos días. –contestó emocionada. – ¡Ya casi es Navidad! –exclamó con una emoción que no pude comprender.

Por mí como si era San Martín.

–Bien. –respondí escuetamente.

– ¿Sabes? Mi madre nos ha invitado a ir a su casa. Es la primera Navidad del hijo de mi hermana, va a ser muy divertido. –aseguró dándome el primer disgusto de la mañana.

– ¿Vas a ir a casa de tu hermana? –interrogué sin poder creérmelo. –Vienen mis padres, y mis tíos. Es Navidad. –dije sin poder creerme de verdad que hubiese olvidado que teníamos unas fechas acordadas en las que venía mi familia.

– ¿Pero vienen para Navidad? –interrogó chillando.

–Sí, por eso pone “NAVIDAD” en el calendario que te pasé. –respondí indignado.

–Ya, pero no sabía que iban a venir para la Nochebuena, pensaba que venían sobre la fecha navideña en general. Como no me habías dicho nada y es mañana. –exclamó enfadada.

¿Ya se estaba enfadada? ¿Por qué era tan fácil enfadarla? Fruncía el ceño y arrugaba la nariz casi como si fuese un gnomo.

– ¿Entonces? –interrogué pausado.

– ¡Pues yo no me quiero perder las Navidades de mi sobrino! –vociferó molesta.

A mí me parecía muy bien que no quisiese estropear sus navidades pero teníamos que estar con mi familia; ¡Era un acuerdo! ¿Y cómo sacaba yo nuestro acuerdo a colación sin enfadarla aún más? Tenía que tener en cuenta por otra parte que nosotros teníamos una relación real. Me di cuenta en ese momento que la mañana todavía podía empeorar.

–Pues... No sé qué decirte Amber, ellos llegan hoy. –dije intentando que entrase en razón.

– ¡Y yo te estoy diciendo que mañana es la primera Navidad de mi sobrino! –contestó sin dar su brazo a torcer.

Me callé porque a veces era mejor callarse en una discusión que sabías que no ibas a ganar mientras intentaba buscar otra solución. Fue en ese momento en el que ella puso cara de “Eureka” como si hubiese encontrado la solución a todos nuestros problemas.

– ¿Qué piensas? –cuestioné.

– ¡Ya sé! Que coman aquí todos. Comeremos todos juntos, como una gran familia. –sugirió tan contenta que dio unas ridículas palmaditas en el aire.

– ¿Aquí? ¿Todos juntos? –repliqué pensando que se había vuelto totalmente loca.

¿Cómo íbamos a juntar a nuestras familias si mi madre conocía a Sarah como mi asistente y mis tías esperaban comer manjares mientras que Amber estaba convencida de hacer su tradicional pollo?

No, aquello no podía salir bien de ninguna manera.

–Pues no sé si es lo ideal... –tartamudeé viendo venir el desastre.

– ¡Claro que es lo ideal! Tú déjame a mí. –dijo haciéndose la loca antes de coger su bolso para salir a saber dónde.

¿No íbamos a desayunar?

Me quedé solo en la cocina con una taza de café y unas tortitas delante que tuve que comerme sin Amber; Había salido tan corriendo que no había tenido la oportunidad dónde diablos iba.

Me fijé que todo lo que sonaba en el reproductor de música de la cocina eran villancicos y que en todos los rincones de la casa había puesto un detalle con temática navideña. Parecía que era algo que le hacía mucha ilusión a mi reciente esposa y eso, aunque no estaba seguro de si debía ser así, removía algo dentro de mí.

¿Qué podía regalarle? Porque estaba claro que tenía que regalarle algo, ella lo esperaba, y si no lo esperaba de todas formas quería que me mirase con la misma cara de ilusión que cuando había

sugerido la terrible idea de que comiésemos todos juntos como si de verdad fuesen familias políticas.

Se me ocurrió entonces una idea, que si bien nunca habría sido algo aprobado por mi familia, supe que sería lo que más ilusión le haría. Subí al cuarto, ese que dormíamos todas las noches juntos además de hacer otras cosas, para rebuscar hasta dar con el cuaderno donde Amber tenía todas las especificaciones sobre la protectora y anoté en el papel las indicaciones, que eran bastante exactas, de cómo quería la nave para empezar. Sí, ese sería mi regalo: Le regalaría la nave, que sería la primera pieza de su precioso proyecto sobre salvar a miles de animales.

Nunca me imaginé hacer algo así por nadie, no por el dinero ya que eso era lo que menos me costaba, sino porque toda la gente de la que me había rodeado hasta ese momento quería cosas que poder lucir ante sus amigos u otras personas de su entorno para aparentar ser más que ellos mientras que Amber solo quería ayudar todo lo posible a aquellos que ella consideraba más indefensos.

Llegué a casa un poco antes de que mi madre y mis tías, junto a mi padre, aparecieran por allí. Llevaban tantas maletas que podrían haber llenado la bodega del avión ellas solas; ¿Para qué tanto si después de iban a cualquier tienda para comprar tantos modelos como para doblar su equipaje? En ocasiones me preguntaba si no llenaban el vacío de sus vidas, esas que vivían conforme a lo que los demás querían o esperaban, comprando cosas.

–Hijo, ¿qué tal? ¿Ya viene en camino ese nieto? –preguntó mi madre nada más entrar. – ¿Dónde está la querida Amber? –interrogó con más retintín del que hubiese deseado escuchar.

Había sido consciente del efecto que había tenido que Patty hubiera estado en el evento de mis padres. Pese a ser muchísimo peor persona e ir en busca de mi dinero, encajó perfectamente con el círculo de amistades de mis padres. Quizá por era como ellos. Desde entonces, y puesto que

Amber no se había quedado embarazada, mi madre me había insinuado en más de una ocasión que casarse, si era un error, podía disolverse. Yo, en todas esas ocasiones, me callé la respuesta correcta, que hubiera sido que Patty había resultado ir detrás de mi dinero, sin ningún tipo de escrúpulos, utilizando a su hijo, y había sido Amber, esa a la que seguían cuestionando, la que había impedido que truncasen mi reputación y mi futuro ya que había traído las pruebas para que Patty se hubiese tenido que ir de allí con el rabo entre las piernas.

–No, no tenemos nieto aún en camino madre. –recalqué con la sola intención de darle la puntilla.

Quería que respetasen a Amber, lo necesitaba. No tenía muy claro por qué pero no estaba dispuesto a que se metiesen con ella, yo estaba siendo muy feliz con Amber aunque posiblemente tuviésemos que hablar en algún momento qué pensábamos hacer con nuestro acuerdo, con el año y con otras cosas, no quería que nadie se metiese a opinar.

Recibí un mensaje que me complicó aún más el día. Se había filtrado la noticia sobre la compra de la nave con el proyecto de montar una protectora y saldría en portada al día siguiente además de haber salido ya en los periódicos digitales.

– ¿Qué pasa querido? –interrogó mi tía Wendy metiéndose donde nadie la llamaba.

–Le he comprado a Amber por navidad una protectora, bueno la nave para montarla, y acaba de salir en los periódicos digitales. –expliqué pasándome la mano por el pelo.

Sabía porque la conocía que a Amber le iba a hacer ilusión de todas formas, pero me molestaba no habérsela podido dar como yo había imaginado.

– ¡Cariño! –gritó Amber llegando hasta mí para besarme con una pasión sin la que yo ya no me imaginaba. –Lo acabo de ver, es el mejor regalo que podías haberme hecho. –prosiguió ignorando la presencia de mis familiares tras soltar las bolsas de la cocina donde seguramente llevaba comida para preparar ella misma la cena de Navidad.

–Siento que te hayas enterado antes de tiempo. –dije con algo de vergüenza porque mi familia

estuviese delante.

–Da igual, es precioso. –repitió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

–Desde luego que es precioso. Pienso que es una muy buena idea para lavar la imagen, es decir, ¿quién no querría colaborar con un empresario que además ayuda a adorables animalitos? Está perfecto. –dijo mi tía Freya.

Vi la cara de Amber y le apreté la mano intentando controlarla.

–Claro que sí. Ponéis ahí a tres mataos trabajando y listo. –completó mi madre.

–La verdad es que estoy yo también por hacer algo así. –remató mi tía Wendy.

Amber tenía la mandíbula tan apretada repentinamente que pensé que le iba a estallar. Sabía que esa conversación le molestaba en exceso porque ella no creía en las buenas acciones para lavar la imagen sino en las de verdad, en esas que ella pensaba implicarse. Yo lo sabía, ella lo había hecho muchas veces en esos tres meses para ayudar a cualquier animalito que lo necesitase. Al igual que habíamos hecho al tener a siete gatitos de acogida en mi casa, esa casa en la que siempre había pensado que no iban a entrar animales, hasta que habían encontrado un hogar definitivo para todos ellos.

–Lo cierto y verdad es que cualquier ayuda que se le pueda dar a los animales, aunque sea económica o por lavar la imagen, está bien. –dijo con toda la contención de la que fue capaz.

La besé en la frente acercándola a mí agradeciéndole el gesto de contención y porque sabía aquello le afectaba.

–Bueno, ¿y qué catering habéis contratado para navidad? –preguntó mi tía Wendy interviniendo nuevamente.

–No hemos contratado catering, voy a cocinar yo. –aseguró en un tono algo reprochable Amber.

– ¿Tú? Querida, nosotras no hacemos eso. –contestó mi madre altiva.

–Vosotras no pero yo sí. –insistió ella metiéndose en la cocina para guardar cosas en el frigorífico.

–Hijo, ¿va a cocinar tu mujer? ¿Vas a dejarla hacer eso? –cuestionaron al unísono las tres.

–Ella puede hacer lo que quiera. –concedí escuetamente. Pasad a instalarlos. –ofrecí a personal del servicio para que las ayudasen.

Todos los empleados de la casa se habían visto positivamente reforzados por Amber ya que les trataba con muchísima amabilidad y siempre les quitaba trabajo queriendo hacer ciertas cosas ella misma. Por mi parte, al verla feliz, me parecía bien. Pero en aquella ocasión, en la que se había juntado mi familia de nuevo, me pareció que podía tratarse de un pequeño error. Todo aquello había comenzado para agradar a mi familia y no veía precisamente contento a ninguno de ellos.

¿Había alguna forma de hablar con ella sin que se ofendiese? Además, estaba el tema de la cena con ambas familias que no veía nada claro.

–Amber, cuando termines, sube por favor. –solicité haciendo un gesto hacia arriba con la mano que indicaba que la esperaba en la habitación.

Me sonrió un poco asintiendo para seguir colocando cosas en el frigorífico.

Me rasqué la nuca sentándome en el borde de la cama sabiendo que aquella conversación no iba a ser del todo agradable pero sentí que debíamos hacerlo cuanto antes porque si no aclarábamos las cosas podía salir todo mal; Debíamos evitarlo si estaba en nuestra mano... ¿O no?

CAPÍTULO 18

AMBER

Subí, tras colocar la compra, bastante contenta a la habitación pensando en encontrar a un Ian cariñoso y dulce como el que había estado conmigo en los tres meses posteriores a las bodas de oro de sus padres. Había sido un punto de inflexión en nuestra relación puesto que desde ese momento nos habíamos comportado como si fuésemos una pareja real, de esas que de verdad se querían y sabiendo que, aunque había que arreglar ciertas cosas, queríamos seguir adelante en serio. Al menos yo pensaba así, que lo nuestro iba mucho más allá del contrato primero que habíamos firmado.

–Dime. –dije sentándome en la cama junto a él comenzando a pasar mi mano por su nuca cariñosamente.

–Creo que no has estado muy acertada en el tono que les has hablado a mi madre y a mis tías. –recriminó sorprendiéndome.

–Ellas estaban cosas totalmente fuera de lugar. –expliqué molesta. – ¿Cómo puedes darles la razón? –añadí sintiendo que mi corazón empezaba a bombear excesivamente rápido.

Nosotros no habíamos discutido en todo el tiempo que habíamos estado juntos. Parecía que era llegar su familia y estropearse aquello que estábamos construyendo.

–Mira, Amber, sabes por qué empezó todo esto, y era algo beneficioso para ambos: Yo para que mi madre y mi familia estuvieran contentos en general pensando que estaba centrado en formar una vida de casado aunque sea mentira, mientras que tú era por dinero. Parece que la primer parte del acuerdo se está olvidando. –soltó dándome una estacada directamente en el corazón.

–Pero... ¿Cómo puedes decir eso? Pensé que... Entre nosotros estaba pasando algo más. De hecho, había dicho de invitar a mi familia aquí a cenar, para que pudiésemos cenar todos juntos, que ellos empezasen a conocerse. –murmuré algo inquieta. –Supongo que me he equivocado. Pensaba que era lo que ambos queríamos. No te preocupes, me perderé la primera Navidad de mi sobrino y cumpliré el acuerdo tal y como estaba estipulado para seguir con mi proyecto. –afirmé decepcionada.

–Tampoco es que nos hayamos sentado a hablar de esto antes de que llegaran... –volvió a atacar Ian.

–Hay cosas que no hace falta hablar, pero claro se me olvidaba que eres tú; El hombre de hierro, el hombre sin sentimientos, al que nada más que le importa el dinero, sus acuerdos y como le vean los demás. –solté elevando la voz sin importarme quién pudiera oírme.

Si me oía su familia mejor, que eran una panda de buitres carroñeros a los que le gustaba solo el dinero, el quedar bien, y que no tenían en cuenta para nada los sentimientos de las demás personas.

–Bueno, como sea, baja la voz y hablemos. –pidió con carita de cordero degollado.

Sí, entonces se iba a poner a hacer como que estaba triste cuando había sido él quien acababa de tirar nuestra relación por tierra. Una relación que yo sí consideraba real.

–Bueno, pues dame las fechas de los próximos eventos familiares. ¿No vienen mucho? Creí que eran fechas contadas y parece que los ves más ahora que en todos los años anteriores de tu vida. ¿Cuál es el afán? ¿Romper nuestra pareja? Quizá les parece Patty una mejor opción para ti. Seguramente no querían que sentases la cabeza sin más sino que lo hicieses con alguien que les cayese bien y que estuviese dispuesta a dorarles la píldora. –rebatí enfadada.

–Oye Amber, tiene que salir bien. No podemos divorciarnos ahora. –dijo nervioso. –Yo, si quieres más dinero, lo podemos hablar pero la cena tiene que salir bien. Tiene que ser aquí, no

me importa si viene tu familia, pero tienes que agradar a mi madre y a mis tíos. –soltó pensativo.

– ¿Más dinero? No es por eso Ian, es por nosotros, es por lo que se suponía que teníamos que evidentemente no tenemos. Porque si lo tuviéramos, no te habrías planteado ni por un momento que no cumplía mi parte del acuerdo porque habrías dado por finalizado el acuerdo tal y como había hecho yo. Sí, que tenía en mente montar mi protectora pero porque, absurdamente, pensé que tú ibas a ayudarme a cumplir mi sueño simplemente porque me querías igual que yo he intentado hacerte feliz todo este tiempo y lo habría seguido haciendo de no haber sido por la gran decepción que me acabo de llevar. Pero no te preocupes que cumpliré nuestro estúpido acuerdo y cuando se cumpla el año me iré a montar una nueva vida, una en la que no existas tú, ni yo, ni mucho menos un nosotros. ¿Era lo que querías oír? Fue una boda por error pero para mí, hasta ahora, había sido el mejor error de mi vida. –solté la parrafada sintiendo que abocaba mi corazón en cada palabra.

–Amber, espera, vamos a hablar. –pidió Ian levantándose para cogerme de la cintura y centrar su mirada en la mía.

–No, Ian, no hay nada de qué hablar. Voy a preparar la cena, es lo único que te importa. – contesté furiosa.

–Amber... –murmuró llamándote.

–No quería más dinero, Ian, te quería a ti. –declaré antes de cerrar la puerta para irme a llorar a otra habitación.

Habían pasado todo un día en el que no había visto a nadie. Les hablé tanto a mi hermana como a mi madre para decirles que no podría ir a cenar con ellas conforme me levanté el día de Nochebuena. Acto seguido, sin ganas de levantarme siquiera de la cama, esa de otra habitación en la que había dormido para no volver a “nuestro” dormitorio, le envié un mensaje al susodicho

de mi marido para informarle de que no pensaba cocinar, que podía llamar a un catering si así gustaba su familia.

¡No me iba a poner a cocinarle a esa panda de pijos roba-ilusiones!

Recibí un escueto “Ok” de parte de Ian que me sentó como una patada en el estómago. ¿Yo le vaciaba mis sentimientos a modo de vomitona amorosa y él no reflexionaba en la soledad de nuestra habitación? Quizá había sido yo sola la que había puesto sentimientos en juego, tal y como me había planteado varias veces antes de las bodas de oro.

¿Era posible que hubiese fingido todo el amor que desprendíamos en las noches cálidas y pasionales que habíamos vivido juntos? Me mordí el labio indecisa recordando su masculina fragancia, su tersa piel y la suavidad de sus manos al tocarme.

¡Pues qué actor se había perdido Hollywood!

Fui hasta el cuarto cuando estuve segura, por las voces en la planta baja, de que él no estaba para coger mi ropa para la cena. ¿Tenía que bajar a cenar y aparentar felicidad? Lo haría, pero sólo en ese momento exacto. ¿No era eso lo que se suponía que tenía que hacer?

Decidí que, a partir de ese día, no me comportaría cordialmente con él siquiera si no era porque había alguien delante de mi familia; ¡Me iba a ceñir al maldito contrato! Me senté en la cama en cuanto volví a la habitación de invitados para llorar, podía hacerme todo lo fuerte que quisiera pero lo que sentía era dolor. Había sentido tanto que había olvidado en un noventa y nueve por ciento de las ocasiones que nuestra boda había sido por error...

La noche llegó sorprendentemente rápido, posiblemente porque me había dedicado a dormir todo el día para no tener que pensar. Me vestí haciéndome un moño remilgado que nada pegaba con mi vivaracha personalidad y me coloqué unos tacones que no entendía por qué debía llevar para cenar en casa.

Bajé para encontrarme una mesa decorada de una forma preciosa y navideña que me sorprendió; ¿Se llevaban esa clase de adornos de elfos y cotillones entre los ricos? Me sentí extrañamente fuera de lugar.

Ian tocó mi hombro por detrás. Sabía que era él porque reconocía la calidez de sus manos y su aroma viril. Me giré sin poder evitarlo mordéndome el labio, estaba increíblemente guapo. Se acercó a mi boca y me dejé besar incapaz de echarme para atrás, no porque pensase que nos podía ver alguien, sino porque mi corazón buscaba su contacto; Era lo que tenía estar completamente enamorada.

El timbre sonó y fui a abrir con mala cara, su familia lo interrumpía absolutamente todo; ¿A dónde diablos habrían ido para volver a la hora de la cena? A algún club de esos absurdos seguro.

– ¡Sorpresa! –gritaron mi madre, mi cuñado, mi hermana y su pequeño al unísono.

–Hola. –tartamudeé sorprendida. –Creí que os había dicho que se había cancelado la cena. –añadí sintiendo un nudo de pena en el estómago.

–Ya, pero ese tíarrón que tienes ahí detrás nos ha vuelto a confirmar que debíamos venir; ¡Casi no me da tiempo a preparar el pollo! –exclamó mi madre.

Busqué a Ian con la mirada intentando encontrarle una explicación a todo aquello. Me acerqué a él con tanta torpeza que me caí de los tacones cayendo en sus brazos.

–Siempre haciendo cosas de Amber. –murmuró mi hermana pasando por mi lado para colocar platos caseros típicos en la mesa.

–Menos mal que me encantan las cosas de Amber. –susurró Ian junto a mi boca.

No era capaz de entender nada pero sus palabras volvieron a provocar en mí fuegos artificiales.

– ¿Y tu familia? –cuestioné incorporándome segura de que había vuelto a hacer el ridículo

delante de ellos.

–Se han ido. –respondió para mi sorpresa.

Abrí mucho los ojos en respuesta.

–Siento haberlo hecho mal, sé que debería haberme comportado mejor. Lo siento. –aseguré tocando su rostro con mi mano.

–No, siento haberlo hecho mal yo, Amber. Tú me has dado más en estos meses que ellos en años y fue precisamente cuando me imaginé cenando sin ti porque decidieras irte cuando me di cuenta de que... Que ellos no estuviesen me daba igual, pero que no estuvieras tú, me partía el corazón.

–confesó cogiéndome ambas manos. –Te quiero Amber. –añadió en la declaración de amor más bonita de mi vida.

–Yo también. –afirmé poniéndome de puntillas para besarlo.

–Preguntaría que la boda para cuándo. –dijo mi hermana haciendo que la mirásemos. –Pero sería volver hacia atrás en vez de avanzar. –Su risa llenó el espacio picándonos.

–Es cierto, pero nunca un error me trajo tanta felicidad. –concluyó Ian cogiéndome de la mano para acariciar mi anillo de compromiso.

– ¿Me regalarás un yate en nuestras bodas de oro o harás que nuestros hijos me lo regalen? – pregunté jocosamente, tal y como era yo.

–No, haré que llenen un álbum de fotos. –contestó haciendo referencia a lo que yo había dicho que consideraba un buen regalo. –Y para que lo tengan fácil, voy a darte tantos momentos felices que no sabrán cuál elegir. –murmuró a modo de promesa para después besarme con ese nuevo, y sobre todo real, acuerdo.

ACERCA DEL AUTOR

Pía Brooks es una escritora de corte romántico centrada en las historias Chick lit.

Otras obras de la autora: “El jefe está prohibido”, “¿Tú eres el jefe?”, “El capricho del jefe” y “Jefe, ¿Nos vamos a la playa?”